

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

109

EL UNIVERSO
EN LA CIENCIA ANTIGUA

POR

D. FELIPE PICATOSTE

*Quid enim est in verum natura
quod irrationaliter fecerit Deus?*

SAN AGUSTIN



LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

1882

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tolbez

47345



CB151

P5

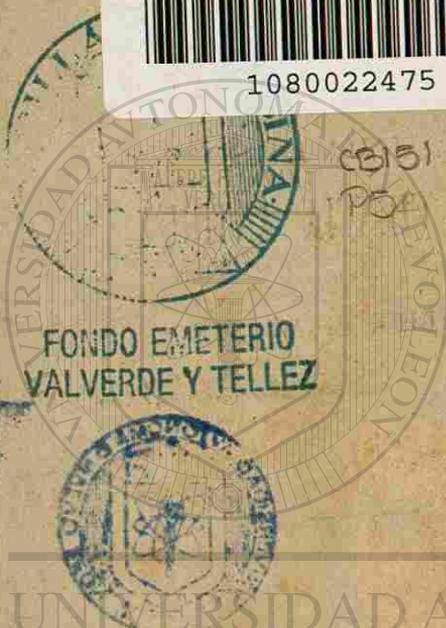
C.1

NOV

NOV



1080022475



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

RECIBIDO EN
BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

Faint text at the top of the page, likely bleed-through from the reverse side.

PRÓLOGO

El objeto principal de este libro es presentar un cuadro analítico de las opiniones de los más célebres filósofos antiguos acerca del conjunto del universo y de sus leyes generales; examinando de paso algunas cuestiones importantes sobre las cuales están aún indecisas la ciencia y la filosofía.

El estudio del universo, en su más lata acepción, desde el momento en que se pasa del exámen de los hechos al conocimiento de las causas y á su explicación y correlación, necesita el auxilio de toda la filosofía, y especialmente de la parte profundísima que se refiere al origen del mundo, á la misión del hombre sobre la tierra, á su existencia despues de la muerte, y á la función que desempeñan en la vida universal los

011173

millones de astros que giran por el espacio. Por esta razón, el libro que publicamos tiene necesariamente el triple carácter de científico, filosófico y religioso.

Esta consideración, de la cual se deducen la magnitud y la dificultad de la materia que tratamos, bastará al lector para conocer que nuestro trabajo es meramente un ensayo, sin pretensiones de ningún género. La afición á esta clase de estudios nos ha puesto la pluma en la mano, y hemos ido escribiendo este libro en los ratos de ocio y entre ocupaciones de muy distinto género.

La exposición es casi exclusivamente histórica. Vamos siguiendo el desarrollo de la filosofía desde los tiempos primitivos y dando á conocer los sistemas de los filósofos, con más ó ménos extensión, según la importancia que tuvieron en su época y que tienen hoy, respecto del estado actual de las ciencias; porque sería ajeno á nuestro propósito el detenido exámen de las opiniones personales de algún filósofo, cuando la ciencia haya demostrado que son erróneas, cuando de nada hayan servido al progreso

científico, y no hayan ejercido influencia alguna ó no hayan tenido una significación importante respecto del estado intelectual ó social en el momento en que aparecieron.

Al juzgar estos sistemas exponemos nuestras opiniones, y discutimos ligeramente sobre los grandes problemas científico-filosóficos que hoy se agitan; pudiendo mirarse esta parte como el resúmen, y en algunos casos la reproducción de lo que hemos escrito aisladamente en periódicos ó en otros libros sobre estas cuestiones. Sin embargo, cuando reproduzcamos algún párrafo que hayamos publicado, y sobre todo los que alguna vez tomamos de un libro titulado *Las frases célebres*, que dimos á luz el año pasado, lo haremos constar. La unidad de creencias no encuentra á veces más que una sola fórmula en su expresión.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL UNIVERSO EN LA CIENCIA ANTIGUA

CAPÍTULO PRIMERO.

ASIA Y AFRICA.

El sentimiento de la naturaleza en los pueblos antiguos y modernos. — Fanteísmo oriental. — La religión y la ciencia. — Su necesaria armonía.

Buscar la verdad es buscar á Dios, ha dicho un célebre filósofo. Pero en nada resplandece la exactitud de esta frase como en el estudio de la naturaleza y de sus asombrosas leyes. La contemplación del universo es esencialmente religiosa; de su estudio brota la necesidad de un sistema de creencias, que es lo que constituye la religión.

Pero haciendo el análisis de este sentimiento, común á todos los pueblos y á todas las épocas, puede establecerse una distinción, que vemos comprobada en la historia

de la filosofía, y que está en conformidad con el desarrollo progresivo de la inteligencia humana.

Los primeros pueblos, más dados que nosotros por su género de vida errante, guerrera ó pastoril, á la observacion del cielo; más dominados por una imaginacion irreflexiva, que sin profundizar con la severidad de la ciencia se impresionaba fácilmente; imposibilitados de elevarse al conocimiento de las leyes naturales, por cuanto desconocian las ciencias auxiliares, no vieron en la creacion más que su belleza y magnificencia; sintieron, por decirlo así, el asombro de los fenómenos sin buscar la causa; confundieron la obra con el artífice, la manifestacion con el principio activo, y dedujeron de esta primera y natural admiracion una cosmología teológica.

Nosotros, poseedores en alto grado de la penetrante arma del análisis; más insensibles á la admiracion de los sentidos que á la magnificencia que se desprende de la concepcion intelectual, y auxiliados de exactos y poderosos instrumentos, hemos podido penetrar en el secreto de los fenómenos naturales, hemos medido los espacios celestes y los cuerpos que en ellos giran, hemos observado la vida microscópica; y con estos elementos hemos construido una teoría satisfactoria, pues que está confirmada por los

hechos; hemos descubierto leyes generales cuya sencillez y grandeza nos dan á conocer la infinita sabiduría de su Autor.

Así, pues, la magnificencia del universo hablaba á los pueblos antiguos por medio de los sentidos, y á los pueblos modernos por medio de la inteligencia: para aquéllos el universo era la belleza, la armonía, la sabiduría que constituían el mismo Dios; para nosotros es la belleza, la armonía, la sabiduría solamente de una obra de Dios: aquéllos, admirados, no buscaban nada más allá; el mundo material llenaba su imaginacion; nosotros vemos detrás de tanta belleza, de tan admirable orden, de tan inconcebible inmensidad, un sér infinitamente superior, de cuya mano brotan los mundos, tan perfecto en sí mismo, que esta creacion no aumenta en nada ninguno de sus atributos; y comparando el universo con Dios, vemos, como dice el Evangelio, en el cielo su trono, y en la tierra la peana de sus piés.

Creemos que esta diferencia, dependiente del estado de cultura religiosa é intelectual del hombre en las diversas épocas de la historia, establece como consecuencia necesaria la diferencia entre las creencias de los pueblos primitivos y las que nosotros tenemos acerca del universo. Los primeros pueblos creían en el universo Dios; por eso el panteísmo es el carácter general de toda la

filosofía en Oriente: nosotros creemos en el Dios superior al universo; por eso somos monoteístas.

De lo dicho se sigue también que, dominando en los pueblos antiguos el sentimiento religioso cosmológico sobre todo, la ciencia era una parte muy pequeña, y aún ménos, un elemento imperceptible, que desaparecía en la inmensidad de un misticismo que lo abarcaba todo, desde el átomo hasta el universo, desde el animal microscópico hasta Dios.

Hay en todo el Oriente algo de la meditación profunda y vaga que produce el contacto de la naturaleza; algo del asombro extático que causa la contemplación de la riqueza exuberante de los climas orientales; algo que está representado fielmente en esos monumentos desconocidos, en esos ídolos inmensos, inmóviles é inmutables; mientras nosotros, arrastrados por una curiosidad activa, nunca satisfecha, en vez de contemplar, analizamos, en vez de meditar discurremos.

Así, en vano buscaremos en la filosofía de los pueblos antiguos del Oriente, anteriores al cristianismo, una doctrina científica que tenga vida propia; una serie de conocimientos unidos entre sí por el vínculo de la lógica; independientemente de aquella idea religiosa absorbente; en vano buscaremos una descripción, una ley, un sistema de la

naturaleza que no sea un mito, un jeroglífico de un dogma, tal vez desconocido para nosotros, ó una consecuencia fatal de una síntesis universal establecida con todo el rigor de lo absoluto, lo que produce un exagerado misticismo, bajo el cual decae sensiblemente la inteligencia humana, que pierde su personalidad.

La religión y la ciencia tienen ciertamente entre sí vínculos muy estrechos; para la emancipación de ésta y la distinción entre la verdad teológica y la verdad científica es un hecho que debemos exclusivamente al cristianismo; hecho que reconoce dos causas: la superioridad de su doctrina sobre todas las demás, y el ningún temor de que esta doctrina pueda ser perjudicada por la verdad de la ciencia. La religión y la ciencia son dos líneas paralelas que unen al hombre con el infinito, con la diferencia de que la primera sale de Dios para terminar en el hombre, y la segunda sale del hombre para terminar en Dios.

Bajo este punto de vista es difícil decidir si la religión tiene más de ciencia que la ciencia de religión. Ambas tienen un objeto común: la verdad universal; ambas abrazan la inmensidad de la creación; ambas ponen al hombre en contacto con lo infinito, ambas elevan su corazón y ensanchan su inteligencia; ambas, en fin, le comunican por distin-

ta senda muchas verdades iguales. La primera palabra de la religion es una verdad científica; el primer fundamento de toda ciencia es que hay un Dios.

Una y otra tuvieron la misma historia en los primeros tiempos: templos, sacerdotes, misterios é iniciaciones comunes: ambas fueron una tiranía. El hombre, que poseía los secretos de Dios, poseía tambien los de la ciencia. Esta participó del carácter religioso; habló por medio de los oráculos; conspiró á una unidad tenebrosa; se impuso como un dogma; fué el auxiliar del despotismo y del monopolio y ahogó el gérmen del progreso, sometiéndose á la inmutabilidad y al quietismo del pantaismo oriental.

Despues, cuando esta confusion desapareció, cuando á consecuencia de grandes hechos históricos que conmovieron el mundo antiguo, la civilizazion vario de asiento y triunfó sobre el infinito, simbolo del Oriente, el finito, simbolo del Occidente, la religion y la ciencia se separaron; cada una tuvo sus sacerdotes, sus mártires y sus persecuciones, su historia propia en una palabra. Hubo, entre ambas, luchas sangrientas y estériles, generando una en el fanatismo y otra en el decrecimiento; encendiendo las hogueras y levantando el cadalso. Un gran progreso debe hermanarlas sin confundirlas, dejando perfectamente libre á la inteligencia todo el

ancho campo de su jurisdiccion; no poniendo limite alguno á la observacion, fuente del conocimiento científico; á la experiencia, madre de la conviccion: al análisis, penetracion del espíritu en lo desconocido, y á la síntesis, fundamento de las concepciones majestuosas y universales.

No teman los ánimos asustadizos, que todavia vegetan como plantas parásitas en nuestro tiempo: la libertad de la ciencia es la base más sólida del convencimiento religioso. No nos citen el ejemplo de escuelas absurdas que, negando la conexion de lo finito y lo infinito ó uno de estos términos, se han visto precisadas necesariamente á concluir por negar ambos, por no poder concebirse el uno sin el otro.

Si hay leyes generales á que obedece la materia y que constituyen el orden del mundo, álguien, dueño absoluto de la materia, las ha dictado, de alguna inteligencia suprema han salido: si existen, el hombre puede y debe conocerlas. Si non, como la experiencia demuestra, constantes, invariables, sábias; si estan sujetas á una armonia universal; si el mundo no es un caos, la ciencia es posible. Nuestra conciencia y nuestra razon nos dicen que, pues esas leyes existen, hay un Dios y hay una ciencia: hay un principio inteligente, cuya existencia y cuyo conocimiento, que constituye la reli-

gion, no puede separarse del mundo que él ordenó, y hay tambien una relacion fatal de causas y efectos, una serie de hechos no sujetos solamente al capricho ó á la casualidad, y cuyo conocimiento lógico es lo que llamamos ciencia; ciencia independiente por completo; hija, en cuanto á su descubrimiento y progreso, de la inteligencia humana.

Estas consideraciones, que desarrolladas convenientemente forman un sistema, nos van á servir de base en este trabajo, en el cual nos proponemos examinar las hipótesis que desde los tiempos más remotos se han ideado para explicar el sistema del universo; pero, considerando esta cuestión como filosófica en su conjunto y como científica en sus detalles, pasaremos de largo muchas fábulas y ridículas suposiciones de una mitología muy ajena á la ciencia, que sólo pudo satisfacer la necesidad de creencias de pueblos poco ilustrados, que habian perdido las primeras nociones religiosas, y no pudieron adquirir las primeras nociones científicas.

II.

INDIA.

Doctrina de Brahma. — Emanaciones. — Metempsychosis. — Su carácter moral. — Astronomía india. — Génesis según de los Vedas. — Budismo.

Comencemos por la filosofía india, sin que esto prejuzgue en manera alguna nues-

tras ideas acerca de la antigüedad de la civilización en los pueblos orientales; sobre lo cual hablaremos más adelante. Empezamos por la India, porque así conviene á nuestro propósito, y porque este pueblo goza generalmente el privilegio de ocupar el primer lugar en este género de investigaciones, ya porque se respeta en algun modo la prioridad que á sí mismo se da, ya porque su panteísmo absoluto resume el Oriente, ya porque haya en su doctrina tanto desconocido que nos parezca el pueblo primitivo.

La filosofía india, partiendo de que Brahma es el principio único, el autor y el espíritu de todas las cosas, residente en todas ellas, venia á confundir necesariamente el ser absoluto con sus manifestaciones. Brahma es el alma universal la sustancia infinita, indeterminada, la unidad total indivisible, que se manifiesta y existe al mismo tiempo en la inteligencia y en la materia. De aquí se sigue la identidad absoluta entre el espíritu y el cuerpo, entre Brahma y el universo.

El universo es, pues, Dios. Los seres individuales, los objetos, casi desaparecen en este panteísmo dogmático; porque el individuo es una manifestación del alma universal; manifestación transitoria, de innecesaria y precaria existencia, que desaparece como todas las manifestaciones en el seno

mismo de la creación. No siendo por lo tanto inmutables la materia, ni el individuo, los indios tenían que admitir la variación constante de los seres en la inmutabilidad del ser, y establecieron los dogmas de la emanación sucesiva y de la metempsicosis, que permiten sostener la unidad de la vida total y la comunidad de los seres.

La metempsicosis explica la jerarquía de los seres, sin que por esto les conceda individualidad, por lo ménos con el carácter de permanencia que admiten las doctrinas modernas; porque si su espíritu merece recompensa, entra en el seno mismo de Brahma y pierde individualidad; y si merece castigo, pasa á otro cuerpo y la pierde también.

Todos los seres de la creación, todos los objetos tienen su misión especial, que consiste siempre en una expiación misteriosa; dogma que producía dos efectos enteramente contrarios: el respeto supersticioso á la vida de los seres extraños al hombre, y el desprecio de la propia vida, el aniquilamiento del yo, de la persona, que impulso al indio al suicidio, á dejarse morir en la inactividad de un terror contemplativo del mundo ó en las fiestas sagradas. La inmortalidad, no diríamos del alma, pero sí del espíritu que nos anima, tuvo en la India una influencia práctica, una eficacia desconocida en los demás pueblos.

Estos dogmas de la metempsicosis y de la expiación, tal vez los más difundidos y los más influyentes en el mundo antiguo, permiten una serie de premios ó castigos que tienen por objeto purificar el alma, y que pudieron ser el fundamento de una moral en que algunos han buscado el origen de las máximas cristianas. En aquella serie indefinida de encarnaciones en que se difundía siempre el mismo espíritu invisible, inefable, inmutable é indestructible, cambian encarnaciones con una misión especial, y así admitían que ya siete veces se había encarnado el espíritu de Brahma para corregir á los hombres.

Idea confusa de las relaciones entre Dios y el género humano, de la trinidad, de la degradación producida por una primera falta, de lo que nosotros llamamos pecado original, y de otros dogmas primitivos que se presentan aquí como una continua elaboración y metamorfosis del espíritu universal, por medio de ridículas fábulas, de generaciones que proceden de la cabeza, de los brazos y de las piernas de Brahma, y de dioses subalternos, en cuyos atributos y figura se admira la poderosa imaginación de aquel pueblo.

Cómo es fácil presumir, la aplicación de esta doctrina era absolutamente ineficaz para descubrir ninguna de las leyes naturales;

los arcanos de la naturaleza física permanecieron ocultos bajo el inmenso respeto que inspiraba el universo dios; y la continuidad del espíritu explicaba, si bien de una manera incompleta, las diversas relaciones de los séras y de los objetos, no como cuerpos, no como astros, sino como elementos de Dios.

Establecida por una misteriosa revelación primitiva la función que en el universo desempeñaban todos los astros, manifestaciones secundarias, emblemas ó enigmas de otros tantos mitos, no podía en realidad existir la astronomía. Y no existió en efecto; porque no debemos llamar astronomía la parte de teología mística que al hablar del mundo, confundiendo el todo con el individuo, destruía precisamente el conocimiento y el estudio de los cuerpos celestes; ni merece tampoco este nombre el sencillo y necesario conocimiento de algunos movimientos de los astros, adquirido por la más grosera observación, y que después encontré en la fábula ridiculas explicaciones. Por esta causa el conocimiento del universo en su conjunto no adelantó nada en la India.

Algunos escritores han querido formar, con nociones incompletas, un sistema astronómico inútil; mas no han podido conseguirlo, y han tenido que limitarse á investigar si tal ó cual observación fué conocida

de aquel pueblo. Otros se han propuesto interpretar el enigma que envolvía la aplicación del misticismo al conocimiento del mundo, y no han sido más felices, porque los mitos que conocemos no admiten una interpretación positiva y racional bajo el punto de vista científico. ¿Qué interpretación científica puede darse, por ejemplo, al mito que representa la tierra como una flor de loto, cuyo tronco era el monte Merú, cuyos pétalos y filamentos formaban las demás montañas, y cuyas hojas marcaban los cuatro puntos cardinales? La sutileza de algunos admiradores de la India se ha estrellado en estas interpretaciones, y sólo ha dado de sí una nueva y fecunda ciencia tan enigmática como la que se proponían explicar. Por lo demás, si penetrásemos en el terreno de las interpretaciones, y tratásemos de reemplazar la falta de hechos positivos y de observaciones conocidas con un trabajo puramente de imaginación, nos alejariámos de nuestro propósito.

El panteísmo indio, que es el más absoluto de todos, no tuvo ni una verdad científica en el terreno de la observación y del análisis: Brahma, absorbiendo el mundo, lo privó de sus caracteres físicos, y absorbiendo la inteligencia, la esterilizó.

Seguros, pues, de no encontrar en la astronomía india una teoría científica del ór-

den y estructura del universo, veamos cómo explicaban la creación y los fenómenos visibles. Los Vedas, libros sagrados que se suponen revelados por el mismo Brahma, nos dan una descripción de la época anterior a la creación, que dice así : « No había nada ni visible, ni invisible, ni región superior, ni aire, ni cielo. No existía la muerte, ni la inmortalidad. Nada distinguía el día de la noche. Él sólo respiraba, sin tener aliento, encerrado en sí mismo. No existía nada más que él. — Las tinieblas estaban cubiertas por las tinieblas; el agua no tenía movimiento. Todo era confuso. El Sér moraba en el seno del caos, y este gran todo nació por la fuerza de la piedad. »

Pero si después de esta descripción, puramente poética ó mitológica, buscamos una organización, un sistema del universo, no descubrimos nada científico : « El mundo estaba sumergido en la oscuridad, el Señor existía por sí mismo. Aquel cuyo espíritu es el único que puede percibir, que no hace impresión en los órganos de los sentidos, que no tiene partes visibles, el Eterno, el alma de todos los seres, á quien nadie puede comprender, desplegó su propio esplendor. Habiendo resuelto en su pensamiento hacer emanar de su propia sustancia las criaturas, produjo primero las aguas, en las cuales depositó un gérmen. Este gérmen se

convirtió en un huevo brillante como el oro, tan relumbrante como el astro de los mil rayos, en el cual nació el mismo sér supremo, bajo la forma de Brahma, el padre de todos los seres. Después de haber permanecido en el huevo un año de Brahma, el Señor mentalmente le dividió en dos, y de estas dos partes formó el cielo y la tierra, con la atmósfera en medio, las ocho regiones celestes y el receptáculo permanente de las aguas. »

El cielo, según el mismo testimonio, está dividido en siete regiones: primero se encuentra la esfera de las nubes, que llega hasta el sol; la segunda región llega desde el sol hasta la estrella polar, y comprende la luna y los planetas; en la cumbre de este cielo está sentado Dhruva, que tiene las bridas de los carros del sol, de la luna y de los planetas. Más allá de esta región hay otra habitada por los justos, y la última es la cáscara del huevo. Además, entre la tierra y las aguas hay veinte y ocho infiernos, en que son atormentados los pecadores. »

Aunque la historia cronológica y crítica de la filosofía india es poco conocida, debe admitirse como indubitable que hubo muy diversos sistemas dentro del panteísmo y grandes protestas contra la absorción absoluta y la tiranía inmensa del brahmismo. Una de estas protestas fué el buddismo, doctri-

na completa, que admitía también la transmigration y las reencarnaciones, hasta el punto de suponer que Buddha había muerto y revivido más veces que plantas hay en el mundo; pero que predicó una moral más humana y penetró, ó por mejor decir quiso penetrar, en el conocimiento numérico del universo.

El mundo, cuyo centro es el monte Merú, está rodeado, según Buddha, de siete montes de oro y de siete turbulentos mares; el movimiento de rotación proviene de la combinación de cinco torbellinos de viento que le impelen en distintas direcciones. Pero este mundo no tiene límites, ni existencia material aislada: no puede concebirse sino como mundo del hombre, llamado también de la paciencia ó de la expiación: sobre él y desde él mismo se elevan dos jerarquías de siete ciclos compuestos de diversas llanuras sucesivas, donde se purifican los deseos y los placeres, viniendo á ser nuestro globo un punto en el número infinito de mundos.

La creación puede expresarse por medio de números, cuya unidad es cien cuatrillones ó sea 100.000.000.000.000.000.000.000, y la ley de generación el cuadrado, dividiéndose estos números en diez categorías, de las cuales cada una es el cuadrado de la anterior, de modo que la décima, llamada con razón número indecible, se compone de la

unidad seguida de veinte y seis mil seiscientos veinte y cuatro ceros!

La totalidad de lo creado se compone de mundos, universos, llanuras y grupos de mundos. Un universo tiene mil millones de mundos; una llanura cien millones de cuatrillones de universos, y un grupo de mundos veinte llanuras; llegando de este modo á cantidades compuestas de la unidad seguida de cinco millones de ceros! ¿Qué pueblo ha pretendido formarse con tanto empeño una idea numérica del universo, y ha concebido la purificación del hombre por un número tan inconcebible de grados y de aspiraciones?

La filosofía india transmitió sus principales dogmas á casi todas las naciones de la antigüedad: sus mitos, sus fábulas y sus supersticiones, mudando de forma y aun de objeto en cada época y en cada nación, han alcanzado á nuestro siglo. Sin embargo, no llegamos como algunos historiadores á buscar en la India el germen de todas nuestras ciencias y de todos los sistemas filosóficos, ni mucho ménos la hipótesis del éter en física, el verdadero sistema del mundo y el conocimiento perfecto del sistema decimal. Más adelante volveremos á esta cuestión, haciendo ver la imposibilidad de una ciencia en un país cuyas doctrinas filosófico-religiosas eran un invencible obstáculo al progreso.

III.

CHINA.

Filosofía. — Caracter de la ciencia. — Su ineficacia en el progreso.

La filosofía científica china, fundada en la armonía y en el número, es más precisa respecto del universo. La armonía y el número no son ideas primitivas y reveladas, ni creencias absorbentes y estériles, bajo el punto de vista físico, sino el resultado de la observación y del análisis; elementos preciosos de ciencia que no tuvo la India.

Los chinos empiezan su doctrina por una distinción. Dios creó dos cosas diferentes; una perfecta y otra imperfecta; el cielo y la tierra. Estas dos materias, que reciben la vida de la ley universal ó razón primitiva, que es Dios, están subordinadas en todo al número, á la armonía y á la simetría. El universo, pues, tiene aquí ya realidad, distinción, elementos, orden numérico, caracteres exteriores y sensibles, que pueden constituir un sistema físico: los movimientos de los seres tienen también estas propiedades. En el universo hay, por lo tanto, un organismo fatal, però metódico; hay una vasta jerarquía de seres sabiamente arreglada, en que todas las cosas están ordenadas por combinaciones numéricas; hay, en fin, una re-

lación armónica entre todos los fenómenos naturales.

Los chinos, sin dejar de ser panteístas, dieron un carácter práctico y de observación á su doctrina, que produjo los brillantes descubrimientos que admiramos en aquel pueblo, desde los tiempos más antiguos y que existían, casi como hoy, cuando Europa yacía aún en la barbarie. El secreto de esa perfección está sólo en la proporción numérica, que no existiendo muchas veces bajo una forma fácil de conocer, exige un gran espíritu analítico, una observación delicadísima, y una paciencia extraordinaria. Sólo un chino hubiera podido descubrir una exacta relación numérica entre los tonos de la música y el sistema de pesas y medidas; entre las enfermedades y las horas; entre los cuerpos celestes y las acciones del hombre. Por esta razón, la ciencia china es un conjunto incomprensible de delicadas y profundas relaciones, de grandes conocimientos prácticos y de pueriles razones.

Consecuencia necesaria también de esta filosofía de la exactitud y del cálculo es el respeto tributado desde tiempos antiquísimos al mérito científico y literario, á los estudios continuados y profundos, y por tanto la elevada jerarquía de los sabios que conservan la doctrina de los antepasados.

En China, dada la ley numérica, todo se

subordina á ella; la inmutabilidad matemática, como corolario preciso, mata el progreso; las proporciones armónicas forman una red que envuelve la razon y la impide elevarse á fuentes más puras y hacer aplicación de la doctrina. Sólo así se concibe que el pueblo chino, á pesar del profundo conocimiento que tenía de muchas propiedades naturales; poseyendo desde época muy remota la brújula y la pólvora, el micrómetro y la imprenta, la prensa hidráulica y el fósforo, es decir, todos los descubrimientos que han cambiado de un modo maravilloso la faz del mundo civilizado en Occidente, permanezca estacionario, sin comprender siquiera las ideas de humanidad y de progreso. Sólo así se comprende que, conociendo desde los tiempos más antiguos la semana, formada por los siete planetas pitagóricos, y otra porción de ciclos ó periodos y de nociones que sería largo enumerar aquí; calculando por métodos enojosos, ridículos y complicados, pero exactos, los eclipses, no perfeccionase la ciencia astronómica, ni diese en muchos siglos un paso en el inmenso camino que tenía abierto para la aplicación de tan grandes descubrimientos; hasta del punto de que los misioneros que penetraron en el celeste Imperio hace dos siglos, al mismo tiempo que referían sus asombrosos cálculos, aseguraban que no te-

nían idea alguna de las matemáticas y de los números como ciencia. Los chinos tuvieron, y, lo que es más raro, tienen todavía, la profundidad del empirismo, la minuciosidad de la observación: su ciencia, si así puede llamarse, está retratada en ese juego llamado *rompe-cabezas*, que consiste en hacer diversas figuras uniendo caprichosamente otras menores.

A esto sin duda debe atribuirse el que la China no tenga, como la India, una porción de tradiciones y leyendas sobre la creación del mundo: en China la cosmología se confunde con la historia. Sin embargo, los chinos creían en un caos primitivo, y en la razón que, como hemos dicho antes, separó la parte perfecta de la imperfecta. Los elementos del mundo son cinco: madera, fuego, tierra, metal y agua, y cada elemento se compone de dos principios, el masculino ó seco, y el femenino ó húmedo. La armonía de estos dos principios es causa de la belleza cósmica y de todos los fenómenos naturales: á esta armonía siempre numérica se deben los movimientos celestes, á que los chinos aplicaron una minuciosa observación.

Resulta, pues, que la astronomía china es una ciencia de aplicación, de práctica, de pormenores, que no pudo elevarse á concebir el sistema del universo en su grandeza y

sencillez; ciencia sin movimiento, sin progreso, que ha vivido, como el pueblo del Celeste Imperio, aislada y fuera del trato, y que no ha ejercido por tanto influencia alguna en el resto del mundo.

IV.

PERSIA Y CALDEA.

Creencias persas. — Zoroastro. — Astronomía caldea. — Astrología.

Persia y Caldea, como otros pueblos de Asia de ménos fama histórica, no adelantaron mucho más en la idea física del universo, y acudieron para explicar los fenómenos celestes á una mitología más ó ménos complicada, segun la filosofía de cada uno y el confuso y divinizado recuerdo de tradiciones históricas.

La historia de Persia es muy poco conocida hasta los tiempos de Zoroastro, cuya aparición no está tampoco exactamente determinada. Los Naskas, libros antiquísimos, tienen gran analogía con los libros sagrados de la India, y anuncian una clase especial, llamada de los Magos, que conservaba la tradición y las doctrinas religiosas y astronómicas. Zoroastro, reformador religioso, se presenta como un sér extraordinario que ha recibido directamente la revelación. El primer principio de todas las cosas, segun

su doctrina, es un sér infinito é indeterminado, de donde salieron primitivamente Ormuz, principio del bien, y Ariman, principio del mal. Todo lo que es bueno proviene de Ormuz por dos series de emanaciones, unas ideales y otras reales; contándose entre estas últimas la especie humana y el mundo físico. Ariman emana de sí mismo otras dos series, que hacen la guerra á las primeras. Cuando se verifique el juicio último, los buenos morarán en un cielo superior, y los malos purgarán sus faltas en un infierno en tres dias y tres noches.

La existencia del mundo se divide en cuatro períodos, que son: el reinado de Ormuz; la rebelion de Ariman; la lucha (período actual) entre estos dos principios, y el triunfo del bien. La creacion, bella é inocente en su principio, fué obra de Ormuz, que dió existencia á la bóveda de los cielos y á la tierra como base suya, elevando una gran montaña para su morada. Despues creó las esferas celestes y el ejército de estrellas, colocando el sobre su trono y guardando el cielo con las constelaciones y unos guerreros que velan en sus cuatro extremos. En aquel mundo primitivo no había mal, ni tinieblas, ni muerte; calamidades que produjo la rebelion de Ariman, cuya historia es un conjunto de fábulas absurdas, de sucesos monstruosos y de seres extraordina-

rios que con forma animal tomaron parte en la lucha incesante del bien y del mal.

Fuera de esto, los persas creían en la existencia de tantos ángeles especiales como objetos e ideas hay en el mundo, y veían en cada astro un sér digno de adoracion por las propiedades con que le había dotado su ángel guardian. Adoraban principalmente el fuego, y suponían en él una esencia, tal vez la del sol, que influía directamente en el universo.

Sabemos muy poco de la astronomía persa, y es verosímil que como ciencia no dejase nada detras de sí. La lucha entre los dos principios, el del bien y el del mal, no llegó á ser una distincion perfecta, como algunos han querido sostener, entre Dios y el mundo, entre el espíritu y la materia, sino un perpetuo estado de oposicion y de combate que, aplicado á los fenómenos naturales, explicaba solamente el distinto origen de cada uno.

Caldea fué tal vez el país del Asia anterior en que más adelantó la astronomía como ciencia práctica. Los caldeos aplicaron una minuciosa observacion á los fenómenos celestes, conocieron la causa de muchos de ellos, los calcularon, y aun combatieron alguna vez las preocupaciones que engendraban en el vulgo. La astronomía moderna conserva los nombres de una por-

cion de ciclos y periodos caldeos, determinados con bastante exactitud; y si bien no llegamos hasta el punto de creer, como un escritor inglés, que en Caldea se descubrió el verdadero sistema solar, no negamos que los caldeos trataran de investigar la magnitud de la tierra y su figura, ni que explicaran el movimiento de rotacion de la luna, ni que tal vez sospechasen la verdadera causa de los eclipses, pues los predijeron con gran exactitud y por medio de reglas uniformes.

Al reconocer estos descubrimientos en la astronomía caldea, el historiador se pregunta: ¿cómo poseyendo elementos tan poderosos no llegó aquel pueblo á constituir una verdadera ciencia? ¿como del exacto conocimiento de los hechos no se elevó á construir los cielos y á imaginar un orden del universo? Esta duda lógica queda explicada con decir que en Caldea llegó á tener poderoso influjo esa aplicacion misteriosa de la astronomía á los hechos humanos, que se llama astrología, y esa otra aplicacion, no ménos misteriosa y no ménos ridícula, de las ciencias ocultas á la vida humana, que se llama magia.

En Caldea llegó á su colmo esa supremacia, esa intervencion funesta de los sacerdotes, que formaban una clase distinta y superior al pueblo; clase privilegiada que se apoderó de la religion y la ciencia para do-

minar con tan poderosos medios. Allí principió la verdad á ser el patrimonio de una clase, y á disfrazarse y á ocultarse á los ojos del vulgo; allí fué donde primero se refutaron las mitológicas ideas que mezclaban otros pueblos con la astronomía, para someter despues esta ciencia, por una especie de fatalidad, al augurio, al horóscopo y á todas las farsas de la adivinacion.

La astronomía, pues, ya sujeta por estos lazos que la impedían tomar libre vuelo, ya oculta en el sagrado y secreto círculo del sacerdocio, permaneció estacionaria y conservó solamente prácticas aisladas, observaciones sueltas y hechos sin enlace que servían de fundamento á las supersticiones.

El culto tenía por objetos principales divinidades cosmogónicas, los astros ó los dioses que estaban en ellos personificados. El mundo había sido sacado del caos de las tinieblas, en las cuales había cierto gérmen ó materia húmeda que producía constantemente animales monstruosos. Belo excitó en este caos una profunda revolucion: la naturaleza, representada por una mujer fecunda, se dividió convirtiéndose en cielo y tierra; y naciendo entónces el orden del mundo, con su sangre se formaron todos los seres vivientes, y con su cuerpo los astros. La organizacion y conservación del universo quedó encomendada á Belo ó Babel, dios del

sol, principio inteligente y fecundador, pero no creador, y á Milita, diosa de la luna. Créese tambien que los caldeos admitian en cierto modo la metempsicosis, suponiendo que las almas purgaban en este mundo las faltas de una existencia anterior, y que el mundo se renovaba por completo en períodos de treinta y seis mil años. Por lo demas, los astros eran poderes vivas que influían directamente en la vida humana y en los grandes hechos históricos. Los signos del Zodiaco estaban presididos por doce genios; veinticuatro constelaciones representaban otros tantos dioses, considerados como jueces universales de las cosas humanas.

Sin embargo, entre los pocos documentos que nos quedan para apreciar el estado científico de los caldeos, podríamos citar algunos que indican una extension de los conocimientos astronómicos en el pueblo, suficiente para rechazar los errores astrológicos. Dícese que en la torre de Babilonia había constantemente un astrólogo que examinaba la situacion y carácter de los astros en todos los nacimientos, pero que el pueblo repugnaba consultarle; y Estrabon añade: « Entre los caldeos hay muchos que se dedican á predecir á los hombres su destino por las circunstancias de su nacimiento; pero los demas no aprueban esta profesion. »

Para explicar en pocas palabras la astro-

nomía caldea, podemos decir que perdió el oscuro velo con que se cubría en India y China; que descendió del cielo y bajó á la tierra á cubrirse con el manto de la hipocresía y el engaño. De ciencia divina se hizo humana; de oscura, pero grande, tenebrosa.



Carácter de este pueblo. — Sus creencias.

El Egipto se nos presenta, ha dicho un escritor, como un gran jeroglífico. Así es en verdad: los demas pueblos antiguos han dejado obras escritas que, si no del todo conocidas, nos permiten abrigar la esperanza de que su literatura, su ciencia y sus costumbres llegarán á ser objeto de extensos y profundos estudios. El Egipto aparece envuelto en un manto impenetrable para cierto género de investigaciones: ignórase de dónde recibió sus primeras nociones y hasta cuales fueron éstas; su mitología, su religion y su culto son nada más que puntos de discusión entre jeroglíficos difíciles de interpretar, estatuas mudas y tenebrosos monumentos propios de un país en que la idea de la muerte se sobreponía á todas las demas.

Lo que en Caldea no fue más que un in-

tento, una imposición, que tal vez rechazaba el pueblo, llegó á ser en Egipto precisamente la constitución de todas las jerarquías, la constitución del Estado. El despotismo, la religion y la ciencia constituyen en aquel país clásico de la aristocracia sacerdotal y militar, una trinidad severa, inaccesible al vulgo, que envuelve en profundos misterios y en indescifrables jeroglíficos las primeras verdades de la astronomía.

Impónese al pueblo la creencia inmutable, la inexorabilidad de un dogma cuyas aplicaciones llegan hasta los actos más indiferentes de la vida, y se extiende sobre la inteligencia ese duro yugo que hace bajar la cabeza á las clases y á los individuos; conviértese la vida en una especie de automatismo sepulcral, y se reflejan en los pensamientos las severas formas, la rigidez lineal, la estabilidad inmutable de esos monumentos que nos ha legado el Egipto.

Increible parece á primera vista que pudiera hacer grandes progresos, en una ciencia que exige tanto la minuciosa observación como la grandeza de ánimo, un pueblo que tiene por emblema las pirámides, las esfinges y los jeroglíficos; un pueblo en que ni el arte tenia libertad para variar las formas, las actitudes y los colores, por más opuestos que fuesen á la verdad de la naturaleza; un pueblo, en fin, que debía conser-

var en los hijos la casta, la vida y la profesión de los padres, heriendo así de muerte el progreso y el movimiento bajo el peso de la tradición.

Peró como los sacerdotes ocultaban su ciencia al pueblo, dividiendo toda doctrina en dos clases, pública y privada, esotérica y exotérica, había una diferencia inmensa entre la ciencia pública y la ciencia sacerdotal. Toda una clase de sacerdotes, la segunda en categoría, ó de los hierogramatistas, especie de tribunal supremo de la ciencia, se ocupaba exclusivamente de las investigaciones científicas. Así la astronomía pudo progresar mucho en el secreto de la doctrina privada, hasta el punto de preparar una teoría ó sistema del universo, que reinó en Europa cerca de mil años.

Los esfuerzos de los egipcios para penetrar en el conocimiento del mundo son admirables, por más que tardasen muchos años en descubrir verdades, que hoy se nos presentan con la claridad de la evidencia material.

La antiquísima fábula de Atlas cargado con el mundo, es para muchos historiadores una tradición del descubrimiento de la esfera y de sus círculos; tradición que, desfigurada por el tiempo, hizo del astrónomo que enseñaba su invento un gran mito en que la magnitud del descubrimiento está

representada por el enorme peso de la tierra, que Atlas llevaba sobre sus hombros.

Mas sin remontarnos á tan lejanos tiempos, hay pruebas respetables de que los egipcios conocían la redondez de la tierra, su tamaño, casi exactamente, los movimientos del sol, la luna y los siete planetas, la causa de los eclipses y la desigualdad del movimiento solar, así como los signos del Zodiaco, que designaron con nombres y figuras que casi conservamos nosotros. Miedieron también, aunque inexactamente, la distancia del sol á los planetas, y construyeron tablas de sus posiciones respectivas.

Todos estos descubrimientos, muy anteriores á Tolomeo, fueron modificando poco á poco la idea del universo, que los egipcios llegaron á concebir, en cuanto á nuestro sistema planetario, del mismo modo que está explicado en el *Almagesto*.

A pesar de lo que hemos dicho, nos es imposible determinar exactamente los límites á que llegó la astronomía egipcia; porque los cálculos y observaciones, los datos necesarios para predecir los fenómenos celestes y otras noticias importantes, que podrían dar mucha luz sobre el verdadero estado de la ciencia en aquel pueblo, han desaparecido ó permanecen ocultos bajo jeroglíficos y simbólicas inscripciones. Pero, á juzgar por algunas creencias de filósofos griegos, que

llevaron á su país la ciencia de Egipto, podemos suponer que llegó á una gran altura la astronomía en la patria de Tolomeo y Manethon.

Es cosa admitida que los egipcios, hácia el tiempo del cautiverio del pueblo hebreo, tenían una noción, aunque imperfecta, de una providencia divina y de una ley moral; pero esta noción estaba como sofocada por el politeísmo que empezaba adorando el sol, segun demuestra el nombre de Heliópolis y Diópolis dado á muchas de sus ciudades, y concluía por tributar un culto supersticioso á las fuerzas de la naturaleza, divinizadas y personificadas en animales esculpidos, pintados ó vivos, adoracion en que se distinguió Egipto más que ningun otro país; que ha sido explicada como efecto de la tendencia á la realidad de todos los pueblos, y que provino de convertin en séres divinos á los animales dedicados primitivamente á un dios por su cualidad dominante. El *Ritual funerario* supone que las almas justas recibían en la morada de Osiris (tal vez el sol) un nuevo cuerpo y una nueva vida bienaventurada; el *Libro de las emigraciones* admite la existencia de una tierra deliciosa, emigraciones por los espacios celestes y transformaciones voluntarias en varias clases de pájaros divinos, y tambien que las almas culpables vuelven á la tierra á habi-

tar un nuevo cuerpo. Pero despues se fué perdiendo la noción primitiva de la providencia, y se divulgó la absurda creencia de que las almas pasaban sin distinción á animar toda clase de animales y vegetales.

No era éste el medio más á propósito para formarse idea exacta del universo; por tanto, los egipcios, á lo que podemos juzgar, nó tuvieron esta idea. Mas no falta quien crea que admitieron la pluralidad de los mundos, citando como prueba la opinion que tenían sobre la luna, á la cual aplicaban con frecuencia los nombres de mundo, tierra etérea y país desconocido.

Nosotros ponemos este aserto muy en duda, mientras no exista un indicio racional, algo más fuerte que un nombre, en un pueblo cuya doctrina estaba siempre disfrazada en palabras y figuras simbólicas.

El Egipto, fuerta de sus asombrosos y colosales monumentos, no nos es conocido por sí mismo; calculamos su ciencia como podríamos calcular la luz del sol por la que nos refleja cualquier astro. Los conocimientos trasplantados á Grecia por muchos sabios que acudieron á estudiar en los templos egipcios, la fama del esplendor de este pueblo en toda clase de ciencias naturales, la vaga noticia de las perdidas obras de Hermes, entre las cuales había cuatro libros de astronomía, y otros muchos indicios, más bien

que datos positivos, nos hacen creer que el Egipto, ó por lo ménos sus sacerdotes, poseyeron un gran caudal de conocimientos astronómicos.

Sin embargo, vamos á hacer una observacion aplicable á todos los pueblos de la antigüedad. Esa prediccion de los eclipses y de otros fenómenos más ó ménos regulares en su aparicion; esa medicion de cielos, períodos, años y distancias, que suelen llamar la atencion de los historiadores, para fundar en estos hechos todo un sistema científico, estaba muy léjos de ser lo que es hoy y de indicar una verdadera ciencia. En los eclipses anunciados en China, Caldea y Egipto, en las prediciones de Thales y de otros astrónomos, por más que fueran sorprendentes para un pueblo ignorante, no hay nada de la exactitud moderna, que anuncia estos fenómenos con horas, minutos y segundos. Un conocimiento vulgar y grosero de los movimientos aparentes de los astros y una experiencia rutinaria eran suficientes elementos para una prediccion, bien poco meritoria bajo el punto de visto científico. La ocultacion de un astro calculada de antemano con rigurosa exactitud supone una suma de conocimientos que no tuvo ningun pueblo antiguo. Los Newton y los Keplers, que nos permiten hacerlo á nosotros, hubieran sido en aquel tiempo una contradiccion,

un anaerónismo: su nombre habria pasado á las edades modernas como el de un dios, rodeado de la admiracion, de la fábula y del milagro.

CAPÍTULO II.

UNIDAD DE LA CIENCIA ASIÁTICA.

Comunidad de la tradicion científica en Asia. — Indicios de uno mismo origen. — Ciencia primitiva.

La ciencia asiática se movió dentro de un círculo limitado. Así lo atestiguan los recuerdos que nos han quedado, entre los cuales son seguramente dignos de estudio los libros hebreos.

El sabio Baylli, historiador de la ciencia de los astros, ha demostrado plenamente, con una paciencia y un análisis admirables, que las ideas astronómicas de los pueblos que blasonan de más antigüedad en el Asia son tradiciones confusas, alteradas por el tiempo, modificadas por el carácter é historia particular de cada pueblo; restos esparcidos de una sola creencia mal conservada ó mal transmitida; ramas sueltas de una ciencia que debió ser más completa y más exacta en sus primeros tiempos. Baylli, para deducir esta verdad, ha interrogado los monumentos más antiguos de todo género; ha

que datos positivos, nos hacen creer que el Egipto, ó por lo ménos sus sacerdotes, poseyeron un gran caudal de conocimientos astronómicos.

Sin embargo, vamos á hacer una observacion aplicable á todos los pueblos de la antigüedad. Esa prediccion de los eclipses y de otros fenómenos más ó ménos regulares en su aparicion; esa medicion de cielos, períodos, años y distancias, que suelen llamar la atencion de los historiadores, para fundar en estos hechos todo un sistema científico, estaba muy léjos de ser lo que es hoy y de indicar una verdadera ciencia. En los eclipses anunciados en China, Caldea y Egipto, en las prediciones de Thales y de otros astrónomos, por más que fueran sorprendentes para un pueblo ignorante, no hay nada de la exactitud moderna, que anuncia estos fenómenos con horas, minutos y segundos. Un conocimiento vulgar y grosero de los movimientos aparentes de los astros y una experiencia rutinaria eran suficientes elementos para una prediccion, bien poco meritoria bajo el punto de visto científico. La ocultacion de un astro calculada de antemano con rigurosa exactitud supone una suma de conocimientos que no tuvo ningun pueblo antiguo. Los Newton y los Keplers, que nos permiten hacerlo á nosotros, hubieran sido en aquel tiempo una contradiccion,

un anaerónismo: su nombre habria pasado á las edades modernas como el de un dios, rodeado de la admiracion, de la fábula y del milagro.

CAPÍTULO II.

UNIDAD DE LA CIENCIA ASIÁTICA.

Comunidad de la tradicion científica en Asia. — Indicios de uno mismo origen. — Ciencia primitiva.

La ciencia asiática se movió dentro de un círculo limitado. Así lo atestiguan los recuerdos que nos han quedado, entre los cuales son seguramente dignos de estudio los libros hebreos.

El sabio Baylli, historiador de la ciencia de los astros, ha demostrado plenamente, con una paciencia y un análisis admirables, que las ideas astronómicas de los pueblos que blasonan de más antigüedad en el Asia son tradiciones confusas, alteradas por el tiempo, modificadas por el carácter é historia particular de cada pueblo; restos esparcidos de una sola creencia mal conservada ó mal transmitida; ramas sueltas de una ciencia que debió ser más completa y más exacta en sus primeros tiempos. Baylli, para deducir esta verdad, ha interrogado los monumentos más antiguos de todo género; ha

penetrado en la interpretación de algunos mitos y fábulas, y así ha descubierto que la tradición en general, y especialmente la tradición científica, es tanto más común á los pueblos del Asia, cuanto más antiguo es el hecho á que se refiere; y esta tradición parece como superpuesta violentamente algunas veces para explicar fenómenos visibles: aplicación de creencias antiguas á hechos nuevos ó mejor observados, que es común á todos los pueblos poco sensibles á las ideas de progreso. La creación material del mundo, el caos primitivo, un ser ordenador de la materia informe, y la noción de los grandes trastornos geológicos por que pasó la tierra, tienen en la tradición de los pueblos asiáticos una comunidad que sorprende, si por un momento se prescinde de las fábulas con que aparece envuelta la narración.

Bajo el punto de vista puramente científico, sin entrar en consideraciones filosóficas y teológicas; buscando la tradición más racional, más conforme con las verdades de la ciencia, tenemos que admitir como única buena la explicación, ó por mejor decir, la idea de la creación que nos da el Génesis. En esos sistemas filosóficos, que pretenden ser coetáneos de la creación, no encontramos nada que pueda compararse con la noción bíblica expresada con todo el rigor de lo absoluto, con toda la sencillez de la verdad.

¿Será el Génesis, será la astronomía del pueblo escogido, la base en que se funda esa antigua ciencia que desapareció de la faz de la tierra y dejó en los pueblos de Asia sólo recuerdos incompletos? Vamos á hacer algunas reflexiones puramente científicas sobre este punto.

La asombrosa antigüedad que á sí mismos se dan algunos pueblos del Asia, lo mismo que el Egipto, no es más que un error de cálculo ó una ilusión orgullosa, y tal vez, segun ha dicho un historiador, prueba inequívoca de su juventud, cuando todavía es tan en la edad en que se entretienen con la fábula.

La ciencia, consultada acerca de este punto, demuestra sin género alguno de duda que esas tradiciones esos hechos históricos, esas maravillas que componen la cronología de tales pueblos, no se remontan á más de tres mil años antes de Jesucristo; siendo de notar, como hemos indicado, que esta época á que llega la tradición histórica y científica es común con corta diferencia para todos estos pueblos, así para los egipcios como para los chinos, así para los indios como para los persas y caldeos.

En esta época, difícil de determinar con la medida numérica del tiempo, pero fácil de conocer por el estado y condiciones de la vida del pueblo, aparece en cada nación un

gran astrónomo, un hombre sobre cuya frente brilla alguna vez la llama de la inspiración ó el soplo de la divinidad, y comunica á los mortales el secreto de la ciencia. Así aparece Fohi en China, Urano y Atlas, Tot ó Mercurio en Egipto, Zoroastro en Persia, y Belo en Babilonia.

Estos son los primeros astrónomos, los primeros sabios de esos pueblos; éstos son los que admira y respeta la tradición, los que diviniza la fábula; pero no podemos creer que lo fueran hasta el punto de haber descubierto todos los principios que enseñaron, por existir una imposibilidad absoluta de que los descubrieran. En efecto, según hemos visto al recorrer, aunque rápidamente, la historia de la astronomía en India, China y Caldea, no existió nunca en estos pueblos una ciencia fundada en la observación como base, y en la lógica como elemento constitutivo. Y sin embargo, careciendo de estos necesarios elementos, encontramos desde los tiempos más antiguos métodos complicados, pero casi exactos, para calcular los periodos de ciertos astros ó fenómenos; encontramos una porción de prácticas rutinarias, de operaciones ciegas sin el conocimiento de las relaciones entre el fenómeno y la causa.

La adquisición de estos métodos es inconcebible con las superficiales ó ridículas ideas

que los pueblos antiguos tenían acerca del sistema celeste. Los chinos, los indios, los persas creían ver en los eclipses y en otros fenómenos gigantescas luchas de animales mitológicos ó hechos más relacionados con los personajes de sus fábulas que con los acordes movimientos de la máquina del mundo; y á pesar de estas creencias calculaban tales fenómenos desde los tiempos más remotos, sin que baste en muchos casos para explicar esta contradicción la diferencia, entre la doctrina pública y privada, entre la ciencia sacerdotal y la creencia vulgar.

Debemos, pues, admitir que los primeros astrónomos de estos pueblos no pudieron elevarse por sí solos, por los medios que suministra una ciencia adquirida personalmente, al descubrimiento de esos métodos. Y no es posible explicar su existencia sino considerándolos como restos ó recuerdos confusos de una ciencia perdida, como una tradición incompleta que conservó lo más fácil de conservar á las inteligencias no científicas: la práctica rutinaria, la operación material, lo que dejan en el pueblo siempre las tradiciones.

En este supuesto Fohi, lo mismo que Belo, no fueron más que hombres estudiosos que recogieron la tradición, formaron con ella, si no un cuerpo de doctrina, un cuerpo de reglas, y la escribieron ó dieron

á conocer por el escrito ó el jeroglífico, ó tal vez sólo por la enseñanza.

Sentada esta teoría por una inducción racional, como acabamos de hacerlo; fundándonos en la imposibilidad de que un hombre crease la astronomía sin elementos para ello, encontramos después una porción de razones que confirman esta hipótesis.

¿Cómo se concibe de otro modo que en el transcurso de tantos siglos apenas diera un paso la astronomía en estos pueblos? Si Atlas descubrió la esfera, si imagino sus principales círculos; cómo puede suponerse que se perdiera después este conocimiento teórico y científico, y que la esfera no tuviese uso alguno hasta que muchos siglos después una regeneración científica vino á explicar por medio de ella el curso de los astros y á resolver sistemáticamente los problemas fundamentales de la astronomía?

El conocimiento de la esfera supone una serie de meditaciones y descubrimientos que representa muchos años de observación: la combinación de sus círculos no es obra de un momento, ni productó espontáneo de una rica imaginación; ¿cómo es posible suponer que se perdieran completamente estas observaciones, esta ciencia ya de hechos, en pueblos que conservaban cuidadosamente la tradición en sus monumentos, y que sin duda consideraron la astronomía

como objeto preferente de sus estudios y como necesidad en su género de vida? Lo mismo decimos de otras muchas nociones aisladas que suponen conocimientos que nunca tuvieron estos pueblos, y que no pueden atribuirse á un solo hombre, por rara que fuese su inteligencia, á ménos de no suponer en ella una superioridad más que humana.

Hay, además, otras muchas razones que inducen á creer lo que vamos sosteniendo. En los pueblos de Asia y África se descubre una gran analogía, y en muchos casos una perfecta igualdad de creencias y de prácticas, que no podemos explicar sino admitiendo que provienen de una ciencia única, de un estado floreciente en la astronomía y anterior á la época en que empezaron á cultivarla estos pueblos.

¿De dónde dedujeron, por ejemplo, los pueblos antiguos el conocimiento de los siete planetas y el orden en que los colocaron para que presidiesen á los días de la semana? Los indios, los egipcios, los chinos y los caldeos contaban los días de la semana en el mismo orden que nosotros: domingo ó día del Sol; lunes ó día de la Luna; martes ó día de Marte; miércoles ó día de Mercurio; jueves ó día de Júpiter, viernes ó día de Venus, y sábado ó día de Saturno.

Este orden no es de la distancia á la tierra ni al sol, ni el de la magnitud aparente ó

verdadera, ni el del brillo, ni el del color, ni el de la duracion de la revolucion; es un órden completamente arbitrario, á los ménos para nosotros; y sin embargo, le encontramos igualmente establecido en pueblos que parece no tuvieron entre sí comunicaciones tales que pudieran trasplantar su ciencia. Además de que si esta comunicacion, si esta adquisicion de ciencia extranjera, tan grande que bastó para dar á un pueblo el modo de contar el tiempo, hubiera existido, se encontraría en la tradicion y en la historia huella de tan memorable hecho.

Otro tanto decimos de los signos del Zodiaco, en que el número doce es tambien arbitrario; de muchas fiestas y misterios en que entraba alguna nocion astronómica, y de algunos temores de cataclismos en determinada posicion de los astros, que fueron principio de la supersticion y que han llegado hasta nuestros dias.

Es imposible que en estos puntos, sujetos al capricho muchas veces, independientes otras de la idea religiosa, de la misma astronomia y de la observacion, coincidiesen de tal modo pueblos tan distintos, si no los hubiesen tomado de una ciencia antigua, de una creencia primitiva y comun.

Por otra parte, es muy notable que todos los pueblos que se precian de más antiguos y de primitivos terminasen sus conocimien-

tos astronómicos en un círculo de la misma extension; porque no existe en ninguno de estos pueblos una verdad completa desconocida á los demas: existe en algunos casos la diferencia en cuanto al modo de apreciarla, en cuanto á la claridad con que la percibían, en cuanto á la explicacion más ó ménos racional que de ella se daban; pero en esencia la suma de conocimientos fundamentales fué la misma, casi exactamente, en Asia y en el Egipto.

No parece, pues, lógico admitir la existencia de una ciencia anterior á los pueblos de que hemos hablado, ciencia de cuya perfeccion no podemos juzgar en absoluto, pero que indudablemente penetró en el conocimiento de la naturaleza con más acierto que los pueblos que recogieron sus restos y que hicieron de ella la base de su tradicion. Y nos parece tanto más lógico admitirlo así, cuanto que los chinos, los indios y los egipcios se inclinaban siempre á creer que la verdad, no sólo moral, sino científica, habia existido en una época anterior y se habia oscurecido. En la doctrina de Crisna, antiquísima en la India, se encuentra esta creencia expresada con toda claridad. Es probable que la verdad existiese originariamente entre los hombres; mas poco á poco se adormeció y fué relegada al olvido. El conocimiento reaparece como un recuerdo.

II.

EL PUEBLO HEBREO.

La creación de Moisés. — Su carácter posible. — Superioridad de la tradición hebrea. — Ciencia de la Biblia.

¿Dónde existió esta ciencia tan antigua?
¿Que pueblo pudo adquirir estos conocimientos astronómicos que encontramos después esparcidos, rotos como los eslabones de una cadena? La historia nos dice muy poco acerca de este punto; pero la crítica científica puede darnos alguna luz en tan difícil cuestión.

Examinando los documentos más antiguos de todos los pueblos, buscando en ellos la teoría más científica del universo, es decir, la más racional, la menos envuelta en ridículas fábulas ó en monstruosos absurdos, debemos decidirnos por la explicación de la creación que nos da el Génesis. La más profunda filosofía de los pueblos antiguos, unida á los conocimientos astronómicos, que alcanzaron después de muchos siglos, no tiene la sencillez, la claridad, la posibilidad científica de los primeros versículos del Génesis, en que se expone la creación con todo el rigor de lo absoluto. • En el principio crió Dios el cielo y la tierra; la tierra era un desierto: estaba informe

y sin adorno, esto es, sin plantas ni habitantes: las tinieblas se extendían sobre la faz de esta cosa confusa. Dijo Dios: Sea la luz, y apareció la luz; sea el firmamento ó la extensión de los cielos; sean las lumbreras en la extensión del cielo; y separen el día de la noche, y sirvan para señales de tiempos, y días y años; para que den luz en el firmamento y alumbren la tierra. El hizo dos grandes lumbreras; la mayor para que presidiese al día, y la menor para que presidiese á la noche. E hizo las estrellas. •

Este magnífica descripción, cuya grandiosidad habla más al sentimiento que á la inteligencia, es también mucho más científica que las fábulas con que los demás pueblos de Asia trataron de explicar la creación

Nótese en primer lugar que nada hay en ello imposible, ni ridículo, ni irracionalmente maravilloso; que la sucesión de las épocas de la creación en cuanto á la tierra es discutible dentro de la ciencia moderna, y que todas las suposiciones verdaderamente científicas, que hasta ahora se han hecho, para explicar el primitivo estado de nuestro globo caben perfectamente en este grandioso bosquejo.

Dada la necesidad, ó cuando menos la posibilidad, de una creación, ya se entienda por esta palabra en el sentido vulgar de haber sacado la materia de la nada, ó en el de or-

denacion del primitivo caos, no cabe siquiera comparar ninguno de los génesis asiáticos con el del pueblo hebreo. Todos los sistemas, que hemos dado á conocer rápidamente, son, respecto de la creacion del universo y del hombre, una serie de fábulas ridiculas ó monstruosas. Ya, como en la India, hay un dios que engendra diversas castas de la boca, del brazo, del muslo y del pié; un cielo que se forma de un huevo y que está sostenido por cuatro elefantes y una tortuga; trinidades monstruosas y obscenas y encarnaciones en animales inverosímiles; ya, como en China, dragones misteriosos, é hijas del Señor que se fecundan con las algas de un río y despues de un embarazo de doce años dan á luz monstruos; ya, como en Persia, toros que engendran al hombre de sus ojos y un fuego, padre de las cosas materiales; ya, como en Egipto, terneras fecundadas por rayos celestiales y escarabajos y culebras de singular influencia sobre los hombres.

¿Adónde iríamos á parar si fuéramos á repetir aquí las extravagancias á que dió origen el desconocimiento de la transformacion del caos primitivo, en que creían todos estos pueblos, para convertirse en un mundo organizado sabiamente? La fantástica é inagotable imaginacion de los indios, la tradicion de la China, y las graves meditacio-

nes de los egipcios no consiguieron dar á sus creencias el carácter real, posible y humano de la doctrina de Moises. Y nos fijamos en esta observacion, porque no busemos en el pueblo hebreo al pueblo sabio, al pueblo astrónomo, al pueblo matemático, sino al pueblo cuyas creencias religiosas, morales é históricas le permitiesen formarse del universo una idea más exacta, sin dar entrada á la fábulas, á las monstruosidades y á las inverosimilitudes que abundan en las demas naciones del Asia.

Además, está es lo única explicacion que nos dejó el mundo antiguo de que pueda sacar algun beneficio la ciencia; la única en que encontramos desde las primeras palabras una distincion y una relacion admisible entre el cielo y la tierra, la medida astronómica del tiempo, y el uso primero de las observaciones del curso de los astros claramente indicado en el Génesis.

No creemos nosotros, como parece desprenderse del sentido material del Génesis, que la luna, el sol y las estrellas sirvan solamente para medida del tiempo y para adorno del cielo. En este punto la Biblia es incompleta: pero sus palabras no se oponen á lo que la ciencia moderna ha descubierto en los astros, deduciendo de la observacion la posibilidad de que sean moradas de seres, que tienen, como nosotros, una mision.

Moises no se propuso al escribir este libro un objeto científico; muy lejos de eso, se expresó en términos tales que pudiera comprenderle todo el pueblo; tampoco se propuso profundizar filosóficamente acerca de la creación; es un mero narrador; pero su narración es muy superior á toda la filosofía india y china. Ahora bien; ya admitamos que Moises enseñó éstos conocimientos personales á su pueblo; ya que no hizo más que reunir la tradición y las creencias populares, como hace todo buen historiador, lo cierto es que en tiempo de Moises el pueblo hebreo tenía nociones acerca de la creación, y por tanto acerca del sistema del universo, sencillas, claras, posibles y muy superiores á las de los demás pueblos. Estas nociones no serian grandes, ni áun exactas respecto de todo el universo en su conocimiento detallado, pero eran completas y exactas respecto de la tierra.

Más esta ciencia de Moises ¿pudo ser adquirida de otro pueblo, ó era la recopilación de lo que siempre creyó el pueblo hebreo?

Los hebreos tuvieron constantes é íntimas comunicaciones con los caldeos, los persas y los egipcios; pero siempre fueron como extraños entre estos pueblos, conservando su carácter especial, sus costumbres, y sobre todo su doctrina, áun en medio de las más

terribles cautividades. El Génesis fué escrito despues de la salida de los hebreos de Egipto, precisamente cuando habria sido mas fácil que el pueblo hubiese tomado algo de las creencias egipcias en su larga esclavitud. Y sin embargo, el Génesis es una protesta continua contra el politeísmo, contra la adoración de los astros y de las fuerzas naturales, y contra la filosofía egipcia. Sin que pueda suponerse que Moises hiciese esta protesta predicando una doctrina nueva, porque ni se presenta nunca como innovador, ni es presumible que le hubiera seguido y creído todo el pueblo israelita, siendo un destructor de sus creencias nacionales.

Igual protesta hallamos en todo el *Pentateuco* contra las doctrinas indias, persas y caldeas, á las cuales da tan poca importancia su autor, que ni áun emplea una línea en refutarlas. La doctrina más comun á estos pueblos era la metempsicosis, la transmigración en diversos cuerpos y por diversos astros; y Moises ni áun la cita en todos sus libros.

Por otra parte, Moises, con una prudencia que hoy se llamaría habilidad, distingue siempre perfectamente en su obra cuando habla en nombre de Dios, en cuyo caso, empleando el lenguaje imperativo, manda, ordena; cuando habla de la ley civil, en cuyo caso desea la aceptación de sus ciudadanos;

y cuando se refiere á los hechos y á la tradicion, y entónces se expresa con simples afirmaciones, que llevan, como en todo fiel narrador, el rigor de la evidencia. De este último modo habla de la creacion y de las creencias físicas del pueblo hebreo.

Es, pues, lo más lógico suponer que Moises hablaba á un pueblo que tenía las mismas creencias que él; que no introducía novedad alguna; que expresaba en sus escritos la tradicion constante.

Los hebreos no nos dejaron esos monumentos estables que aún admiramos en otros pueblos. Errantes casi siempre, perseguidos unas veces y esclavizados otras; entregados á un severo culto religioso en los buenos tiempos, y á la adoracion de ídolos que eran pronto destruidos en sus prevaricaciones, no pudieron dejar esas construcciones que suelen ser un rayo de luz en la interpretacion del estado y creencias de un pueblo. No nos han transmitido más que el *Antiguo Testamento*, que es muy suficiente, por más que no sea obra científica, para deducir de su contenido importantes consecuencias.

Los conocimientos rigurosamente científicos del pueblo hebreo no debieron ser muchos; á lo que podemos juzgar, pero fueron muy exactos; de tal modo, que apenas ha tenido que modificarlos un constante pro-

greso de diez y nueve siglos. ¿Qué otra doctrina anterior al cristianismo puede gloriarse de tan singular privilegio en los pueblos más civilizados?

El universo en su conjunto, perfectamente distinto de Dios y de todo espíritu inferior, es la obra del Señor. No salió de su misma sustancia, ni fué una émanacion, sino que fué sacado de la nada ó de un caos informe, creado, formado y ordenado en varios dias ó épocas. El hombre es tambien distinto de Dios y del universo; como cuerpo, es materia independiente de todo espíritu, hijo de la tierra y sujeto como esta á las leyes físicas; como hombre, tiene un alma (soplo) infundida por Dios. De manera que los hebreos concebían y admitían la superioridad de Dios sobre el universo, la personalidad humana y la pasividad de toda la materia, que constituía lo creado: el mundo es la inercia física animada por el espíritu.

El hombre, perfectamente libre en sus actos, nos estaba sujeto á la fatalidad; siendo esencialmente distinto de los demás animales, de las plantas y de los astros, no podía haber sido antes, ni ser despues, uno de estos seres; por lo tanto, eran imposibles la ridícula metempsicosis y la inexplicable transmigracion: cumplía su mision en la tierra, y al morir, el alma, juzgada por sus actos, recibía premio ó castigo, y el cuerpo

volvía á ser polvo, porque polvo era ántes.

Los astros y los cielos no eran más que una obra de Dios, admirable siempre, pero indigna de ser adorada; su influencia sobre la tierra y sobre el hombre era puramente física. Como criados por un sér bondadoso, todos los astros son útiles á nuestro globo :
• El Señor ha creado la luna para medir el tiempo... • • El sol fructifica el grano y vivifica la tierra por orden del Señor. •

El universo tiene leyes fijas é inmutables, que sólo puede cambiar ó detener su Autor como soberano dueño de lo creado.

• El sol conoce el circuito de su carrera... •
• El sol y la luna siguen el camino que el Señor los trazó en el cielo... • • ¿Quién contará el orden de los cielos?; Quién será capaz de enmudecer su armonia? •

Los salmos están llenos de pinturas que suponen un conocimiento del universo exento de errores, y el antiquísimo libro de Job, del cual hemos tomado el último versículo citado, contiene también una exposición de lo que creían los hebreos acerca de los fenómenos naturales, que en su opinion eran regidos inmediatamente por la voluntad divina : • Él trasladó los montes : Él conmueve la tierra de su lugar : Él manda al sol y no sale ó no se le ve, y cubre las estrellas : Él sólo extendió los cielos : Él hizo el Arcturo y el Orien y las Hyadas ó Pleya-

das, y lo más interior del Mediodía, ó sea las estrellas del hemisferio Sur, que no se veían en Idumea... Si detuviese las aguas, todo se secaría; y si las soltase, trastornarían la tierra... Dios extiende el Aquilon ó Polo Norte sobre el vacío, y tiene suspendida la tierra sobre la nada... sujeta las aguas en las nubes para que no se precipiten todas á un tiempo... ceró con término las aguas hasta que se acabe la luz y las tinieblas ó la sucesion de los días y noches. Él levanta las gotas de la lluvia y las derrama en aguaceros desde el cielo á manera de torrentes que caen de las nubes. En sus manos esconde la luz y la manda que venga de nuevo... •

En cuanto al límite de los conocimientos físicos de los hebreos, pueden decir algo los siguientes versículos : • ¿Por ventura conoces los pesos de las nubes suspendidas en el aire y otros conocimientos grandes y perfectos? ¿Y por qué calienta tus vestidos el viento que sopla del Austro? ¿Por ventura has medido la anchura de la tierra y su extension?... ¿Acaso sabes tú el orden establecido en los cielos?... •

Resulta, pues, de todo lo dicho que el pueblo hebreo tuvo ideas más exactas que ningun otro acerca del mundo y de los astros; que admiró sus leyes como expresion de una sabiduría infinita; que comprendió

las épocas primitivas sin absurdos errores, y que admitió en cada astro una misión especial sujeta á leyes inmutables. En cuanto al conjunto del Universo, citáremos aquí una profunda observación de Humboldt acerca del sentimiento que en aquel pueblo despertaba la Naturaleza. - Uno de los caracteres distintivos de este sentimiento es que, como un reflejo del monoteísmo, abarca siempre el mundo en una imponente unidad, comprendiendo á un mismo tiempo el globo terrestre y los luminosos espacios del cielo. Así es que rara vez se detiene ante los fenómenos aislados, complaciéndose en contemplar los conjuntos... mira siempre la Naturaleza como una obra ordenada. •

Con estos antecedentes, ¿no será lícito suponer que el pueblo hebreo comunicó á los demás esas nociones imperfectas que, oscurecidas por la tradición, se presentan despues como hechos aislados? ¿ó que recogió la tradición más pura y supo purgarla de errores?

Las demás doctrinas cosmogónicas de los pueblos antiguos de Asia han desaparecido sin poder arraigarse en Occidente, ante el movimiento incesante, desgastador y siempre luminoso del progreso. De ellas no ha quedado nada en nuestra sociedad; nuestra ciencia se ríe de sus fábulas y de sus mitos; y sería tenido por loco el que pretendiera

hacer compatible la ciencia de Newton con los génesis de estos pueblos. Las leyes físicas del mundo, que ha descubierto un estudio de muchos siglos y todas las que se descubran en lo futuro, pueden haber salido de un Dios como el nuestro, sabio, soberano y omnipotente; pero no podrán nunca considerarse como producto de creaciones monstruosas de seres abominables y de animales maravillosos. Aquí está el germen de la posibilidad del progreso dentro de nuestra idea religiosa, y la causa del privilegio inestimable y exclusivo que goza el pueblo hebreo, cuya doctrina vive al través de los siglos, habiendo visto perecer á todas las demás y caer para siempre en el mar del olvido.

CAPÍTULO III.

GRECIA.

Carácter de la religión y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la Divinidad.

Arribamos á Grecia; á esa nación privilegiada que se considera como cuna del arte y de la ciencia; á esa nación en que suelen terminar las investigaciones científicas; porque apenas se encontrará una idea, verdade-

las épocas primitivas sin absurdos errores, y que admitió en cada astro una misión especial sujeta á leyes inmutables. En cuanto al conjunto del Universo, citáremos aquí una profunda observación de Humboldt acerca del sentimiento que en aquel pueblo despertaba la Naturaleza. - Uno de los caracteres distintivos de este sentimiento es que, como un reflejo del monoteísmo, abarca siempre el mundo en una imponente unidad, comprendiendo á un mismo tiempo el globo terrestre y los luminosos espacios del cielo. Así es que rara vez se detiene ante los fenómenos aislados, complaciéndose en contemplar los conjuntos... mira siempre la Naturaleza como una obra ordenada. •

Con estos antecedentes, ¿no será lícito suponer que el pueblo hebreo comunicó á los demás esas nociones imperfectas que, oscurecidas por la tradición, se presentan despues como hechos aislados? ¿ó que recogió la tradición más pura y supo purgarla de errores?

Las demás doctrinas cosmogónicas de los pueblos antiguos de Asia han desaparecido sin poder arraigarse en Occidente, ante el movimiento incesante, desgastador y siempre luminoso del progreso. De ellas no ha quedado nada en nuestra sociedad; nuestra ciencia se ríe de sus fábulas y de sus mitos; y sería tenido por loco el que pretendiera

hacer compatible la ciencia de Newton con los génesis de estos pueblos. Las leyes físicas del mundo, que ha descubierto un estudio de muchos siglos y todas las que se descubran en lo futuro, pueden haber salido de un Dios como el nuestro, sabio, soberano y omnipotente; pero no podrán nunca considerarse como producto de creaciones monstruosas de seres abominables y de animales maravillosos. Aquí está el germen de la posibilidad del progreso dentro de nuestra idea religiosa, y la causa del privilegio inestimable y exclusivo que goza el pueblo hebreo, cuya doctrina vive al través de los siglos, habiendo visto perecer á todas las demás y caer para siempre en el mar del olvido.

CAPÍTULO III.

GRECIA.

Carácter de la religión y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la Divinidad.

Arribamos á Grecia; á esa nación privilegiada que se considera como cuna del arte y de la ciencia; á esa nación en que suelen terminar las investigaciones científicas; porque apenas se encontrará una idea, verdade-

ra ó absurda, grave ó ridícula, que no se bosquejase en la infinidad de sistemas que predicaron sus filósofos.

La ardiente y poética imaginación de los griegos encubrió la verdad con el ropaje de la fábula, é hizo de cada observación y de cada hecho un mito. Perdida ya completamente la grandiosa creencia monoteísta, resto de una antiquísima tradición; olvidadas las primeras verdades religiosas que se conservaban confusamente en las naciones de Asia, los griegos, pueblo nuevo, que lleva en toda su pureza el sello meridional, se dieron á buscar dioses, y en vez de divinizar el universo y caer en el panteísmo, divinizaron los seres, los objetos, las acciones y los fenómenos, y cayeron en el más exagerado politeísmo.

La naturaleza deja de ser en Grecia el gran todo que formaba parte del mismo Dios, y se convierte en fecunda y alegre mansión de divinidades y de héroes, que presiden hasta los actos más insignificantes de la vida: el cielo deja de ser la magnífica obra de un Dios que se presenta en sus obras á los mortales, y se convierte en un conjunto de creaciones fabulosas que tienen su origen y su espejo en las miserias de la vida humana. Los héroes suben al cielo y los dioses bajan á la tierra.

Desaparece aquella unidad tenebrosa que

formaba la base de la filosofía india, y aparece la individualidad en toda la anarquía de que es susceptible; bórrase del universo el Dios creador y conservador, y aparecen los dioses en número infinito.

El cielo y la tierra, lo conocido y lo desconocido, no son más que un producto de fábulas mitológicas. Cada astro tiene su historia terrena; cada dios sus aventuras humanas; cada constelación su origen mundano: la vía láctea es una gota de leche de los pechos de Juno; los signos del Zodiaco son divinidades que por sus culpas han sido convertidas en constelaciones; las horas son rápidas y fugitivas diosas que dirigen el carro del Sol; el viento y la lluvia, el trueno y el rayo, el eco de los bosques y el silencio de la noche, los ríos y los volcanes, son otras tantas divinidades cuya embrollada historia forma esa mitología interminable con que los griegos reemplazaron la falta de religión y el conocimiento de Dios.

Ahora bien, estas fábulas eran el extravío de la razón que buscaba un origen humano á las maravillas de la creación; eran la ignorancia ó la ceguera que, desconociendo una idea primitiva religiosa, no podía elevarse en la contemplación del mundo más allá de la miseria terrena, ó eran, por el contrario, tradiciones confusas divinizadas por una generación que no las comprendía?

Los que creen lo primero no buscan en la mitología griega principio alguno de verdad; mas los que se inclinan á lo segundo encuentran bajo la fábula, á fuerza de torturar su entendimiento, una interpretacion que nos parece muchas veces arbitraria.

Segun éstos, Alceo, llamado despues Hércules, llevó á Grecia el conocimiento de la esfera, por lo cual se le representa cargado con el mundo; los doce trabajos de Hércules son los doce signos del Zodiaco, que el sol recorre en un año; Orfeo fué un gran astrónomo que descubrió el orden del universo, representado en los animales que bailaban en su derredor al són de la lira; Prometeo, otro astrónomo que observaba desde un monte el curso de los astros, devorado por el deseo insaciable de saber, que la fábula representa por el buitre que devora sus entrañas; Endimion es el descubridor de los irregularidades de la luna, inconstantes, cuando todavía no se conocía su ley, como las veleidades de una jóven enamorada: el hilo de Ariadna es la luz de la astronomía con que puede recorrerse el laberinto de los cielos.

Nos cansaríamos en balde si hubiéramos de referir todas las interpretaciones que ha recibido la mitología griega. Nosotros no las admitimos: vamos á lo más en esas fábulas una explicacion vulgar de los fenómenos vi-

sibles, y no creemos que de tal modo se perdiera todo conocimiento astronómico y hubiera tal empeño, digámoslo así, en ocultarle, que hoy sea preciso inventar una nueva mitología para comprender la primitiva astronomía griega. Los historiadores por su parte hacen otra interpretacion distinta para descubrir bajo los héroes de la fábula personajes históricos, y los que se han dedicado al estudio de las religiones antiguas buscan tambien en aquel sin número de dioses recuerdos oscuros y huellas confusas de tradiciones antiquísimas.

En nuestro concepto, en Grecia no existió una astronomía propia y primitiva; no tuvo en sus primeros tiempos, como China y Egipto, un hombre estudioso ó una clase que recogiese la tradicion y la convirtiese en doctrina: no tuvo en sus primitivos tiempos ciencia propia; adquirió de otros pueblos las nociones astronómicas, que modificó despues segun su carácter, y no se dedicó, como los filósofos chinos y persas, como los sacerdotes caldeos y egipcios, al estudio, al exámen y á la observacion exclusivamente científica. Este estudio analítico era impropio del genio griego; no estaba en armonía con sus costumbres. Si en tiempos más adelantados progresaron las ciencias teóricas en Grecia, debióse sólo á las ideas que trajeron á este país de Egipto algunos viajeros

ó proscritos, y al inmenso desarrollo de una filosofía que, caminando en infinitas direcciones y con gran libertad, debía necesariamente penetrar en el conocimiento del universo.

Por esta razón, á pesar de que los griegos no fueron nunca hombres exclusivamente observadores y científicos, como habían sido antes los egipcios y fueron despues en parte los árabes, las ciencias tuvieron su verdadero origen en Grecia, y allí encontraron por primera vez hipótesis generales y explicaciones de sus fenómenos; allí principiaron á dividirse y á tener cada una existencia propia.

Rotos los lazos que encadenaban la ciencia en los pueblos de Asia y de Egipto, los griegos, entregados sólo á su razón, buscaron con ella la verdad; y si no la encontraron, preciso es confesar que hicieron para conseguirlo más esfuerzos que ningun otro pueblo. Esta libertad absoluta del pensamiento, madre de tanto sistema filosófico, creó, por decir lo así, la ciencia sin encontrar auxilio en una remota tradición. Por esta causa, en las naciones de que hemos hablado anteriormente, hemos encontrado observaciones y cálculos antiquísimos, operaciones rutinarias y una ciencia de hechos, y en Grecia no hallamos nada de esto; por la misma causa, al buscar en Grecia la his-

toria de la ciencia, nos encontramos ante todo con la filosofía, con las escuelas, con las sectas; con las cátedras, que explicaban á su manera la constitucion del mundo en armonía con todo un sistema especial de creencias.

Grecia poseyó más que ningun otro pueblo la propiedad de asimilarse todo lo extraño; dioses y misterios, leyes y doctrinas, costumbres y fiestas, todo tomaba carta de naturaleza en aquel bello país, abierto física y moralmente á las especulaciones y á las prácticas extranjeras. Pero el individualismo que formó el carácter permanente de los griegos, desde los mismos cantos de Homero, la libertad, la vida, la actividad, modificaban todas las creencias y todos los tipos hasta el punto de presentarlos como nuevos y originales. Por esta causa, á pesar de que en el fondo encontramos en Grecia la reproducción de las mitologías india, china y egipcia, llevadas allí por los viajeros, y á pesar de los profundos trabajos de algunos críticos que han buscado la genealogía asiática de cada mito, podemos prescindir de su origen y considerar al pueblo griego para nuestro objeto como nuevo en la historia de la filosofía. Los que con un objeto especial busquen las vicisitudes de una creencia al través de las evoluciones de la humanidad, discutirán si en Grecia hubo

algo cuyo gérmen no se encontrase en Asia ó Egipto, y la historia de las costumbres de una nación que recibió su vida intelectual de tan diversos orígenes; nosotros vamos solamente presentando el cuadro de la doctrina, como hecho positivo, sin detenernos en estas investigaciones.

En Grecia, á pesar de los extravíos de la filosofía, es donde primero encontramos una noción clara de la divinidad, deducida sólo de la razón. No fueron muchos los filósofos que tuvieron esta idea, pero nos basta que haya algunos para suponer que los griegos se formaron del universo, en sus relaciones con la divinidad, ideas más exactas que los pueblos del Asia. Sócrates penetra con su razón en el conocimiento del universo; cree que la tierra es un punto imperceptible entre innumerables astros; niega que éstos sean dioses, y descubre en la armonía del mundo la obra de la divinidad describiendo el benéfico influjo del curso de los astros. Disputando con Eutidemo, le dice: • ¿No te se ha ocurrido nunca pensar cuánto cuidado han tenido los dioses en dar á los hombres lo que necesitan? Mira cuán necesaria nos es la luz, y cuán precioso nos debe parecer el que los dioses nos la hayan regalado; y como tenemos necesidad de descanso, nos dieron la noche para descansar.

• Quisieron que el sol, este astro tan bri-

llante y luminoso, presidiese el día para señalar sus partes, y que les sirviese, no sólo para descubrir las maravillas de la naturaleza, sino para llevar á todas partes la vida y el calor; y mandaron á la luna y las estrellas que aclarasen la noche, que de suyo es oscura y tenebrosa. ¿Hay cosa más admirable que la sucesion del día y de la noche, de la luz y las tinieblas, del trabajo y el descanso, todo para bien del hombre? ¿Qué dices de que, pasado el invierno, vuelve el sol hácia nosotros, y despues que ha madurado los frutos se retira para no incomodarnos ya con su calor? Y porque no podríamos aguantar el frio y el calor si pasásemos en un instante del uno al otro, ¿no admiras que este astro se acerque y aleje de nosotros con tanta lentitud que llegamos á los dos extremos por grados insensibles? ¿Sería posible no reconocer en este orden de las estaciones una providencia que cuida hasta de nuestro placer?

Y contestando á los que negaban los dioses, ó querían que fuesen astros, por no comprender que fuesen invisibles, decía: • ¿Acaso vemos el rayo, que rompe todo lo que encuentra? ¿Vemos los vientos, que hacen tantos estragos? ¿Vemos el alma, que nos anima? Este gran Dios, el mismo que hizo el universo y conserva esta grande obra de partes perfectas en bondad y belleza; el que hace que no envejezcan con el tiempo,

que se conserven en vigor, que le obedezcan con una puntualidad, que no falta nunca, con una rapidez que nuestra imaginacion no puede seguir; este Dios, visible sólo en las maravillas que crea, es invisible.

Estas frases, que parecen escritas por un filósofo moderno, son una prueba de la idea exacta que Sócrates tenía acerca del conjunto general del universo y del orden inteligente de los movimientos celestes.

Mas ya hemos dicho que no fue sólo Sócrates el que concibió esta alta idea de la divinidad y esta exacta noción del universo. Anaxágoras decía: «Contemplo en el sistema y disposición del universo el poder y la sabiduría de un espíritu infinito, causa eficiente del movimiento y distinta de la materia.» Platon indica también muchas veces la existencia de un ser único superior al mundo; y Jenofanes separa de la materia del universo la sabiduría eterna.

A pesar de estas citas, necesario es admitir que la mayoría de los filósofos, y el pueblo con ellos, no supieron distinguir claramente la materia del espíritu y el mundo de su Autor; de tal modo que, aun los mismos que creían en el Dios ordenador del universo rara vez le concebían el atributo de creador de las leyes naturales, que excedía los límites de la inteligencia. Estas citas son nobles excepciones en aquella filosofía

racionalista del individualismo, que venia á ser la protesta contra la nulidad tenebrosa de India y China, contra el panteísmo absorbente del mundo y del hombre.

Lactancio nos ha dejado un párrafo notable en que resume la doctrina de los filósofos más adelantados acerca de la creación del mundo. «No es creíble que la sustancia en que toman su origen todas las cosas fuese parte de la misma providencia, sino que esta sustancia tiene en sí misma y tuvo siempre una virtud intrínseca y natural, por medio de la cual le son posibles todas sus modificaciones. Lo mismo que el artífice cuando trabaja en un edificio no crea las materias, sino que emplea las que encuentra ya hechas; lo mismo que el estatuario que hace una figura de cera encuentra la cera ya creada, así tambien debe decirse que la providencia divina se encontró con la materia, no que la creó, sino que la encontró hecha como dispuesta para sus designios. De modo que, si Dios no produjo la primera materia, tampoco puede decirse que produjese la tierra, ni el aire, ni el agua, ni el fuego.»

Con estas palabras queda explicado brevemente lo que creían los griegos acerca de la creación; pues si bien cada filósofo explicaba á su manera, como veremos después; la producción ó modificacion de esta

materia, sus doctrinas estaban dentro de esta idea general, y se diferenciaban sólo en cuanto al modo especial de obrar del espíritu y de la materia.

Vemos, pues, que Grecia, partiendo, no de una tradición oscura y mal conservada, sino de conocimientos científicos adquiridos principalmente en las escuelas de Egipto; fundándose, no en una idea religiosa que lo absorbía todo, sino en los esfuerzos de la razón entregada á sí propia, llegó á adquirir en los siglos próximos á la nueva era un conocimiento del universo material más perfecto que los demas pueblos.

II.

ESCUELA JÓNICA.

Tiempos primitivos. — Escuela jónica. — Tales. Anaximandro. — Anaximénés. — Anaxagoras.

Después de haber examinado en general lo que los griegos creyeron acerca del universo, vamos á detenernos en los sistemas filosóficos que trataron de explicar su creación y estructura, para cuyo estudio dividiremos la filosofía griega en las escuelas jónica, itálica, intermedia, eleática, cinica y escéptica.

Los primeros tiempos de Grecia son, como siempre, fabulosos. Orfeo, Museo, Homero y Hesiodo participan de dioses y héroes: sus

doctrinas son la base de las primeras tradiciones: y la crítica ha discutido, no sólo sus obras y su misión social, sino hasta su existencia. Es lo más probable que estos primeros poetas, sacerdotes y sabios, trajesen de Egipto la doctrina encerrada allí en el templo, y la divulgasen, dándole un nuevo carácter.

De todos modos, en tiempo de Homero la geografía y la astronomía de los griegos estaban en mantillas. El gran poeta creía que el mundo era un disco rodeado por todas partes del río Océano: sobre este disco se apoyaba la bóveda de los cielos, por cuya sólida superficie corría el sol, llevado de poniente á oriente durante la noche en un barco de oro: debajo de la tierra estaba el Tártaro, á una distancia que, según Hesiodo, se mide por el espacio que recorrería al caer un yunque en nueve días. Los planetas eran muy poco conocidos, y en cuanto á las estrellas, parece que sólo sabían distinguir las Hyadas, las dos Osas, Sirio, Tauro y Orion.

Peró estos conocimientos primeros, confusos, participando de la teología y de la fábula, no constituyeron una ciencia. Grecia no tuvo verdadera filosofía hasta que apareció Tales, fundador de la escuela jónica.

Los jonios eran la parte más voluble y más inconstante del pueblo griego; su filosofía tiene este mismo especial carácter. To-

des los conocimientos de esta escuela fueron más bien inductivos que deductivos; sus filósofos, apenas observaban un fenómeno, le daban una causa, descuidando muchas veces la experiencia y formando de este modo principios únicos y absolutos. Por esto la escuela jónica establece desde luego la ley universal, el principio genérico del mundo, la unidad viva que se manifiesta en diversos grados y da vida á todos los seres; esta unidad reside por sí misma, como innata y necesaria en la misma naturaleza, cuyos fenómenos son el resultado de esta actividad natural, ó lo que es igual, si hemos de emplear las palabras que emplean algunos filósofos y que nos parecen poco claras, la filosofía jónica estaba fundada en el dinamismo, no en el mecanismo.

El fundador de esta escuela fué, como hemos dicho, Tales de Mileto (639 a. J. C.), que estudió las ciencias en los templos de Egipto y pasa por el primer astrónomo griego. Tales creía en un Dios infinito; de modo que, habiéndole preguntado una vez: «¿Quién es Dios?» respondió: Una cosa que no tiene principio ni fin. Pero separaba este Dios de la naturaleza de un modo incomprendible.

El agua era para Tales el principio de todas las cosas, es decir, el principio material, el *substratum*, cuyo universal germen

húmedo, fermentado ó influido por un principio activo, que era la razón ó alma del mundo, había producido y seguía produciendo todo lo existente por una especie de continua nutrición: el efecto de esta nutrición era, como en los seres animados, la vida. Por lo demás, el universo estaba lleno de dioses, es decir, de astros; y las estrellas eran de la misma sustancia de la tierra.

En la doctrina de Tales no hay verdadera distinción entre el mundo y la inteligencia; el principio que le hace llamar seres animados y dioses á los astros no es esencialmente distinto de la materia, en cuanto que es una virtud que reside necesariamente en ella. La inteligencia universal, unida de cierto modo indisoluble al mundo, dirige las operaciones de este y entra en ellas como elemento necesario de la vida.

Anaximandro (610-547), que sucedió á Tales, vió en el universo el efecto continuo, no de un desarrollo ó de una producción indefinida, sino de dos constantes operaciones, que llamaba elementos del caos ó de lo indefinido: la descomposición, *diabrisis*, y la recomposición, *suncrisis*. Anaximandro aplicó esta doctrina, admisible en cuanto á la materia, á todo, desde la creación de los mundos hasta el más pequeño fenómeno. A esta doctrina llaman mecánica algunos filósofos porque, según ella, en el universo está su-

jeto todo á una ley pasiva de union y separacion de elementos, que produce alternativamente la vida y la muerte de los séres. De aqui dedujo Anaximandro esa variacion continua del universo, siempre idéntico á sí mismo en la materia, de tal modo que, aplicando como causa á esas composiciones y descomposiciones la fuerza de atraccion, se hubiera colocado á la altura de la filosofía de nuestro siglo.

Esta ley general, aplicada por Anaximandro á todos los séres de la creacion, le hizo admitir la igualdad de los astros, y por tanto la pluralidad de mundos habitados, en que se dice creían sus discípulos, y aun algunos otros filósofos de sectas distintas.

Anaximénes (550-50), discípulo de Anaximandro, buscó un nuevo elemento de que hacer depender la creacion material, y se fijó en el aire, que segun él es Dios, es inmenso é infinito, y está siempre en movimiento. No pudiendo encontrar en el aire, ni la produccion por el germen, á que se opone su ligereza, ni la descomposicion y recomposicion, á que se oponia su simplicidad como elemento, Anaximénes imaginó dos nuevas causas de produccion, la condensacion y la expansion: el aire condensado se convierte en sólido, en tierra, en agua, en astros; el aire extendido, dilatado, se convierte en fuego y en luz. Hay, pues, en el

mundo una sustancia única, no distinta en sus manifestaciones sino por el diferente grado de condensacion. ¿Mas cómo se efectúa esta condensacion?

No puede explicarlo Anaximénes; pero da un paso más que sus maestros, estableciendo una diferencia marcada entre el sér primitivo y los demas séres que, formados del aire, le deben la existencia.

Su discípulo Anaxágoras de Clazoménes (500), á quien muchos colocan en la escuela intermedia, fué el primero que defendió, no sólo la distincion, sino la oposicion entre lo espiritual y lo material. Anaxágoras fué tambien el primero que, dándolo todo al estudio, dejó un ejemplo á los demas filósofos que trataron de poner su conducta personal en armonia con su doctrina, carácter distintivo de los filósofos antiguos, en que ciertamente no les han imitado los modernos.

Anaxágoras era rico y abandonó sus riquezas diciendo: • Es preciso que perezcan para que yo no perezca; • llegando á tal extremo su pobreza, que dejándose morir de hambre tuvo que ir Pericles á socorrerle y decirle: • Come; porque cuando se quiere que alumbre una lámpara, es preciso echarla aceite que la entretenga. •

Su vida era una continua contemplacion de la naturaleza. • ¿Para qué vives? le pre-

guataban. — Para contemplar el sol, la luna y el cielo; nada mejor puedo hacer, respondía. — ¿No te acuerdas de tu patria? le decían. — Sí, contestaba mirando al cielo, me acuerdo mucho de mi patria. » Condenado á muerte por sostener que el sol era una masa de fuego y que sólo hay un Dios, respondió á los jueces: « La naturaleza tiene pronunciada esa sentencia contra mí y contra vosotros hace mucho tiempo. »

Estos recuerdos de su vida son muy suficientes para comprender que Anaxágoras se formó acerca del mundo y de la divinidad ideas mucho más perfectas, más sublimes que sus antecesores. Así es, en efecto: este filósofo admite dos principios, el espíritu y la materia, Dios y el mundo, la razón y las *homomerías*; principios primitivos ambos, pero de desigual categoría, porque el primero es siempre superior al segundo. La razón es el principio espiritual y causa eficiente del orden universal; es inteligente y conoce así lo pasado como lo futuro; es activa como fuerza motriz del mundo; es, en fin, inmutable, eterna, infinita, idéntica y no impresionable. El principio físico tiene, como el espiritual, la propiedad de ser eterno, porque en los fenómenos de la naturaleza nada muere, sino que se descompone en elementos que vuelven despues á reunirse formando nuevos seres; pero en estas

modificaciones, lo mismo que en sus periódicos ó irregulares movimientos, que constituyen el orden, está sujeto al principio inteligente y activo.

De este modo Anaxágoras venia á parar por dos caminos distintos, *á priori* y *á posteriori*, por la observación metafísica y por la experiencia material, á este primer principio de su doctrina. El orden y distribución del universo se deben atribuir al poder y sabiduría de un espíritu infinito; proposición que echaba por tierra el politeísmo, admitiendo un Dios único, y que, unida á la creencia de que los astros eran pura materia, fué causa de que le condenaran por ateo. Admitir el Dios único era negar los dioses.

A pesar de esto, Anaxágoras no comprendió en toda su extensión la idea de la divinidad, puesto que le negó el atributo de creadora, lo cual debe considerarse como una reminiscencia de la doctrina de sus maestros, cuyas creencias conservaba en punto al primitivo estado del caos de la materia.

Anaxágoras creyó también en la pluralidad de mundos habitados y animados físicamente por el sol, manantial constante de calor, por ser una masa de materia inflamada; y respecto de la luna, aseguraba que tenía montes, valles, mares y habitaciones semejantes á los de la tierra.

Creía que ésta era esférica y que en su centro estaban los infiernos, como demostró cuando, ya moribundo, le preguntaron sus discípulos si quería ser llevado á su pueblo y contestó: «No; el infierno no está más lejos de un sitio que de otro.»

Diógenes de Apolonia terminó esta escuela, admitiendo, como sus maestros, que el aire era el elemento universal, pero sosteniendo que todas las cosas debían tener un principio único y común, porque de otro modo sería imposible comprender cómo obran unas sobre otras.

III.

ESCUELA ITALICA.

Pitágoras. — Su doctrina y su vida. — Creencias acerca del universo. — Dudas sobre este punto. — Empedócles. — Su doctrina y milagros. — Filolao y otros.

La filosofía griega había sido hasta aquí puramente inductiva. La escuela itálica, como protesta contra la ineficacia de las teorías jónicas, fué esencialmente deductiva.

Pitágoras (503), natural de Sámos é hijo de un escultor, pasó muchos años estudiando en Egipto, y despues visitó la Caldea con objeto de consultar á sus célebres magos. Al volver á su patria, indignado del despotismo que allí reinada, se trasladó á Crotona, en Italia, donde abrió su escuela, dando así nombre á su secta.

Pitágoras, segun muchos escritores, llevó á sus doctrinas toda la extravagancia de su genio y de sus costumbres, que le hacían aparecer como un sabio profundo ó como un ignorante ridiculo; de tal modo, que Jamblico casi le iguala á un dios, y Lactancio le llama viejo chocho é informal.

La doctrina de Pitágoras puede calificarse, usando términos modernos, de racionalismo matemático ó idealismo formal, porque, lejos de buscar la unidad concreta que habían buscado los jónicos, fundó su sistema en la unidad abstracta, en el número, que participa de lo sensible y de lo ideal. Como es imposible que el número sea una abstracción del sér, Pitágoras se valía del número para expresarle bajo la forma de proporción numérica, tratando así de hallar su forma y sus relaciones exteriores ó matemáticas con aplicación al mundo físico.

El sistema de Pitágoras era universal y se aplicaba á todo lo existente, partiendo de la unidad absoluta ó monada universal que se manifiesta de diversa manera en otras mónadas particulares, cuyas relaciones y existencia constituyen el cósmos; de manera que la monada primitiva, inteligente, activa y potente, es la razón de todas las demas.

Nos hasta este principio fundamental de la filosofía pitagórica para explicar, así lo que el mismo Pitágoras creía acerca del

universo, como las consecuencias de su doctrina. El universo es el alma de Dios extendida por todas partes, de modo que no hay distinción esencial entre la sustancia de todos los seres, pues que éstos sólo se diferencian en las manifestaciones. Consecuencia necesaria de este principio era la transmigración, que Pitágoras llevó hasta el extremo, condenando la muerte de los animales que, en su sentir, era un ataque á la divinidad, porque eran una parte de ella; á lo cual puede contestarse con un ilustrado literato de nuestros días, que la muerte, de un animal no es censurable porque, según la misma doctrina, no es muerte, sino variación de forma.

La armonía numérica, que Pitágoras estableció como ley del universo, debía producir un gran progreso en las ciencias exactas, que tienen por objeto precisamente el conocimiento de las relaciones numéricas. Así es que el mismo Pitágoras, aplicando su doctrina, dió el primer lugar entre las ciencias á la geometría, y llegó á prohibir la entrada en su escuela á todo el que no la hubiera estudiado.

La filosofía pitagórica no tenía en realidad original más que las consecuencias prácticas que deducía su autor; era una reminiscencia, si no una copia, de la filosofía asiática, que Pitágoras debió conocer y profun-

dizar en Egipto y en Caldea, donde pasó muchos años. En efecto, la transmigración y Dios, manifestándose esencialmente en todos los seres, son ideas antiquísimas en el Oriente; y la armonía y proporción numéricas son, como hemos dicho, la base de la filosofía china. Por esta razón Pitágoras, lo mismo que los chinos, dió un gran impulso á las ciencias exactas, llegando á indicar el verdadero método matemático, y descubriendo y demostrando una porción de teoremas. No tememos, pues, equivocarnos al asegurar que la filosofía pitagórica era una reminiscencia de las doctrinas asiáticas, modificada solamente por el carácter griego y por la libertad que gozaba Grecia y de que careció China.

La doctrina de Pitágoras nos es conocida principalmente por referencia, siendo por tanto, bastante difícil distinguir lo que aquel filósofo dijo de lo que sus admiradores ó enemigos le hicieron decir. Por otra parte, Pitágoras estuvo más de veinte años en Egipto, pasó por las dolorosas y tremendas pruebas que los sacerdotes exigían á los que querían penetrar en el sagrado de su ciencia y llevó á Grecia esa división de la doctrina en pública y en privada que, según muchos historiadores, no se conocía antes de su escuela. Con el tiempo hizose público lo que Pitágoras explicaba en secreto á sus

discípulos más queridos, de lo que resultó un conjunto de principios contradictorios atribuidos al mismo filósofo.

Sin embargo, parece fuera de duda que Pitágoras conoció exactamente la oblicuidad de la eclíptica, y que combatió el error de que Hesper y Lucifer fueran dos estrellas distintas, afirmando que eran diversas apariciones del mismo planeta Vénus. Suponía que existían doce esferas: el firmamento ó esfera de las estrellas, las de Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio, Vénus, el sol y la luna, despues las esferas del fuego, del aire y del agua, y por último la de la tierra. Estos ciclos ó esferas transparentes y sólidos giraban en tiempos desiguales alrededor de la tierra.

Créese que Pitágoras, á pesar de enseñar públicamente que la tierra estaba en el centro del universo, sostenía en sus lecciones privadas la inmovilidad del sol y la revolución terrestre, así como la hipótesis de que los planetas estuviesen habitados por seres de distinta naturaleza física que nosotros. Plutarco asegura que los pitagóricos creían que los animales que viven en la luna son cuatro veces más fuertes que los de la tierra, y que los días y noches de nuestro satélite son iguales con los nuestros.

En cuanto á las distancias de los astros á la tierra, Pitágoras expresaba la de la

luna á nuestro globo por un tono; de la luna á Mercurio por un semi-tono, lo mismo que de Mercurio á Venus; de Venus al lo tono y medio; del sol á Marte un tono; de Marte á Júpiter un semi-tono, lo mismo que de Júpiter á Saturno; de Saturno á la esfera de las estrellas tono y medio; formando así el diapason con estas distancias.

Nada podemos decir en cuanto á la exactitud de estas medidas; las interpretaciones que algunos han hecho de ellas dan distancias muy inexactas, de tal modo que nos parece lo más probable suponer que Pitágoras no hizo observacion ni cálculo para determinarlas, sino que aplicó su teoría universal de la música á la medicion de estas distancias.

El mundo empezó, segun Pitágoras, por el fuego, accion vivificante del universo, que separaba y daba forma á los demas elementos. Algunos escritores afirman, sin que podamos asegurar con qué grado de exactitud, que aplicaba á los cuatro elementos y al universo la figura de los cinco poliedros regulares. El cubo formó la tierra, la pirámide el fuego (1), el octaedro el aire, el icosaedro el agua, y el dodecaedro el cielo su-

(1) Pirámide es una voz griega que viene de *pyros*, fuego; fué llamado así este cuerpo por su semejanza con la llama de las piras,

perior ó exterior del universo. Faverti, tratando de explicarse estas comparaciones, dice que el cubo, por ser poliedro más estable, representa la inmovilidad de la tierra: la pirámide, por su figura, la llama; el octaedro, por sus agudas puntas ó vértices, el aire que penetra en todas partes; el icosaedro, las moléculas líquidas, cuya excesiva movilidad queda así explicada; y el dodecaedro, el cielo, cuyos doce elementos eran las doce esferas de los astros, *sup*

Este empeño constante de dar á toda su doctrina un fundamento y un carácter matemáticos hizo á Pitágoras caer muchas veces en el ridículo, así como sus ideas acerca de la transmigración y de la metempsicosis le hicieron cometer multitud de acciones impropias de un filósofo. *sup*

Lactancio, que comprendía muy bien aquellos tiempos por tenerlos presentes, se admira de la credulidad del vulgo de Crotona, que daba asenso á cuanto refería Pitágoras de sí mismo. Atribuíasele la creencia de que primero había sido Etalido, hijo adoptivo de Mercurio, que le concedió el acordarse de todas las cosas que el pasaran despues de la muerte; luego fué Euforvo y murió en el sitio de Troya; despues pasó su espíritu á Hermitimo, y cuando murió se convirtió en un pescador llamado Pirro. ¡Humana ceguedad de los que no podían

saber qué se hacía el alma despues de la muerte!

Sin embargo de lo que acabamos de escribir, opinando como la mayoría de los historiadores de la filosofía griega, debemos añadir que es tal la confusión que reina en la interpretación de las palabras de los antiguos filósofos, que puede ponerse en duda la verdad de las opiniones que hoy se les atribuyen. Los escritores modernos, sobre todo desde que se ha introducido la costumbre de buscar la tradición de las creencias nuevas, encuentran con facilidad sus mismas opiniones en la historia de la filosofía griega. La pluralidad de los mundos habitados, la pluralidad de las existencias humanas, la frenología, el magnetismo, el espiritismo y otras muchas doctrinas, cuyos defensores quieren darles la antigüedad del hombre, se encuentran, según estos intérpretes, expresadas en todos los filósofos griegos con evidente claridad. Esto mismo sucede con la creencia en el Dios único, en el sol como centro del universo y en el movimiento de la tierra. A esta divergencia de opiniones se presta grandemente esa división y oposición entre la doctrina pública y privada, que en nuestro concepto no fué apenas practicada en Grecia, costumbre propia del teocrático Egipto y poco acomodada al libre y abierto carácter griego. *sup*

Muchos escritores, entre ellos Bailly, se resisten á admitir que Pitágoras y los demas filósofos griegos creyesen que la tierra giraba alrededor del sol, fundándose en que es imposible llegar á adquirir un convencimiento tan opuesto al testimonio de los sentidos, sin haber podido hacer observaciones que produjeran siquiera la duda. Era preciso, en efecto, que Pitágoras fuese una especie de adivino, respecto de una doctrina que veinte sigle despues no encontraba apénas más sectarios que Copérnico y Galileo, expuestos á la persecucion por lo extraño de sus opiniones.

Hay cierta probabilidad de que trascendiesen al público falsamente interpretados los secretos, las ceremonias y las doctrinas reservadas de los misterios. Pitágoras fué tal vez el filósofo griego que ménos inventó, el ménos original. Sus largos viajes, sus profundos estudios, su iniciacion en los misterios y la transmision solamente oral de sus vastos conocimientos, hacen muy difícil conocer á fondo sus verdaderas creencias.

En Ménfis, en Ecbatana, en Babilonia, en todas aquellas célebres ciudades elegidas por los sacerdotes y los magos como centros, como capitales de la religion y de la ciencia, había templos cuyos oscuros misterios no han sido del todo conocidos; ceremonias en que la astronomía y los dioses jugaban un

papel importantísimo, y aparatos, máquinas, jeroglíficos, pinturas y alegorias en que casi siempre los astros más conocidos y notables forman el coro y la corte girando alrededor de un principio, sér ó astro superior. Los términos confusos en que algunos filósofos hablan del cielo, de los ángeles ó astros que le presiden, de su direccion por el Verbo, y de la corte sideral, autorizan á suponer que los movimientos de algunos cuerpos celestes no fueron comprendidos sino como una creencia religiosa, y en todo caso como una vulgarizacion de la significacion profunda que se les daba en los misterios.

Hasta qué punto en los filósofos que no han dejado nada escrito pudieron modificarse por el vulgo ó por los discipulos sus creencias; hasta qué punto la opinion general tomó por hechos reales lo que eran sólo símbolos ó alegorias; hasta qué punto pudo llegarse á una conviccion opuesta al testimonio de los sentidos, sin ciencias físicas que lo demostraran, no nos atrevemos á decirlo nosotros.

La doctrina de Pitágoras preparó la que había de sostener su discípulo Empedócles (480), incluido por algunos en la escuela intermedia. Este filósofo se elevó á considerar el amor como una de las leyes supremas del universo: de aquí provino el carácter eminentemente moral de su doctrina, sus

tendencias místicas, religiosas y reformadoras, sus predicciones, sus profecías y sus milagros. Empedócles pasó por consumado en la magia y, según sus contemporáneos, purificó las aguas nocivas de un río en Selinonte, evitó las propiedades malsanas de ciertos vientos perjudiciales en sumo grado á la agricultura, y por último resucitó á Pantia; hechos que él mismo presentaba como milagrosos y que tienen fácil explicación. Dedicóse con un ardor extremado á corregir las costumbres de Agrigento; condenaba el excesivo lujo y la molicie, consiguiendo que gran número de sus habitantes llegase á vivir con una sencillez espartana. * Vuestra cama se ha de componer decía á los hombres, de una piel de camello, una tienda de campaña, una manta de lana y dos almohadas. * Empleaba sus bienes en dotar á doncellas pobres y proporcionarles esposos honrados, y no quiso tomar nunca el mando supremo de la ciudad que le ofrecieron repetidas veces. No se sabe cómo murió: unos dicen que se precipitó en las cavernas del monte Etna, para hacer creer al pueblo que había desaparecido de un modo sobrenatural y mágico; otros que murió asfixiado en un subterráneo haciendo observaciones sobre sus pútridas emanaciones; y otros, en fin, que se retiró de muy avanzada edad al Peloponeso, donde murió de viejo.

Empedócles creía que el universo es uno y divino. Dios le penetra de su esencia y le dirige con su amor. Este Dios es el principio de todas las cosas y se manifiesta de dos modos distintos: en el mundo sensible y físico como una esfera, en el mundo espiritual y moral como amor.

El universo, que es eterno é imperecedero, se compone de cuatro elementos, aire, tierra, agua y fuego. En cuanto á la formación del mundo, Empedócles supone que estos cuatro elementos estaban primitivamente confundidos en el caos, pero animados de una fuerza repulsiva, de una especie de odio molecular; con el tiempo se fueron separando y haciéndose distintos; separados ya, el amor, que es la fuerza de atracción, los reunió armónicamente produciendo las formas regulares y simétricas y el organismo de los seres,

De modo que, según Empedócles, la vida del universo es el resultado de dos fuerzas contrarias, de las dos causas amor y odio, que dan lugar á todos los fenómenos cósmicos; y que por su continua oposición no permiten que se verifiquen ni la felicidad y regularidad completas, ni la separación ó disolución de los elementos. La existencia en este mundo es, pues, desgraciada; pero después de la muerte, el alma, en cuya inmortalidad creía este filósofo, obedece sólo á la

ley de amor ó de atraccion y se une intimamente á Dios.

Todavía no se encuentra en está doctrina una distincion perfecta entre Dios y el mundo; todavía no se concibe en ella al Dios creador, cuya omnipotente voluntad sujeta á los mundos á sábias leyes. En realidad, Dios está en su doctrina sometido á la ley de amor que obra fatalmente. Sin embargo, la idea de Dios, que nos presenta Empedócles, es más perfecta que la de sus maestros.

« Dios, decía, no está formado de miembros con cabeza de hombre, no tiene dos brazos que le cuelguen de los hombros, ni tiene piés, ni muslos, ni partes genitales; sino que es un espíritu santo, inefable, un sér de naturaleza necesaria. » De este modo Empedócles venia á concluir dando la misma definicion de Dios que han dado nuestros metafísicos por mucho tiempo, y que hoy dan nuestros moralistas: Dios es un sér necesario.

Este filósofo establecía una especie de jerarquía entre los elementos, poniendo en primer lugar el fuego, como elemento de actividad, y representando tal vez por él la ley de amor que anima toda la naturaleza. Este fuego sagrado, que ocupaba el centro del mundo, iluminaba el otro hemisferio invisible para nosotros: el sol no era más que una pálida imágen, un reflejo de este fuego. Los

movimientos de los astros iban siendo en su opinion cada vez más rápidos: al principio el sol se movía con tanta lentitud, que el día equivalía á diez meses; decreció despues hasta siete meses, y últimamente á veinticuatro horas.

Esta ridícula preocupacion, como otras muchas que se refieren de Empedócles, como su magia y sus milagros, como sus transmigraciones, que le habian ido perfeccionando hasta convertirle de arbolillo y rana en hombre, son para la mayor parte de los escritores que han analizado su doctrina errores introducidos en ella por la ignorancia del vulgo, ó tal vez ideas sueitas de la doctrina pública en que solia seguir las opiniones del pueblo, segun le había enseñado su maestro Pitágoras.

Filolao, discípulo tambien de este gran filósofo y partidario de la transmigracion, se dedicó más bien á conocer el sistema astronómico que á presentar ó defender una teoria filosófica. Creía que la luz existía extendida por todo el universo, y que el sol no era más que una masa de vidrio que la reflejaba sobre la tierra y otros astros. Pero el mérito principal de Filolao fué explicar y demostrar públicamente un movimiento de la tierra alrededor del Sol. Segun hemos dicho anteriormente, no puede creerse que Filolao fuese el descubridor de esta gran hipótesis

que, en el caso de existir en Grecia como hecho astronómico, debió aprender de su maestro; pero muchos le han atribuido la invención por haberla dado á luz.

No fué Filolao el único de quien se dice que sostuvo esta verdad: en la misma secta de Pitágoras hubo muchos, más distinguidos como astrónomos que como filósofos, que lo enseñaron así. Seleuco de Eritrea decía que la tierra giraba como la circunferencia de una rueda: Ecfanto explicaba el movimiento de rotación sobre el eje, pero negando el movimiento de traslación; y Aniceto de Siracusa indicaba que todos los astros podían estar en reposo y sólo la tierra en movimiento en el universo, produciéndose así los mismos fenómenos que si se moviese el cielo. Por último, Enopides de Chio admitía que el mundo había pasado por grandes transformaciones, y que los astros habían variado de camino. Creía que el sol había recorrido antes la vía láctea, y suponía que estas transformaciones eran continuas; pero sin explicarlas satisfactoriamente.

A los ojos del erudito y del historiador que se fija sólo en la expresión de una idea, estas creencias y opiniones podrán ser muy importantes en la generación de las ideas modernas; mas para el hombre de ciencia que busca la convicción, el desarrollo lógico del pensamiento, la verdad demostrada ú

observada, apénas tienen significación alguna, y sólo pueden compararse á las aventuradas hipótesis á que hoy se entregan poéticamente en obras de imaginación hombres ajenos á la ciencia, que mañana pueden pasar por profetas.

IV.

ESCUELA ELEÁTICA.

Carácter y división de esta escuela. — Jenófanes. — Parménides. — Meliso. — Demócrito. — Atomismo. — Heráclito.

La filosofía griega había recorrido con las escuelas jónica é itálica el primer período de su existencia: había buscado en el número y en la naturaleza, objeto primero de toda observación primitiva, el secreto del orden universal y la razón de las cosas. Pero estos dos principios no podían dar de sí más que lo que dieron en manos de Tales y de Pitágoras. Era necesaria en el orden lógico una nueva escuela, un nuevo punto de parada en aquella circunferencia que los filósofos iban descubriendo alrededor de la verdad sin dar nunca con ella. La naturaleza y el número se prestaban á confundir el espíritu y la materia, la causa y el efecto; un nuevo progreso debía separar estos dos elementos. Así lo hizo la escuela eleática; pero los separó mal: en vez de distinguirlos y dar á cada uno su

esfera propia y buscar sus mutuas relaciones, los consideró como contradictorios en su existencia, y se dividió en dos sectas: la metafísica, que admitía como principio único el espíritu, y la física, que partía de la materia y no admitía más que la materia.

La escuela metafísica de Elea fundó un racionalismo idealista, necesariamente panteístico. Jenófanes de Colofon (536), su fundador, empezó por sostener que Dios es un todo (el uno y el todo, dicen otros) infinito, una sustancia ó mente eterna y de forma esférica, inmutable en su esencia, no sujeto á ninguna clase de generacion ni de muerte, negando cuanto puede ser contradictorio á esta idea. El mundo, el universo en general, como mudable, inconstante y perecedero, es contradictorio con la idea de Dios; de consiguiente, ó no existe ó debe resolverse en el todo, siendo por tanto el mismo Dios, es decir, una sustancia, un sér divino.

Admitía al mismo tiempo que la materia, si no en su forma, á lo ménos en su esencia, era eterna, tanto por ser Dios, como porque de la nada no puede hacerse nada.

Respecto del conocimiento del universo, Jenófanes tuvo ideas muy vulgares. Si hemos de creer á Plutarco, pensaba que las estrellas apagaban su luz por la mañana para volver á lucir por la noche; que el sol es una gran nube inflamada, que tiene tam-

bien sus periodos en que se extingue el fuego que le hace brillante, verificándose entonces los eclipses; desatinos y vulgaridades que son inconcebibles un siglo después de Tales, como dice un escritor del siglo pasado.

Parménides (400), su discípulo, explicó algun tanto el panteísmo idealista de su maestro, llevándole, como suelen hacer los discípulos, á la exageracion; de tal modo que el intento de la escuela eleática, mas bien indicado que manifestado, de oponer lo racional á lo sensible, haciendo dominar el elemento especulativo, dió muy pronto un amargo fruto. Parménides deduce de la eternidad del sér único la inmutabilidad, de ésta la negacion de toda sucesion ó desarrollo y de toda variedad, de manera que, sin pretenderlo, cae en el escepticismo, negando hasta la existencia finita, el movimiento y la distincion material. Admitía en ciencias el principio de la razon suficiente, y por ella explicaba que la Tierra estuviese en el centro del mundo sin caer hácia abajo, diciendo que no habia razon alguna para que estuviese más hácia un lado que hácia otro en el espacio ó vacío infinito. Pero como este principio tiene sólo una aplicacion limitada á corto número de casos, venía á establecer en muchos la duda, despreciando como falso el testimonio de los sentidos y

yendo más allá que su maestro, que aun en los casos más dudosos admitía la conjetura y la presunción.

Terminó esta secta con Meliso de Sámos, que llegó á considerar las cosas como simples fenómenos y las realidades físicas como apariencias, hasta el punto de negar las dimensiones geométricas á los cuerpos.

Como puede conocerse desde luego, no era lo más á propósito para conocer el universo negar su existencia y sus accidentes; de modo que la escuela metafísica de Eleas no dió un paso en esta materia, y causó un grave daño á la filosofía torciendo la dirección de su primer intento y haciendo irreconciliable é incompatible lo que sólo debía ser distinto.

La doctrina de Leucipo (500), fundador de la secta física, nos es poco conocida. Su discípulo Demócrito (484), natural de Abdera, en Tracia, fué el fundador del atomismo que caracterizó principalmente á esta secta. Se dedicó con tal ador al estudio, que sus contemporáneos decían de él que se había hecho sacar los ojos para no distraerse en sus meditaciones; pero parece cierto que se encerraba en una cueva para reflexionar. Rivalizó con Pitágoras en viajes y en conocimientos; pero se diferenció de él en que fué original en sus creencias.

Demócrito fundaba su doctrina en tres

principios: el átomo, el movimiento y el vacío. Los átomos son las partes pequeñísimas que constituyen los cuerpos, y que consideraba como unidades eternas, indivisibles é inmutables, infinitas en número, variadas en la forma, pero iguales en la esencia. El vacío es lo que separa los átomos, y el espacio inmenso que rodea el mundo y constituye con éste el universo. El movimiento era, á lo que parece, esencial á los átomos y como inherente á su existencia; pero Demócrito no fijó sus leyes, pudiendo sospechar que admitió la casualidad como única ley del rápido y vertiginoso movimiento de estos corpúsculos,

Demócrito no admitía en el mundo más que los átomos, que eran el principio de toda existencia, y el vacío, que era la no existencia. La formación de los cuerpos y de los mundos se debía solamente al movimiento intrínseco y necesario de los átomos. Los dioses eran en realidad átomos, ó simulacros y fantasmas de átomos, que revoloteaban alrededor de la tierra, obrando sobre nuestros sentidos. El alma era una reunión de átomos esenciales, sutiles y ligeros, como los que constituyen el fuego. Como los átomos son impalpables é invisibles, no obran sobre nosotros; los conocemos únicamente por unas emanaciones ó simulacros de cuerpo que rodean á los cuerpos, y es lo que vemos.

De aquí se sigue que no conocemos los cuerpos; lo que para un materialista, que niega todo lo que no sea cuerpo, equivale á decir no conocemos nada. Por esto decía Demócrito: « Niego que sepamos alguna cosa ó que no la sepamos. Niego también que sepamos si sabemos esto. » Esta doctrina de la incomprendibilidad de todo ó de la catalepsia (1) fué el prólogo del epicureísmo y del escepticismo. Sus discípulos aprendieron sólo de su doctrina la negacion y la duda: Metrodoro negó la posibilidad de saber algo, y Diágoras afirmó que era imposible saber si existían los dioses, por cuya causa fué desterrado.

Por lo demas, en lo doctrina de Demócrito, la única causa de la creacion del mundo es la casualidad, los átomos con sus movimientos concurren en ciertos puntos y forman los mundos, que pueden perecer por este mismo movimiento cuando sus átomos se separen.

La teoria atomística ó corpuscular permitió á Demócrito explicar una porción de fenómenos satisfactoriamente, ó á lo menos de

(1) Aunque algunos escritores modernos han rechazado esta palabra, nosotros la empleamos por su gráfica significacion. El ánimo de aquellos filósofos estaba, como el cuerpo en los ataques catalepticos, privado de movimiento y de sentimiento, indiferente á todo, sumergido en la duda.

una manera que no se opone á las hipótesis modernas, porque en cierto modo penetra en el estudio íntimo de los cuerpos. Fué el primero que consideró la vía láctea como una reunion inmensa de estrellas infinitamente lejanas, siendo por esta causa imposible distinguirlas individualmente. Creía que el número de planetas era infinito, y que los cometas no eran más que la reunion de dos ó más planetas, cuya luz producía en nosotros la sensacion de un solo astro.

Heráclito, á quien algunos con Empédocles y Anaxágoras colocan en la escuela intermedia, admitió como principio de su doctrina la oposicion, el ser y el no ser, y la trasformación como consecuencia ó hecho en que se realizan necesariamente estos dos principios; porque para trasformarse un cuerpo es preciso que no sea lo que era, y que sea lo que no era; de modo que el mundo era una trasformacion continua, una perpétua elaboracion. Heráclito y todos los demas filósofos solian partir de un principio verdadero, por más que el sistema que defendieran fuera absurdo en su conjunto. La oposicion entre el ser y el no ser, es decir, entre el estado de un cuerpo antes de trasformarse y despues de trasformando, es evidente. ¿Pero qué deducia Heráclito de esta serie de transformaciones y de este hecho evidente? Nada útil, ni

práctico, ni que diese á conocer las leyes naturales.

Dios en este sistema es el sér universal y etéreo que se manifiesta como fuego en el mundo material y como razon en los séres inteligentes. El fuego es, pues, el símbolo del universo, porque es la causa de la vida y de sus trasformaciones, ó sea el flujo eterno de los fenómenos. El mundo tal como está constituido no es eterno; su existencia será limitada porque es simplemente una trasformacion pasajera de la sustancia ignea, cuyo fin dará nacimiento á otros mundos.

Heraclito, considerando el universo como una forma pasajera y de precaria existencia, no dió una gran importancia á su estudio.

V.

SOFISTAS.

Protágoras. — Górgias. — Reflecciones sobre los sofistas

Las escuelas sofisticas vinieron á terminar lógicamente este primer período de la filosofía griega. Tras de la negacion del mundo espiritual por unos, y del mundo material por otros, debían venir los que negasen uno y otro, así como habían venido los filósofos intermedios á admitir ambos principios opuestos; realizándose de este

modo una ley inevitable, que obliga á las creencias á recorrer todos los campos y todas las combinaciones ántes de desaparecer.

Protágoras, natural de Abdera, que fué el primer sofista, fundó su doctrina en este principio: el hombre es la medida de todas las cosas; es decir, todo en el mundo no es más que lo que cada uno ve ó cree ver; de modo que en realidad nada existe como verdadero en sí mismo, ó si existe, no lo conocemos; pero bajo el punto de vista personal ó humano todo es para nosotros igualmente verdadero. De modo que, limitándose por esta doctrina todo el conocimiento á una percepcion relativa sólo al hombre, el cual es incapaz de distinguir su falsedad ó su exactitud, se seguía una existencia incomprendible, dudosa y negable del universo y de sus leyes. Este filósofo empezó uno de sus libros diciendo que no sabía si había dioses, y que si los había ignoraba lo que eran; duda que encierra ya el gérmen del pirronismo.

Del mismo principio que sirvió de base á Protágoras dedujo Górgias el Leontino lo contrario: todo es igualmente falso. Pero Górgias no se detuvo aquí, sino que, haciendo un sutil análisis de la existencia de las cosas, vino á sostener que nada existía realmente y que, aunque existiera, el hombre carece de medios para conocerlo.

Pródico de Cea admitió ambos sistemas á un tiempo y sostuvo las cosas más opuestas.

En nuestra opinion, algo diferente de la que tienen respetables escritores, los sofistas no se propusieron desde luego, ni negar la verdad, ni traficar con la palabra. Empezaron por buscar sinceramente la verdad en medio de aquel cúmulo de opiniones con tradictorias, y limitándose al conocimiento de lo verdadero y lo falso, considerado subjetivamente, no pudieron descubrir el criterio de certidumbre. En cuanto á las percepciones, á que principalmente se refiere la doctrina de los tres que hemos citado, puede explicarse su error con sencillez. Respecto de nosotros mismos, cuanto vemos es verdadero. El sol se nos presenta como un disco plano; los objetos distantes como de pequeño tamaño. ¿Dejará de ser verdadero para nosotros este aspecto cuando así le veimos? Estates la doctrina de Protágoras. Pero este aspecto es falso respecto del objeto: esta es la doctrina de Górgias. Mas ¿nos engañan siempre los sentidos estableciendo esta contradicción entre el sujeto y el objeto? No; muchas veces al aspecto es verdadero. Hé aquí la doctrina de los sofistas que admitían ambos principios. Pero como los sofistas no presentaban criterio alguno de verdad, cayeron bien pronto en el escepticismo: creyeron posible de-

fender lo afirmativo y lo negativo y dieron el lastimoso espectáculo que daba Górgias comprometiéndose á defender el pro y el contra por una miserable cantidad. Así nos explicamos la existencia de los sofistas, que fueron objeto de tantas y tan duras censuras por parte de los filósofos posteriores.

No hay para qué decir que el conocimiento del universo no adelantó nada con los sofismas, antes por el contrario apartó la mente de los filósofos de este punto, obligándoles á sentar primero los fundamentos del mundo moral. Las leyes físicas, lo mismo que los dogmas religiosos y el juicio de las acciones humanas, eran objeto de juego y de inútiles controversias entre aquellos hombres que, según las palabras de uno de ellos, tenían á gala hacer ver grande lo pequeño y pequeño lo grande; que sacrificaban la verdad y la convicción al interés ó á un chiste cualquiera; que se vanagloriaban de defender ante la multitud lo absurdo y de negar lo evidente, y que ponían en tortura su ingenio para promover cuestiones dudosas en que pudiera argüirse con facilidad en pro y en contra.

El filósofo moderno no puede comprender toda la influencia que en las costumbres, en las creencias y en la ciencia tuvieron los sofistas; porque no le es dado resucitar una sociedad ciega que, careciendo de

verdades fundamentales, se entretenía y se alimentaba con los juegos de palabras y con las sutilezas con que se reemplazó la fe, la observación, la experiencia, las fuentes más sencillas y más seguras del conocimiento. Así es que hoy nos admira el leer en Platon, en Aristóteles, en Sócrates y en otros filósofos de clarísima razón las refutaciones formales de frivolidades y ridiculeces, de sofismas y extravagancias que excitan la risa, y que se referían á cosas tan evidentes como la propia existencia, el movimiento, las propiedades de los cuerpos, la extensión y la simultaneidad de cualidades y de esencias perfectamente incompatibles. Pero ¿qué había de suceder cuando los sofistas se anunciaban como maestros pretendiendo enseñar á negar que el día fuese día y la noche fuese noche, y los padres de sus discípulos y los discípulos mismos creían cándidamente que esto era un mérito y una gloria y un bien? ¿Qué había de suceder cuando se declaraba que se buscaban armas en la dialéctica, no para descubrir la verdad, sino para presentar como verdadero; lo falso y como falso lo verdadero; demostrando claramente de este modo que el objeto del estudio, del talento y de la oratoria era huir de la certidumbre, armarse contra toda creencia y renegar del objeto para que somos inteligentes?

VI.

SÓCRATES.

Aparece por fin Sócrates (400) á derramar un rayo de luz en aquella confusión, y separa por completo, según hemos dicho ya, el mundo del creador, y enseña que existe una providencia conservadora del mundo material.

Sócrates, en pequeña escala y reducido término y bajo cierto punto de vista, tuvo que hacer una cosa semejante á la que hicieron después los grandes reformadores del mundo: luchar sin descanso contra la metafísica del error, y establecer los fundamentos de lo moral y lo intelectual, socavados y perdidos en el caos de los extravíos de los filósofos. Por eso Sócrates presenta una gran doctrina en punto á las relaciones de Dios y el mundo; de la inteligencia suprema y divina y el mundo material; pero no desciende al estudio del universo, tal vez por creer estas cuestiones de pequeña importancia ante la regeneración moral.

Sócrates creía en el Dios único superior y conservador del universo, pero tuvo la debilidad de no confesarlo públicamente. Acusado de ateísmo y de falta de respeto á los dioses, se presentó ante sus jueces como fiel

creyente de la mitología; y condenado á muerte, pasó sus últimos momentos hablando sobre la inmortalidad del alma y los deberes del hombre: sus últimas palabras fueron un sarcasmo contra el paganismo ó una nueva debilidad de aquel momento supremo: « Criton, debemos á Esculapio el sacrificio de un gallo; cumple por mí esta ofrenda. »

Juzgado Sócrates dentro del paganismo y de la filosofía griega, como el principal elemento de la reaccion que suscitaron los sofistas, es la figura más grandiosa de aquellos siglos, y no peca de exagerada la opinión de que fué el precursor del cristianismo, y uno de esos genios de que la Providencia se vale para manifestar la verdad en determinadas épocas.

Pero á los ojos del pensador que analiza y estudia en sí misma la doctrina de Sócrates y la relaciona, no con su época, sino con la razon y la verdad y con el deber que resulta de su conexión, ¿cuán otro aparece el gran filósofo ateniense!

Sócrates, aficionado desde niño, por sus propias inclinaciones ó por consejo de Criton, su protector, al estudio del universo, es decir, de la astronomía, de la física y de las ciencias naturales, abandona en breve este estudio por creer imposible que el hombre conozca las cosas ocultas é impenetrables que encierra la naturaleza; debilidad en que se

descubre algo del pirronismo ó de la duda eleática.

Dedicado exclusivamente al estudio de sí mismo y de la moral, examina lo que sabe, y viene á afirmar, cuando le llaman ilustre filósofo, que sólo se diferencia de los demás hombres en que él no sabe nada y lo confiesa, mientras los otros creen que saben lo que no saben.

Ante la fama universal de Sócrates, ante sus virtudes personales y sus preceptos de moral, ante su muerte ejemplar y digna de un mártir, como ante su busto, ¿por qué no hemos de decirlo? que revela en su espaciosa frente la tranquilidad y la serenidad de un justo, nos duele escribir el juicio que tenemos formado de este filósofo; pero no podemos ménos de decir que ni abandonó los juegos de palabras y las sutilezas de sus contemporáneos, ni acertamos en muchos casos á distinguir si sus frases eran sinceras ó encerraban una sátira. Confunde la virtud con la sabiduría, la moral con la ciencia, y la existencia ordenada y científica del mundo con la providencia, y tal vez tiene miedo á manifestar sus opiniones, y hace de su demonio ó familiar el eco de la prudencia, que le presenta constantemente obstáculos y le obliga muchas veces á quedarse perplejo. En toda su doctrina, en medio de aquellas máximas purísimas á que no llegó ninguno

otro filósofo, hay cierta indecisión, cierta vaguedad en el fundamento, que proviene sin duda de que eran solamente personales; defectos que se hacen evidentes cuando, contrastando con ellas, termina sus discursos con alguna frase inesperada. ¿Quién comprende que el mismo hombre que, próximo á morir y con la copa de cicuta en la mano, pronuncia su bellissimo discurso sobre la inmortalidad del alma, termine recordando el sacrificio prometido del gallo, y conteste á los que le preguntaban acerca de su entierro con un chiste, diciéndoles que le confunden con su cadáver?

Sócrates fué indudablemente un hombre de inmensa superioridad respecto de los sofistas; pero ¿cuánto le falta para ser el verdadero filósofo que hace depender la moral de la verdad!

Realmente el juicio de Sócrates no nos corresponde á nosotros hacerlo dentro de nuestro propósito: por esto indicamos solamente cuáles fueron sus creencias respecto de las relaciones entre Dios y el mundo, é indicamos ligeramente su significacion en el progreso de la filosofía griega.

Sócrates no dejó nada escrito, ni formó tampoco, rigurosamente hablando, un sistema filosófico que tuviese por objeto explicar el mundo y el hombre y las relaciones que unen á estas creaciones con Dios; se propu-

so más bien encauzar la filosofía y combatir los muchos errores de sus contemporáneos, protestando contra el materialismo y el escepticismo. A su muerte cada discípulo, siguiendo recta ó equivocadamente el impulso recibido, fundó una escuela ó secta, naciendo así la cirenaica, la cínica, lamegárica, la pirrónica, la elíaca, la erétrica y la académica.

VII.

SECTAS CIRENAICA Y CÍNICA.

Aristipo. — Teodoro. — Consecuencias de su doctrina. — Antístenes. — Diógenes. — Sus extravagancias. — Crátes.

Aristipo de Cirene (380), discípulo ingrato de Sócrates y fundador de la secta cirenaica, llamada así por su patria, no encontró en el mundo evidente más que la sensación, la cual es incapaz de enseñarnos nada más que una simple modificación interna ó externa. No habiendo en el mundo sino sensaciones, claro es que el fin del hombre es satisfacer las que sean agradables y evitar las que no lo sean: el deleite es, pues, el principio y el objeto de la vida: no hay moral, no hay deberes, no hay nada más que el placer de la sensación como única ley de nuestros actos. La tierra es un lugar que

nos ofrece placeres y dolores: existe para que gocemos los primeros, empleando así nuestra razón.

La investigación del criterio de verdad y el análisis de que Sócrates había huido hábilmente, dejándose llevar de más universal propósito, debían dar en sus mismos discípulos frutos no menos estériles que en los filósofos que le precedieron. La virtud, que para el sabio ateniense era una contemplación del bien y de la providencia, fué en la escuela de Aristipo una satisfacción armónica de las necesidades y deseos materiales del hombre.

Dicho se está que tal doctrina no podía ser nada útil al conocimiento del universo, que debe empezar por un Dios y por una misión sagrada en el mundo, y terminar por un análisis delicado de la naturaleza. Al que sólo busca el placer material, y cree que con esto realiza su destino terreno, y que todo termina aquí abajo, no le hace falta un ser creador, ni otra vida, ni un universo que demuestre la providencia infinita.

Aristipo no desarrolló lo suficiente su sistema para llegar á este resultado; pero su discípulo Teodoro de Cirene, con más lógica que verdad, predicó el escepticismo y el ateísmo, que se deducían evidentemente de los principios sentados por su maestro.

Uno y otro filósofo prepararon el epicu-

reísmo moral, negando á esta parte de la filosofía todo fundamento que no fuera el placer, y enseñando su doctrina con la palabra y el ejemplo. Aristipo fué el primero que exigió una paga á sus discípulos: atraído por los placeres de la corte de Dionisio el Tirano, se trasladó á Siracusa, diciendo que los filósofos debían ir á buscar á los reyes, porque conocían sus necesidades; ya que los reyes no buscaban á los filósofos, porque las desconocían. Allí empleó una adulación tan servil, que dió lugar á que Diógenes le reprendiera públicamente diciendo: «Si Aristipo supiese contentarse con legumbres, no adularía á los reyes;» á lo que él contestó con desenfado: «Si Diógenes supiese hacer la corte á los reyes, no se contentaría con legumbres.»

Teodoro hizo siempre gala de ateísmo y de poco respeto. Enviado por Tolomeo de embajador á Lisímaco, se presentó con tal descaro, que este príncipe le dijo: «Creo, Teodoro, que piensas que no hay reyes, así como que no hay dioses.» Fué condenado á muerte por ateo.

La secta llamada cínica, por el lugar en que explicaron sus filósofos, ó moral por su carácter, pues que no pasó nunca del exámen y razón de las acciones humanas; fué creada por Antístenes, y sostenida después por Diógenes y Crátes.

Antístenes (420) admitía un sólo Dios, pero sin los atributos que exige su naturaleza: le concedía en realidad solamente la libertad. El fin del hombre era asemejarse á Dios; es decir, ser completamente libre; y como las relaciones sociales, las riquezas, los placeres, el lujo no quitan alguna libertad, era preciso romper con todos estos vínculos. Antístenes rompió en efecto; se dejó la barba, cubrió su cuerpo con una mala capa, limitó sus propiedades á un palo y unas alforjas: así predicaba la libertad; así creía asemejarse á Dios. Nos basta este hecho para comprender qué idea se formaría del creador del mundo.

En punto á moral, creía que se debía vivir según la naturaleza y hacia de la virtud la independencia de todo lo que es externo al hombre, conservando la doctrina de Sócrates en la union de lo bello y de lo bueno, pero refiriéndolo principalmente á los sentidos.

Diógenes (400), siguiendo la ley fatal que obliga al discípulo á exagerar la doctrina de su maestro, prescindió hasta de la casa y se metió en un tonel, donde vivía y hacía sus necesidades. Poco ó nada nos ha quedado de su doctrina física; pero creemos que el verdadero conocimiento del universo no se extendería para él mucho más allá de su tonel.

Diógenes llevó al más alto grado de exageracion, no sólo la doctrina de su maestro, sino la ridiculez y grosería de la vida. Nunca solía mezclar la palabra Dios en sus arengas y discursos, y se cree que negó la inmortalidad del alma. Poco ántes de morir mandó que le dejasen en el campo insepulto, y habiéndole respondido sus amigos que le comerían los cuervos, añadió que pusiesen un palo al lado. • ¿Y cómo los espantarás si no tendrás sentido? • le dijeron; y contestó: • ¿Pues qué me importa ser comido de las bestias si no sentiré nada? • Esto prueba, ó que creía en el aniquilamiento humano ó en la vida ulterior del alma completamente libre del cuerpo.

No hay escritor que se haya ocupado algo de la filosofía griega que no se haya detenido en este tipo para dar á conocer el orgullo de la secta cinica. Alejandro quiso conocerle y fué á verle á Corinto: le encontró en su tonel tomando el sol, y le dijo que le pidiese algo: • Que te vayas de ahí porque me quitas el sol. • Juvenal cree que en aquel momento era más feliz Diógenes que el gran Alejandro. Sabido es tambien que éste dijo al separarse: • Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes. • Poco después el filósofo cinico salió de día con una linterna, diciendo: • Busco un hombre; hasta ahora no he visto más que un niño. •

Creía que su excesiva libertad le elevaba sobre los demás hombres; de tal modo que, habiendo sido cogido por unos piratas que le llevaron al mercado para venderle, se anunciaba él mismo á grandes voces diciendo: « ¿Quién quiere comprar á su maestro? » y preguntándole uno qué sabía hacer, contestó: « Estar sobre los hombres. » Le compró un corintio, y cuando oyó llamarse esclavo contestó: « Los leones no son esclavos de quien los cuida; antes bien, sus dueños son criados de los leones. »

Condenaba el pudor y la vergüenza como debilidades; censuraba todos los actos; viéndolo un día á un ladrón condenado por los jueces, dijo: « Hé aquí grandes ladrones condenando á uno pequeño. » Habiendo oído á Platon decir que el hombre era un bipedo implume, entró en su clase y soltó un gallo desplumado diciendo: « Ahí teneis al hombre de Platon. » Conservó únicamente una escudilla para beber; pero, viéndolo á una niña que bebía en el río con la mano, la arrojó diciendo: « Todavía tengo cosas superfluas. » Dicese que fué condenado por ateo; no se defendió, limitándose á contestar á los jueces: « La felicidad de Harpalo, que es un ladrón y un bandido, depende contra vuestros dioses. » Todos estos hechos característicos pintan su doctrina mejor que otra explicacion cualquiera.

Su discípulo Crátes de Tébas no fué mé-

nos grosero en sus costumbres, ni más religioso. En union con su mujer, cínica también, reprendía públicamente las costumbres.

Los cínicos, como todas las sectas griegas, tuvieron un origen lógico; ante las doctrinas de Aristipo ó Teodoro se presentó como una reaccion en favor de la virtud. Antistenes, tal vez virtuoso equivocado ó exagerado, pero enemigo acérrimo de los que buscaban el deber en la satisfaccion de los placeres.

OTRAS SECTAS. — PLATON.

Las sectas megárica, eliaca, eritrea y pirrónica no dieron ni siquiera un paso en el conocimiento del universo. Euclídes, Fedon, Menedemo y Pirron, sus fundadores, se dedicaron más á la dialéctica y á buscar inútilmente un criterio de verdad, que á conocer el mundo así espiritual como material. En mano, ó por mejor decir en boca de estos filósofos, se convirtió la lógica en un juego de palabras y de ideas, que vino á terminar en el lema de Pirron: « Es imposible saber nada. »

Los hombres que todo lo ponian en duda ó lo negaban; los que querian destruir la naturaleza humana y dar al hombre otra

naturaleza artificial; los que así desconocían su propia esencia, no podían penetrar en el estudio del universo.

En medio de tantos errores fundó su secta el gran Platon (429-348), discípulo de Sócrates en moral y de Teodoro en matemáticas. La doctrina de este filósofo es un racionalismo idealista con tendencias al panteísmo. En efecto, Platon, buscando la unidad absoluta en la razón, que es el principio del sér humano y la manifestación de Dios, hace de esta razón el mundo inteligente y real en que la unidad absorbe la variedad.

Según Platon, las ideas son como nociones innatas que encontramos en el alma el tipo inmutable y real, el principio y la causa de todo lo que existe. Los objetos de la naturaleza, los cuerpos y los seres se modifican continuamente, varían sin cesar y sin sér; pero las ideas son su tipo inmutable. Por tanto, la idea es la misma naturaleza de los seres y de las cosas, el principio de su existencia, y éstas á su vez participan de la naturaleza de la idea y tienen por objeto darle realización sensible: el mundo material es, pues, un reflejo del mundo inteligente, al cual está ligado de modo que por sí mismo no tiene existencia ni destino propio. De aquí se sigue la jerarquía de los seres. Dios creó por sí mismo los seres superiores, es

decir, los dioses y los astros, y encargó á dioses subalternos la creación de los hombres y de los animales; de manera que cada sér está ligado á otro de quien depende. Un astro puesto en movimiento no tiene el movimiento por sí mismo, porque no se puede encontrar en la materia el principio de las cosas; recibe este movimiento de otro cuerpo, y este de otro, hasta llegar así al primer motor, que debe ser necesariamente espiritual.

Dios es creador; hizo el mundo con perfecta conformidad á la idea preexistente en su razón, y después de haberle hecho, considerando su obra y hallándola conforme á su modelo, se alegró, se aplaudió en cierto modo á sí mismo. Pero no se crea que Dios hizo el mundo de la nada: la materia es eterna; existía ántes de la creación del mundo; existía, si no físicamente, á lo ménos intelectualmente, en la idea eterna de Dios. Dios, por decirlo así, le dió la forma construyendo con ella una copia material de la idea del mundo que tenía en su mente; de modo que Dios ó el espíritu y la materia no son dos principios opuestos, pero sí eternos y coexistentes.

La participación y penetración de la idea en todos los seres hace que la doctrina de Platon tienda al panteísmo; porque no está bien marcada la diferencia entre la idea que

existe en la mente de Dios y el mundo, exacta copia de esa idea, sin la cual no podría existir. Así es que el mismo Platon dice: « El mundo, el cielo, los astros, la tierra, las almas y aquéllos, á quienes la religion de nuestros padres atribuye la divinidad, todo esto es Dios. »

Esta doctrina es un resumen y combinacion de lo que enseñaron los más notables filósofos anteriores. Tiene en la parte fisica algo de Heráclito, en la parte metafísica bastante de Pitágoras, y en la moral mucho de Sócrates, pero unido admirablemente en un verdadero sistema filosófico. Buscando Platon en todas partes el reflejo de una idea, aconsejaba á sus discípulos que admirasen el orden asombroso de los cuerpos celestes para aprender á amar el orden en su vida y la tranquilidad del alma. Buscó la causa del movimiento circular, y propuso á sus discípulos este problema, que él no pudo resolver porque sólo comprendia el movimiento en línea recta como efecto de una fuerza primitiva. Creyó que el orden de los astros era el siguiente: la tierra en el centro, la luna, el sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; pero, segun afirma Plutarco, en sus últimos años sostuvo que el centro del mundo debía estar ocupado por una sustancia más noble y digna que la tierra.

La filosofía platónica fué un verdadero

progreso bajo el punto de vista del conocimiento del universo porque estableció, no sólo la causa del movimiento, ó como hoy se dice, de la vida del mundo, en Dios, sino porque intentó explicar la dependencia y relacion que tienen entre sí bajo el aspecto físico los cuerpos celestes, ya por un esfuerzo de su razon, ya porque, como es probable, adquiriese Platon en Egipto conocimientos tomados del libro de Moisés. Inducen á creerlo así muchos pasajes de sus obras que parecen sugeridos por la lectura del Génesis, y entre ellos el que hemos citado antes, referente á la aprobacion que Dios se dió á si mismo después de hacer el mundo, expresada en la *Biblia* del modo siguiente:

« Y vió Dios que todo esto era bueno. »
La doctrina de Platon, presentada tan admirablemente en sus *Diálogos*, tiene tanto merito por lo que estableció, como por haber huido de los peligros en que habian caído otras sectas. La oposicion entre lo finito y lo infinito, que habia sido el escollo de la escuela eleática y el gran problema de toda la filosofía griega, desapareció algun tanto en Platon, que admitia desde luego ambas cosas como necesarias y como distintas sin embargo, siendo lo finito la imitacion, la realizacion de la idea preexistente de lo infinito.

XI.

DISCÍPULOS DE PLATÓN.

Platón, lo mismo que Sócrates, señala un punto culminante en la filosofía griega; pero los esfuerzos de estos hombres eminentes se estrellaban en la indiferencia de un pueblo incapaz de comprenderlos; sus doctrinas apenas salían del recinto en que las predicaban, y no eran en realidad conocidas más que de algunos discípulos, que empezaban por admirar á su maestro y concluían por envidiar su fama y fundar una nueva secta.

Por otra parte, estas doctrinas abstractas que conducían directamente á un Dios único, creador, ó por lo ménos coeterno con la materia y apenas superior á ella, estaban en completa oposicion con el politeísmo á que era necesario rendir culto público; de tal modo que los mismos que por un esfuerzo de su razon llegaban á concebir la idea de este ser único, la desmentían con sus actos, adorando á los dioses, haciendo sacrificios ó libaciones en su honor y jurando en su nombre, como hemos visto que hizo Sócrates.

De aquí provino tambien la tendencia constante de los discípulos de estos grandes hombres á conciliar sus ideas con el mate-

rialismo pagano, no habiendo uno que continuase la doctrina de su maestro con la dureza que la había recibido; de manera que con cada uno de estos filósofos murió, si así puede decirse, todo su sistema.

Mientras se discutían estas doctrinas puramente psicológicas, que cada uno representaba á su modo, la teoría física que más dominaba en Grecia era la atomística. Ninguna otra reinó por tanto tiempo ni tuvo tantos defensores. Desde que la escuela intermedia la inició hasta que llegó á todo su desarrollo con los epicúreos, no dejó de ser explicada y aplicada por la mayoría de los filósofos, que encontraban en ella razones satisfactorias para darse explicacion de una porcion de fenómenos, en el estado en que entónces se hallaban las ciencias, Pero, como á esta teoría no podían aplicarse completamente sistemas filosóficos, cada uno de los cuales aspiraba á una gran generalidad absorbente; como no había en realidad un vínculo que uniese y separase, es decir, que descubriese la unidad y la variedad, la causa y el efecto, el mundo espiritual y el mundo moral, la ciencia física vivía aislada antifilosóficamente, amontonando hechos y observaciones sin enlace alguno, ó cuando más explicándolos por medio de ridículas suposiciones y de propiedades poco conocidas, que se suponían residentes eterna ó ac-

cidentalmente en la materia; preparándose así la doctrina aristotélica y las hipótesis que habían de reinar por tantos siglos en Europa acerca de las virtudes secretas de cada cuerpo.

Sólo de esta manera es posible comprender que de en medio de aquella filosofía, siempre panteísta en el fondo, siempre absorbente del espíritu y la materia, siempre ambicionando explicar los hechos físicos y los hechos morales por una misma ley, naciese ese exagerado individualismo en física, que, aunque partía de los átomos, iguales en todo, venía, á hacer con los mismos elementos cuerpos completamente distintos cuyas propiedades diferenciales tenían que buscar en una secreta virtud del agregado de átomos.

Sin embargo, bajo el punto de vista psicológico, la filosofía griega entró en un período de progreso después de Platon. Los filósofos anteriores representaban sólo esfuerzos aislados para encontrar una verdad que huía del exclusivismo escolástico; pero Sócrates y Platon dejaron sentados algunos principios innegables, y fundaron el método que debía seguirse en las investigaciones.

Espeusipo, sobrino de Platon y sucesor suyo en la escuela, reprodujo su doctrina con pequeñas variaciones, debidas principal-

mente á su genio violento. Tuvo poco tiempo la escuela.

Jenócrates de Calcedonia se distinguió por sus tendencias exclusivamente morales; pero no pudiendo comprender bien el Dios-idea de Platon sin personalidad alguna, ni el Dios-espíritu que anima el mundo como una influencia eficaz é invisible, admitió ocho dioses, que eran los cinco planetas, las estrellas fijas, que forman un solo Dios extendido por la inmensidad del espacio, el sol y la luna.

Jenócrates se dedicó principalmente á la moral y á corregir los vicios de la juventud, descuidando no sólo las ciencias, sino el estudio psicológico, fundamento de la doctrina platónica.

Sus sucesores en el magisterio no estuvieron mucho más adelantados en este punto. Arcesilao (316-241), fundador de la media academia, erigió en sistema absoluto la duda, la incertidumbre entre todas las sectas, asegurando que no se podía afirmar ni negar nada, sino que lo más conveniente era dar á conocer los extremos y suspender el juicio.

La doctrina de Arcesilao equivale, como es fácil conocer, á una ciencia estéril, llena de oposiciones y contradicciones; al *si* y al *no* suspendido sobre todos los problemas; á ese estado que los pintores han descrito con

un hombre dudoso siempre entre las dos puertas *veritas* y *falsitas*, sin entrar por ninguna; en una palabra, á la negacion absoluta; porque no afirmar, ni negar nada entre dos términos, ya sean opuestos ó semejantes; rechazar el testimonio de los sentidos y el de la razon, es no creer. Así, Arcesilao tendia en sus actos al estoicismo como efecto de la indiferencia: hallándose atormentado por grandes dolores reumáticos, se complacia en manifestar insensibilidad, y decia sonriendo y señalando los piés y la cabeza: «Nada pasa de aquí.»; Horrible creencia!

¿Qué era, pues, el universo para Arcesilao con esta doctrina? Un conjunto de átomos cuya existencia, por ser sensible, no puede negarse, pero unidos por fuerzas no sólo desconocidas, sino desconocibles, con propiedades que no podía asegurarse fuesen tales como se observan; una cosa, en fin, que el hombre no podía conocer por no poder afirmar cuál era la razon ó causa de los fenómenos.

Carneádes (215-125), natural de Cirene, fundador de la nueva Academia, empezó siguiendo los pasos de Arcesilao; pero, temiendo ir á parar al escepticismo, que rechazaban los sentidos, ó al estoicismo, que repugnaba su ánimo débil y cobarde, admitió como principio la incertidumbre; mas añá-

diendo que, á pesar de ella, el hombre puede y debe decidirse á obrar por las razones que le parezcan más verosímiles y probables, lo que equivale á no establecer criterio alguno de juicio, y á hacer la verdad una afirmacion subjetiva y personal. El mundo, así físico como moral, era para este filósofo un conjunto incomprensible de verdad y mentira, de luz y de tinieblas, que era imposible separar por medio del criterio humano; admitía solamente el grado de probabilidad y rechazaba todo lo absoluto; hasta el punto de negar la existencia de Dios, los fundamentos del derecho natural, y los axiomas matemáticos.

Con la escuela de Carneádes terminó la Academia, que, si bien dió un gran paso en el conocimiento del mundo psicológico y moral en su origen, apenas hizo progresar la filosofía de las ciencias exactas.

Pirron de Elida (300) llevó hasta los límites del escepticismo esta duda, erigida en sistema por Arcesilao; y como consecuencia de la duda y de la imposibilidad de saber nada ciertamente, vino á parar á la indiferencia intelectual y moral, que bien pronto aplicó á los hechos de la vida. Diógenes Laercio nos ha conservado algunos rasgos característicos de este filósofo, que dan á conocer los efectos de su doctrina.

Pirron, sin ser fatalista concluíó en el

fatalismo, porque la ignorancia del conocimiento de las cosas le obligaba á no evitar el mal, ni buscar el bien, áun para su misma persona. Solía ir por la calle explicando ó discutiendo con sus amigos, y no variaba de camino aunque viniese un carro ó encontrase un precipicio; de modo que sus amigos y discípulos le libraron muchas veces de la muerte. Yendo con su maestro Anaxarco, cayó éste en un hoyo, y Pirron siguió su camino sin dignarse mirarle. Su maestro elogió este acto, que hoy, bajo el punto de vista humanitario, merecería el nombre de bárbaro.

La naturaleza era para Pirron un misterio, cuyas leyes ignoramos é ignoraremos siempre; y si tratamos de investigarlas, corremos un peligro mayor que la ignorancia, el de engañarnos. Aplicando este criterio en general, convertía la cosmología en una serie de hechos de cuya causa y áun de cuya existencia no estamos seguros. Aplicándole á la moralidad, decía que, careciendo del conocimiento de la bondad intrínseca de las cosas, no había más criterio que la ley humana, siendo todas las acciones indiferentes en sí mismas, no sólo bajo el punto de vista moral, sino también bajo el de la utilidad personal. Vivir y morir le era indiferente; y cuando le preguntaban: «¿Pues por qué no te mueres?» respondía: «Por eso mismo, porque me es indiferente.»

El sistema de Pirron está juzgado por él mismo. Una vez corrió de un perro que le quiso morder: sus amigos se burlaron, y él contestó muy pensativo: «Es difícil despojar al hombre del hombre.» Hé aquí el objeto de aquella filosofía: hacer del hombre una cosa que no fuese hombre.

Esta doctrina del indiferentismo, que es una triste combinación del escepticismo y del fatalismo, y que nunca se verá bastante condenada, mereció una soberbia refutación de Ciceron, que dice, por boca de Lúculo: «¿Es posible que sigas una secta que confunde lo verdadero con lo falso, que nos quita el uso de la razón y del juicio, que nos prohíbe hacer una afirmación y nos despoja de los sentidos? Esos pueblos cimerienses, de quienes se dice que nunca ven el sol, tienen algunos rayos, algún crepúsculo que los alumbrá; pero estos filósofos, en medio de la oscuridad que nos cerca, no nos dejan ni un átomo de luz que pueda iluminarnos. Nos tienen como atados con ligaduras que nos impiden todo movimiento, porque prohibirnos afirmar que una cosa puede ser es quitarnos verdaderamente el uso del entendimiento y prohibirnos toda acción.»

X.

ARISTÓTELES.

Todas las sectas que se formaron despues de Platon fueron eclipsadas por Aristóteles (384-321), natural de Estagira. Este discípulo de Platon, que abrió su escuela en el Liceo, fué de todos los filósofos griegos el que adquirió mayor celebridad y el único que consiguió sobrevivir por muchos siglos y reinar sin rival en todas las universidades de Europa hasta el siglo pasado.

Aristóteles, siguiendo la doctrina de su maestro, y fundándose en sus mismos principios con frecuencia, hizo de su sisteme una protesta contra las tendencias siempre idealistas de Platon. Este no había visto en el mundo más que ideas: Aristóteles, partiendo del exámen de la naturaleza, introduce al lado de la idea la formalidad, la realidad sensible y la experiencia. A la tendencia panteística de Platon opone el individualismo; á la unidad, la distincion entre los especulativo y lo real. De aquí se sigue que Aristóteles modificó la doctrina de Platon para hacerla aplicable; buscó el justo medio entre la teoría y la práctica; creó, por decirlo así, lo que, considerado aquel estado de la filosofía, podemos llamar idealismo experimen-

tal y práctico; y en vez de hacer de la filosofía la ciencia de las ideas, hizo la ciencia de las causas últimas y generales de todo lo que existe, la ciencia de los fines. La filosofía contiene las razones generales, que existen por sí mismas en el mundo como leyes universales y en el entendimiento como ideas innatas: las razones particulares las adquirimos por los sentidos y la experiencia. De aquí proviene la distincion individual. Así, para Platon la realidad es la imagen de la idea preexistente; para Aristóteles la idea es el reflejo de la realidad.

El fundamento de la doctrina de Aristóteles respecto del conocimiento es que nada hay en el entendimiento que no haya estado ántes en los sentidos; frase que, exagerada despues en su significacion literal, fué la base del sensualismo. Aristóteles, sin embargo, no era sensualista; huyó de este defecto, considerando el entendimiento como un sentido general y dando á la frase que hemos citado una interpretacion en que se consideraba mas bien el orden, en el tiempo de las sensaciones y de las ideas que una verdadera generacion.

Con esta misma máxima, el filósofo estagirita establecia ya algo real; por lo ménos lo que nó enseñan los sentidos; fundando así el conocimiento de la naturaleza en la experiencia, por la cual adquirimos las ideas

de infinito y finito, de espacio y de tiempo, la causa y efecto, pasando siempre del conocimiento inmediato, que nos enseña lo particular, al mediato que, por medio del raciocinio, nos enseña lo universal.

El movimiento, dice este filósofo, es eterno, sin principio ni fin; está producido por una causa eficiente, que debe residir en un sér vivo y eterno; el movimiento, como todo en el mundo, tiene un fin que no puede ser más que el bien. De este modo Aristóteles llega á la teología por la física, y adquiere la concepcion de Dios observando el mundo en su materia, su forma, su movimiento y la causa que lo produce.

El mundo está constituido por la materia; ¿pero qué es la materia? Una sustancia virtual, que existe desde la eternidad, que no tiene por sí misma ninguna cualidad distinta, que necesita un principio *formador* que la diferencie en los séres y en los objetos individuales, y que la imprima un fin.

El movimiento es el principio que une la materia y la forma, principio tambien de distincion; es el poder en accion, y por tanto eterno como la materia. El movimiento exige además un primer motor, que es Dios.

Pero este Dios no es para Aristóteles, en realidad, más que la razon del universo, de inteligencia infinita, cuya accion no descien-

de á las causas particulares y á las relaciones individuales.

Dios es, pues, el principio del movimiento; pero en todo movimiento hay que distinguir tres cosas: lo que se mueve, la fuerza motriz, y el principio ó motor inmóvil, causa del movimiento. Lo que se mueve es el mundo; el principio inmóvil ó causa primera es Dios; y las fuerzas motrices son el *primer cielo*, intermedio entre Dios y el mundo. La causa final de este movimiento es el mismo Dios.

Para comprender bien el Dios de Aristóteles es preciso tener presente que, subordinado todo en el mundo á una serie progresiva de causas, y teniendo por objeto la filosofía el estudio de las primeras y más elevadas, necesariamente habia de admitirse una superior á todas las demas. Esta causa es Dios.

Está es en resúmen toda la parte útil de la doctrina de Aristóteles, respecto del mundo y de las relaciones entre Dios y el universo. De ella se deduce que el filósofo de Estagira, á pesar de participar de algunos errores, comunes á todos los griegos, se formó de estas relaciones entre el Sér supremo y el mundo una idea bastante exacta. Aristóteles no tuvo la grandeza de Sócrates, ni la elevacion de Platon; pero profundizó mucho más el conocimiento filosófico de los cuerpos y de la materia, y dió á su doctrina

el carácter de ciencia, que hasta entónces puede decirse era casi desconocido en los demás sistemas filosóficos.

Estableció un criterio, aunque individual; sentó los fundamentos de la lógica, y dió el mayor paso en el conocimiento de las leyes internas de la razón; distinguió las ciencias teóricas de las experimentales, y pretendió dar á estas últimas principios racionales.

Aristóteles, sin embargo, adolece de grandes errores en el conocimiento del mundo. El individualismo real, que es el fundamento de su doctrina en la parte física y experimental, le hizo olvidar las grandes leyes de relación que unen á los seres entre sí, y buscar para la explicación de los hechos una porción de causas aisladas é individuales, destruyendo la ciencia bajo este punto de vista físico. Admite en los cuerpos cualidades especiales que tienen cierta analogía con los efectos morales de simpatía y odio, y prepara con la continua distinción, y con la referencia de las propiedades aisladas al mismo cuerpo, la filosofía escolástica de que había de hacerse tan gran abuso, y los errores supersticiosos que habían de detener por mucho tiempo el progreso científico, oponiendo á la sencilla observación y al instructivo experimento las causas ocultas, las virtudes secretas, el húmedo radical y la aplicación

de una metafísica ontológica al estudio de las propiedades naturales.

Respecto del conocimiento material astronómico, Aristóteles creía que la tierra estaba en el centro del mundo: distinguió los planetas; conóció y áun observó sus eclipses; demostró que la sombra producida por la tierra en el espacio debe ser cónica, por ser el sol de mayor tamaño que nuestro globo y estar limitado por la tangentes á ambos cuerpos. Consideró la vía láctea como un meteoro, igualmente que los cometas, los cuales creyó que eran producidos por una exhalación seca y cálida que se eleva en las regiones superiores, y allí se condensa y se inflama; por último, explicaba las manchas de la luna como el reflejo de la tierra sobre la brillante superficie de nuestro satélite. No dijo claramente que los astros estuviesen animados, pero sí admitía en cada uno una inteligencia inmortal que presidía sus movimientos y su vida.

Sus observaciones sobre algunos puntos en las leyes de la naturaleza tendrán siempre gran importancia para el historiador científico: hizo al fuego imponderable, lo cual es exacto hasta hoy; y consideró el aire como pesado, demostrando y aplicando la presión atmosférica. Concibió la causa del movimiento curvilíneo y la resultante de las

fuerzas concurrentes, base hoy de la explicación del movimiento de los astros; indicó la existencia de una gran fuerza con tendencia al centro de la tierra, idea en germen de la gravitación, y demostró por hechos astronómicos, como la observación de la visibilidad de los eclipses, la redondez y tamaño de la tierra. Observaciones todas importantísimas que nos obligan á creer cuán otra hubiera sido la historia del progreso científico si sus contemporáneos y sucesores, tomando la experiencia y el análisis por bases, hubieran estudiado y tratado de comprobar la doctrina aristotélica.

Aristóteles, genio organizador, práctico y experimental, ha sido el filósofo que por más tiempo y más despóticamente ha dominado en el mundo. Sus libros se han reproducido hasta el infinito, lo mismo que los comentarios, y sus doctrinas casi han llegado hasta nuestros días.

Los cuatro elementos constitutivos del mundo, fuego, agua, aire y tierra; las cuatro cualidades, calor, frío, humedad y sequedad con sus seis combinaciones; la explicación armónica del orden natural de estos elementos para que el agua temple la sequedad de la tierra, el aire la fría cualidad del agua, y el fuego la humedad del aire; la división de los elementos en regiones, en cada una de las cuales se engendran los meteoros á cau-

sa de las exhalaciones secas y cálidas, ó húmedas y frias; los cielos de los planetas; toda la ciencia aristotélica, en una palabra, es la que ha dominado en Europa resistiéndose á todo progreso y á toda innovación, buscando en sí misma razones para admitir lo nuevo cuando era evidente, como comprendido en su doctrina.

XI.

ESTOICISMO.

Creencias de los estoicos. — Su moral. — Zenón.

Las tres lumbreras de la filosofía griega, Sócrates, Platon y Aristóteles, habían recorrido por completo el campo en que debían ventilarse los grandes problemas dentro de aquella civilización. Sócrates había dado el fundamento posible á la moral, llegando en sus máximas adonde no llegó ningun otro filósofo; Platon, en su idealismo, abrazó todo lo más selecto de sus predecesores y dió toda la extensión posible á la idea del bien; Aristóteles fué enciclopédico y formó el código de la filosofía aplicada. No era posible á los griegos ir más allá.

Para progresar era necesario una nueva base de más sólido cimiento: el edificio griego estaba terminado: la ciencia se estrellaba ya en el *non plus ultra* de su progreso: como el mar, había tenido su poderoso oleaje y

venía á morir pobremente donde Dios había escrito: De ahí no pasarás. Por esto los filósofos subsiguientes á Aristóteles marcan una época de gran decadencia: sus doctrinas son una degradación; sus sistemas se reducen á tres: el estoicismo, que es el desprecio del mundo y del hombre; el epicureísmo, que es el deificación del egoísmo brutal, y el escepticismo, que es la degradación y el abandono del entendimiento.

Ya hemos visto que los gérmenes de estas doctrinas se encontraban hacia tiempo en la filosofía griega; pero había ahogado su desarrollo el constante progreso: cuando éste cesase, cuando no pudo irse más allá por haber terminado su misión, la ciencia griega, los filósofos, que no siguieron la doctrina de tan grandes maestros, tuvieron que retroceder á una de las tres sectas que hemos citado. La ciencia, como los astros, está siempre en movimiento progresivo ó retrógrado; es imposible comprender su completa paralización ni por un momento.

Algunos consideran la doctrina del Pórtico como una protesta de la más severo virtud contra la corrupción de costumbres, como primer anuncio de una reforma que había de llevar á cabo el cristianismo. Nosotros no somos de ese parecer. Los estoicos buscaron ciertamente ante todo un criterio moral y tributaron gran respeto á la virtud;

pero ¿qué filósofo no había hecho lo mismo? ¿Ni quién se hubiera atrevido á defender el vicio como vicio y el crimen como crimen? La diferencia estaba solamente en lo que cada secta ó cada filósofo entendía por moral ó por virtud.

Los estoicos, llamados así porque solían reunirse para discutir en el Pórtico ó *Stoa*, fueron en realidad pantheístas: Dios, la virtud y la naturaleza eran para ellos una misma cosa. El mundo es Dios y materia: Dios es la materia total, la unidad total de los cuerpos y de los objetos. La realidad existe en la materia, lo mismo que la causa, la esencia y la cualidad; y al reducir lo incorpóreo al vacío, al espacio y al tiempo, hacían corpórea el alma y hasta la virtud y el vicio; de modo que la materia viene á ser la razón de la esencia y de la cualidad en los cuerpos. La materia es pasiva: Dios es su influencia activa, su principio animico y causal. Así es que demostraban la existencia de Dios diciendo: el vacío no existe; luego todos los cuerpos son uno sólo: este cuerpo está animado; su alma es Dios. Es, pues, Dios respecto del mundo la fuerza motriz de la materia, su espíritu racional, el éter ó fuego aráctico que le vivifica.

Dios formó el mundo; pero le formó de sí mismo, ordenando y distribuyendo la materia; de modo que la vida del mundo es el

desarrollo de la vida divina: Dios es como la semilla de las cosas; semilla de donde germina el mundo, siguiendo leyes necesarias.

La fuerza productora del mundo es el fuego divino, el cual produce la generacion con arreglo á leyes inmutables; por este fuego empezó todo, y por él terminará. Hay un encadenamiento constante en el mundo: la planta sirve al animal, el animal al hombre; el hombre no tiene más mision que imitar á los dioses, así como éstos deben imitar al Dios único. La tierra será consumida por el fuego y dará entúnces nacimiento á otro mundo.

Los estoicos admitían la evidencia de los sentidos, si bien con ciertas condiciones, y demostraban fácilmente la imposibilidad de la duda eleática, haciendo ver que, á pesar de esta creencia, todos los hombres se decidían siempre por algo. Pero no tenían más criterio de moral que la imitacion de la naturaleza, por cuya causa solían citar como preceptos los actos y la conducta de los niños.

Tal es en resumen la doctrina de Zenon (264), jefe y fundador de la secta estoica, pensador profundo, dedicado á la filosofía despues de una gran pérdida en sus intereses como comerciante, doctrina que conservaron sus sucesores Cleanto y Crisipo.

Todos ellos admitieron los cuatro elementos sujetos á leyes constantes, cuyo objeto era la generacion continua. Supusieron que el sol, la luna y las estrellas, siendo un principio igneo, eran dioses; que el aire, la tierra y el agua, procediendo del fuego, eran tambien dioses, y hallaban la razon de los fenómenos físicos en la continua accion de ese fuego, que obraba sobre la materia.

El estoicismo tuvo escasa ó ninguna influencia como doctrina científica, porque volviendo á algunos problemas antiguos, olvidados despues de Sócrates, rechazó el progreso; pero adquirió una gran fama como doctrina moral, siendo practicado por sus adeptos el desprecio de todo lo externo, y principalmente del dolor, con una fe y una constancia admirables. Pero al mismo tiempo que Posidonio declaraba en medio de agudos dolores que jamás confesaría, por más que le atormentasen, que el dolor era un mal, Dionisio de Heráclea, otro estoico, decía: «No puedo aguantar el dolor á pesar de la filosofía; luego el dolor es malo.»

El estoicismo, en medio de sus errores y de aquel desprecio humillante, que era su carácter distintivo, conservó algunas costumbres puras y fué, bajo el punto de vista del dominio del alma sobre el cuerpo, la doctrina más perfecta ántes del cristianismo: Ninguna otra secta se impuso tan rígidos

deberes, ni supo demostrar hasta qué punto puede vencer una voluntad enérgica las contrariedades del mundo: nadie había pensado en negar rotundamente, como hacían los estoicos, la existencia del mal y del dolor.

Esta negación sólo puede comprenderse suponiendo que los estoicos buscaban la razón de la virtud y la causa de la necesidad de obrar bien, porque en la moral griega la voluntad humana no tenía razón suficiente para preferir la virtud al vicio, por lo ménos en cuanto el vicio no se presentase como inmediatamente perjudicial: los estoicos reemplazaron esta causa de la virtud negando el mal y el dolor; es decir, en vez de dar fuerza y autoridad al principio moral que debía impulsar al bien, y vencer los obstáculos que á ello se opusieran, quitaron éstos, negando su existencia.

XII.

EPICUREISMO.

Doctrina de Epicuro. — Sensualismo. — Movimiento de los átomos. — El dios de los epicureos.

Contra esta doctrina tan pobre considerada moralmente y que tan admirables ejemplos de fuerza de voluntad dió á los demás filósofos, se levantó la doctrina de

Epicuro (337-270), que era la glorificación del sensualismo.

Ambos sistemas son propios de una época de decadencia rápida de la filosofía; son la consecuencia necesaria de doctrinas que no han podido hallar la verdad; la protesta que á razón hace contra los inútiles esfuerzos de una filosofía ineficaz; el desprecio de esa filosofía. Este desprecio toma tres formas: el orgullo personal, que es el estoicismo; el egoísmo, que es la doctrina de Epicuro; ó el escepticismo, que es el último termino de ambos sistemas.

La filosofía griega había realizado su escasa misión, estaba en la vejez, y por eso, dice un célebre filósofo, el estoicismo y el epicureísmo representan en el desarrollo de la filosofía griega ese período de la vejez en que el hombre cae de nuevo en la infancia y vuelve á la caprichosa voluntariedad y á los placeres materiales, aunque aprovechándose de los consejos de la experiencia. El niño que se hace daño por satisfacer su capricho, niega el daño, contiene las lágrimas como el estoico, y busca el placer como el sensualista sin ver las consecuencias.

Mas este sensualismo toma en la escuela de Epicuro el carácter repugnante de la vejez libertina. Aristipo buscaba el placer con la fogosidad del jóven. Epicuro le busca con la meditación y la experiencia, le calcula, l

modera á veces para que la vida, que no tiene otro objeto, se prolongue lo más posible; y convierte el mundo y la Naturaleza en talleres del placer humano; y hace de la física una ciencia que tranquilice al hombre respecto de los temores que pueden inspirarle los fenómenos naturales.

El sensualismo de Epicuro, aplicado á las ciencias, debía dar necesariamente el materialismo; por eso siguió la doctrina del atomismo ideada por Demócrito, pero modificada algun tanto, suponiendo en los átomos un movimiento propio de desviación de la perpendicular que los atraía mutuamente, formándose así los cuerpos. La existencia de estos átomos es hipotética para el mismo Epicuro, porque los átomos no causan en nosotros sensación alguna; sus leyes se reducen al movimiento que hemos dicho, y por tanto la ley suprema del mundo material es la casualidad; es decir, la ausencia de toda ley, por más que algunos hayan querido explicar esta casualidad como el concurso de las acciones moleculares de los átomos entre sí.

Los átomos son el principio de todas las cosas; su concurso forma el universo, el alma humana y la naturaleza de los dioses. Hay infinitos mundos; y podrá haber más ó menos; eso depende de la casualidad que mueva sus átomos. El alma humana es material,

compuesta de átomos ígneos y redondos; los dioses son también materiales, pero no sienten necesidad alguna.

Los epicúreos admitían la evidencia en los sentidos, y condenaban la duda eleática; pero incurrian en el error de considerarlos como criterio de verdad. Este principio, exagerado y aplicado á la moral, fué el que dió carácter á su secta. Refiriendo el placer y el dolor á los sentidos, buscaban el primero y huían del segundo.

Epicuro rompe por completo todo vínculo entre Dios, el mundo y el hombre; hace del primero y del último uno seres despreciables, y del mundo un efecto de la ciega casualidad. No hay en ésta, como en ciertas doctrinas materialistas, fuerzas ó propiedades necesarias en la materia; no hay leyes en la naturaleza; no hay siquiera, como habían creído otros filósofos griegos, un espíritu que anima el mundo y le dirige y conserva.

Dios ó los dioses ni han creado el universo, ni le han dado leyes, ni se acuerdan de él. En la disputa con Balbo, en que tan bien retratado está Epicuro, le dice: «Un dios no hace nada más que gozar; es un dios feliz; pero vuestro Dios está oprimido de trabajos; porque si creéis que Dios sea el mundo, como está girando siempre alrededor del eje del cielo con mucha rapidez no tiene un

solo instante de sosiego; y sin quietud no hay felicidad. Y si quereis que haya un dios que gobierne el mundo; que presida el curso de los astros y de las estaciones; que lo arregle y disponga todo, que tenga los ojos puestos en la tierra y en los mares; que cuide de la vida de los hombres y acuda á sus necesidades, tiene en verdad muy enojosa y pesada carga. Para ser feliz es preciso tener la imaginacion tranquila y no pensar en nada. Por otra parte, si vuestro Dios es un señor eterno, hay que estarle teniendo miedo de noche y de día. ¿Cómo no temer á un Dios que lo prevé todo, que piensa en todo, que lo mira todo, que cree que todo es suyo, que se quiere meter en todo? »

Con estas frases queda juzgado Epicuro por si mismo; y para conocer toda la miseria de su doctrina no hay necesidad de saber que su moral se reducía « á no conocer más que la felicidad que consiste en beber y en comer, en la armonía de las músicas que agradan el oído y en los placeres carnales. »

Los estoicos y los epicúreos acabaron, puede decirse, son la filosofía griega; de tras de ellos no quedó más que el escepticismo, que empezó á presentarse como doctrina con Arcesilao, y terminó con Sexto Empírico, recorriendo en este tiempo todas las formas posibles, desde el doctrinarismo práctico hasta el dogmatismo. Pero este escepticismo

no era ya el de algunos filósofos ó de algunas sectas; era el escepticismo del pueblo, del indiferentismo hácia una filosofía que no habia podido satisfacer la sed de verdades fundamentales que devoraba á aquella sociedad.

Nada debemos decir sobre este escepticismo, porque, como doctrina negativa, no dió un paso en el conocimiento del mundo.

XIII.

ROMA.

Digamos algunas palabras sobre la otra nacion que dividió con Grecia la admiracion del mundo en los tiempos cercanos al cristianismo.

Roma no tuvo filosofía propia: en la República y en el Imperio dominó la declamacion sobre la profundidad, la política y la retórica, sobre la filosofía. Los romanos creian inútil y perjudicial toda discusion metafísica: así lo demostraron los censores Enobarbo y Craso, publicando un edicto contra las escuelas de retórica, « porque la juventud iba allí á estar ociosa; » así lo demostraron también los destierros de muchos filósofos griegos.

Las creencias romanas se resentieron siempre de la religion del patriotismo; del

carácter de positivismo de un pueblo que empezó por el pillaje y siguió engrandeciéndose sólo por la conquista, á la cual sacrificaba como adorno y como accesorio la filosofía y la ciencia.

Por esta razón en Roma no hubo un verdadero filósofo: los dioses y el culto, la religión y la filosofía fueron importadas de Grecia ó de Egipto. Lucrecio, á quien algunos llaman pomposamente filósofo, no hizo más que copiar á Epicuro, exponiendo su doctrina y elogiando su descaro; Hora, cío fué también epicúreo; Ovidio materialista; Tito Livio en sus diálogos no pasa de un conocimiento muy comun de los sistemas griegos. Y téngase en cuenta que á un estos mismos que citamos trataron de la filosofía incidentalmente en sus versos ó en sus obras retóricas ó históricas.

Únicamente debemos hacer una excepción en favor de Ciceron, que era naturalmente filósofo por su amor á la sabiduría, por su buen criterio, y por la afición que siempre manifestó á las cuestiones morales y religiosas. No puede decirse que Ciceron tuviera su sistema propio de filosofía; pero expuso con notable claridad las doctrinas griegas, refutó los absurdos de los estoicos, escépticos y epicúreos con gran elevación de ideas, y discutió en la moral con profunda penetración.

Tampoco hubo en Roma verdadera ciencia: si hemos de juzgar por lo que Quintiliano nos dice acerca de la educación, los jóvenes romanos dedicaban los años de estudio al conocimiento de la gramática, de la elocuencia y de la legislación, sin recibir ni una sola idea científica. Roma no dejó, pues, nada absolutamente que merezca citarse en el estudio que vamos haciendo. La astronomía de Ciceron y sus creencias acerca de la existencia de Dios y de sus relaciones con el universo sólo son notables por el juicioso criterio que preside en todas ellas.

XIV.

RESUMEN DE LA FILOSOFÍA GRIEGA

Hemos expuesto uno por uno los principales sistemas filosóficos de la Grecia, y los hemos juzgado ligeramente refiriéndonos á la persona de su autor y á las circunstancias en que vivió. Fáltanos ahora considerar en conjunto todos estos sistemas, y examinar detenidamente el desarrollo y las consecuencias de aquella filosofía, cuya decadencia empezó en el momento en que perfeccionó su método; porque éste no había de servir más que para demostrar su impotencia.

La escuela jónica partió, como era natu-

ral, como debía hacerlo una filosofía primitiva, de la observación material del universo; hizo de Dios un elemento físico, y consiguió á lo más diferenciar el espíritu de la materia. La escuela itálica descubrió en la materia la ley de armonía y proporción; la eleática separó el espíritu de la materia, llegando á hacerlos contradictorios. A éstos pueden reducirse los primeros pasos de la filosofía griega antes de Sócrates. Después vino el idealismo de Platón y la tendencia conciliadora de Aristóteles. Todos estos sistemas desaparecieron ante la rápida y lógica extensión del epicureísmo y del escepticismo.

La filosofía, pues, marchó desde el dios material al principio etéreo y al primer motor; desde la confusión, no identidad, de Dios y el universo, al dios soplo, fuego ó espíritu, y al dios como principio animado de la vida material; rozándose con un panteísmo, no absorbente como el de la India, pero sí más próximo al materialismo, y sembrando máximas que, reunidas más adelante, habían de ser la negación de toda la filosofía.

La primera época de la filosofía griega estuvo fundada en la contradicción entre Dios y el universo, sin que hubiera término hábil entre los dos de esta contradicción: ó el universo era Dios ó un conjunto de dioses, ó Dios y el universo eran incompatibles.

La filosofía de Platón y de Aristóteles dió en este punto un gran paso; por medio del estudio de las causas llegó á la primera. Pero el Dios-idea de Platón no tenía personalidad; y en cuanto á Aristóteles, ascendiendo hasta el primer ser por este medio, encontró sólo el primer motor, la primera causa; pero un motor mecánico, pero no el verdadero Dios, el Dios creador, inteligencia perfecta, bondad suma, providencia universal.

Este Dios, unido al mundo como el Creador y la criatura, como la causa y el efecto, fué completamente desconocido á los filósofos griegos. La eternidad de la materia que admitían todos no les permitía llegar más que á un Dios formador y ordenador del universo, pero con sujeción á unas modificaciones casuales ó fatales de la materia. Así, para progresar el conocimiento material del mundo, tuvo que divorciarse la física de la filosofía; de tal modo que los filósofos, en vez de subordinarlo todo, como hizo la escuela jónica, á un principio filosófico universal, seguían su propio sistema y admitían el atomismo. ¿Y qué era el atomismo, que adquirió tanta importancia y consiguió penetrar en todas las doctrinas por opuestas que fuesen? El atomismo era la declaración explícita de que las leyes naturales residían innata y esencialmente en la materia; la re-

belion contra todo sistema que quisiera buscar fuera de los cuerpos el principio de sus leyes; era, en fin, la consecuencia necesaria de la eternidad de la materia, sobre la cual no tenía Dios en realidad influencia alguna.

Admitida la eternidad de la materia con sus leyes propias y fatales, y considerando al hombre como compuesto de átomos más ó ménos ligeros, quedaba roto todo vínculo entre Dios, el universo y el hombre; se podía prescindir por completo de Dios, y se podía negar todo lo que no fuese el movimiento, que se presenta evidente á nuestros sentidos. He aquí, pues, á lo que en el fondo quedó reducido todo, aún en la misma doctrina aristotélica: al movimiento.

Pero, si las trabas de una filosofía inductiva y exclusivista contuvieron en la primera época el desarrollo de las ciencias exactas, no ménos le detuvo despues el atomismo, muy propio aún en la ciencia moderna para la explicacion de las propiedades de los cuerpos en cuanto éstos se consideren solamente como suma de moléculas, pero incapaz para dejar concebir al ánimo las grandes leyes, las grandes relaciones de esos inmensos astros que pueblan el espacio y giran con tan acordes y complicados movimientos. La doctrina científica de los últimos filósofos tiene bajo este punto de vista

toda la pequeñez, toda la miseria del átomo. El panteísmo, el misticismo, la secta jónica comprendían siquiera al universo en su conjunto igualándole ó confundiéndole con Dios; la filosofía atomística no veía más que moléculas reunidas al acaso, cuerpos aislados, cuyas propiedades eran individuales y se referían exclusivamente al mismo cuerpo. No existía, pues, ni aún la física; no había cosmología; porque del mismo modo que una porcion de átomos aislados sin vínculo ó ley alguna no pueden constituir por sí solos un cuerpo, una porcion de observaciones aisladas no pueden tampoco constituir un cuerpo de doctrina. Las propiedades atómicas que terminaban en el mismo átomo; las propiedades particulares de los cuerpos, contradictorias muchas veces, no podían servir para constituir un mundo ordenado sabiamente. Esta especie de formacion intelectual del mundo, que nosotros podemos hacer hoy, pasando desde la molécula indivisible hasta la concepcion del universo, era imposible á los griegos.

El átomo, considerado ideológicamente, no suministra á la inteligencia más idea que la del número, de la magnitud, igual, uniforme, inanimada; del número sin la significacion armónica que le dió Pitágoras, y sin la idea que envuelve en las matemáticas modernas la funcion, como ley de genera-

cion de los números. Y no es ciertamente sólo el número lo más propio para formarse idea de la magnificencia del universo.

Los atomistas no podían ver en el cielo, en el sol, en la luz, en el alma, más que un inmenso número de átomos; y como nada veían ni sentían más allá, el universo perdía ante esta prosáica magnitud toda su grandezza; del mismo modo que el Océano perdía su magnificencia para áquel que, contemplándole, decía: Esto es mucha agua.

La filosofía griega, según hemos visto, había concluido por declararse ineficaz para descubrir las verdades que el mundo necesitaba para progresar; el escepticismo, como doctrina práctica, extendida, no ya á las escuelas, sino al pueblo entero, y, como dogmatismo, más lógico que los demás sistemas, había demostrado de un modo irrefutable que tantos siglos de libre discusión no habían adquirido el criterio de certidumbre, ni siquiera la noción de las relaciones generales que unen á Dios con el mundo y con el hombre. Ahora bien, negar á una filosofía este criterio es minarla por su base: así había hecho de la filosofía griega aquel cuerpo agonizante que dejaba al mundo como única herencia un hijo ingrato, pero lógico: el indiferentismo, es decir, la nada.

Tal vez algunos rechacen el derecho con que el dogmatismo esceptico combatía el

dogmatismo de escuela; pero repetimos lo que hemos dicho: el escepticismo era lógico en el orden de las ideas; la negación empleaba para pelear las mismas armas que se empleaban para establecer la afirmación. Insistimos en este punto porque estamos acostumbrados á oír elogios entusiastas de las doctrinas de Sócrates, Platon y Aristóteles, y censuras terribles é injustas, bajo el punto de vista filosófico, del escepticismo griego. Nosotros elogiamos las máximas morales socráticas y platónicas que aparecieron en Grecia como un débil crepúsculo del cristianismo; las elogiamos, no sólo por su mérito absoluto, sino porque se presentaron como estrellas en medio de un cielo nebuloso; censuramos con toda acritud el escepticismo; pero no podemos dejar de conocer que aquellas máximas de un valor puramente personal, aisladas, en oposición muchas veces con la vida práctica de los filósofos, negadas públicamente ante el grosero culto de los dioses, no tenían razón filosófica y sistemática de existencia: así, en vez de ejercer una influencia viva, duraron lo que sus autores, al paso que subsistió el método socrático, porque fué un verdadero progreso.

Bajo este mismo punto de vista, si se nos preguntase cuál fué la doctrina más grande entre los griegos, y cual fué la más lógica,

responderíamos sin titubear: la más grande el estoicismo; la más lógica el escepticismo.

Los estoicos profesaban un culto fanático á la virtud. ¿Pero cuál era en Grecia la razón de este culto? Ninguna; la misma moral de Sócrates no daba un fundamento estable para la virtud. Mas para obrar bien es preciso tener una de dos razones: ó la severidad y la conciencia del deber que nos impulsan hasta el sacrificio, ó la facilidad de obrar: faltando lo primero, los estoicos afirmaron lo segundo, y allanaron el camino de los que creían el bien negando la existencia de los obstáculos del mal y del dolor.

El escepticismo y el estoicismo son un mismo sistema, una misma cosa en diversos terrenos, dos aplicaciones del mismo principio: los escépticos buscaron en la esfera intelectual lo que los estoicos en la esfera moral; la razón de las cosas, el criterio de la certidumbre: hallaron la multiplicidad de sistemas exclusivos y contradictorios; dedujeron de aquí la carencia de certidumbre y dijeron: todo es falso. Por esta razón no podemos considerar el escepticismo griego como una degeneración de ciertos hombres, sino como el término natural de una filosofía impotente. El primer objeto de todo sistema filosófico debe ser hallar la relación entre Dios, el mundo y el hombre, enunciar esa inmensa ley de armonía sin

la cual la creación sería un caos y la existencia un absurdo; pero precisamente esta relación fué el escollo en que se estrelló toda la filosofía griega.

El misticismo absorbente del Oriente, haciendo el universo una sola cosa con Dios, pudo prescindir de esta relación, ó presentarla bajo la forma de una serie de emanaciones, que en cierto estado de la filosofía puede reemplazar á la creación; pero los griegos, separando á Dios del universo, admitiendo la existencia contradictoria y eterna de Dios y de la materia, no pudieron conocer á Dios, ni conocer el universo. Por otra parte, las relaciones entre Dios y el hombre se conciben mejor considerando á éste como una emanación de aquél, que haciéndole parte integrante del universo y suponiendo su alma compuesta de elementos puramente físicos.

Hé aquí por qué era lógico Sexto Empírico, que fué el escéptico más incansable, al admitir sólo los conocimientos necesarios para la vida práctica; al rechazar aquella filosofía como serie de teorías que se extrañaban del sentido común y de la experiencia, y como serie de investigaciones inútiles y capciosas; y al decir que usaba su filosofía como la medicina, para curar al hombre del mal de dogmatismo.

El escepticismo no es, pues, sólo una ne-

gacion; es la afirmacion explícita de la imposibilidad de la filosofía griega; no dijo nada nuevo, no hizo más que emplear uno contra otro todos los argumentos contradictorios de los filósofos anteriores. Se trataba, por ejemplo, de negar la existencia de Dios, y decía: « Dios no puede ser infinito, porque lo infinito es inmóvil, lo inmóvil inanimado; mas tampoco puede ser finito, porque entonces no sería causa de lo infinito. Dios no puede ser corpóreo, porque lo corpóreo es perecedero por ser compuesto; ni incorpóreo, porque sería simple, y lo simple no es más que un elemento particular. Dios, en fin, no puede existir, porque si existiera realmente sería sabio y virtuoso, tendría prudencia, valor, etc., y estas cualidades no deben existir cuando no hay deseos, ni pasiones, ni obstáculos, ni temores, como no debe haberlos para Dios. Si Dios cuida de todo en el mundo, no puede ser bueno ni todopoderoso, puesto que hay males y no lo impide; si no cuida de todo, no es Dios; luego en ningún caso hay Dios. »

Ante argumentos de este género, ridiculos tal vez hoy, pero cuya fuerza é importancia en aquella época hemos hecho ya notar, tenía que ceder una filosofía que no podía emplear otras razones para contestarlos; una filosofía bajo cuyos aparentes silogismos se ocultaba siempre la razon supre-

ma de los escépticos, la contradicción entre lo infinito y lo finito.

Consecuencia necesaria de esta contradicción, era una teología absurda, una antropología miserable, una cosmología incompleta, y por tanto, una moral sin base, porque desconocía la misión del hombre; una filosofía, en fin, en que, si había muchos errores, había más ignorancia. El error suele ser una verdad incompleta: hay errores científicos que han producido inmensas bienes á la ciencia; la ignorancia absoluta no puede producir nada. Y los griegos lo que tenían era ceguera, ignorancia: caminaban completamente á oscuras, sin poder encontrar un camino bueno ó malo, recto ó equivocado, verdadero ó falso.

En el seno de esta ignorancia se preguntaban: ¿ qué harémos de Dios? Y unos hacían la idea eterna como Platon, y otros el sér feliz, sin misión alguna más que gozar, como Epicuro. ¿ Qué harémos del alma? Y unos la aniquilaban á la muerte, y otros la hacían pasar á los astros ó á los animales. ¿ Qué harémos de la virtud? Y unos hacían el placer, y otros el valor y la insensibilidad. « Preguntas ociosas, respuestas imposibles, » como decía Sexto Empírico. « Cuestiones que están para nosotros ocultas y cubiertas de espesas tinieblas: porque nuestro espíritu no puedé subir al cielo, ni penetrar en la

tierra, ni descubrir cuáles el verdadero Dios entre tantos y tan diversos como presentan los filósofos, » según dice Cicerón.

Y no se nos diga que la conciencia, la evidencia de los sentidos en ciertos casos, la simpatía, la naturaleza pudieran presentar criterio alguno de certidumbre religioso ó moral, cuando los filósofos solían empezar por negar todo lo que no fuese la base de su sistema, de tal manera que del conjunto general de la filosofía resultaba la negación universal; y si algo se hubiera querido sostener como cierto, habría vuelto la época de los sofistas, que eran más estériles, bajo el punto de vista del criterio, que los escépticos.

Muchos filósofos modernos juzgan aquella filosofía ciega con el criterio que tienen en nuestro siglo, como podrían juzgar un sistema filosófico enunciado en nuestros días; y suelen desfigurar la verdadera doctrina de los filósofos, dándole con libres interpretaciones un fundamento que realmente no tuvo. Porque las bases que hoy quieren establecer algunos para la moral, como la humanidad, los vínculos sociales, la simpatía, la ley, el progreso, son todas hijas del cristianismo, disfraces que, por causas que en este momento no analizamos, ha tomado el principio fecundo de moral que arranca de la doctrina evangélica. Hoy es muy fácil á cualquiera sentar como principio de sus ac-

ciones una de tantas consecuencias como fluyen natural y necesariamente de la creencia innegable é innegada ya del Dios único, creador é infinito en sus atributos que tiene todo pueblo cristiano; de las máximas que á todas horas oye desde la infancia, y que forman parte de la naturaleza moral del hombre; del juicio público universal que forma una atmósfera, cuyo aire es el que da vida á nuestra inteligencia y á nuestro corazón.

Hoy el hombre regularmente educado está muy por encima, en punto á conocimientos exactos de todos aquellos profundísimos filósofos que después de tantos años de meditación sólo llegaron á saber algunas verdades incompletas. Hoy, repetimos, se nos dan por razón de moralidad una porción de cosas, que nosotros admitimos, aunque no como última razón, y que no pudieron conocer con todos sus esfuerzos los filósofos griegos. Suprimase la idea religiosa que infunde la madre en el corazón del niño; séquense de raíz esos primeros sentimientos de cultura que el hombre no puede olvidar jamás; quitense aquellas primeras impresiones que el niño empieza á recibir en la cuna ante una civilización muy adelantada; los consejos y las máximas que se imponen con la autoridad y el cariño, y pregúntese después qué fuerza queda para esas bases de

moralidad que se establecen, y, si áun débiles y todo, pueden presentarse á ningun entendimiento por sí mismas, cuando no tiene un corazon adornado ya de creencias.

Los hombres sienten ántes que piensan, oyen á la autoridad ántes que á la razon: los pueblos aprenden más en el regazo de las madres que en las escuelas de filosofia. Ahí es donde está nuestro progreso y nuestro porvenir, adonde hay que luchar llevando la verdad, la ciencia, la despreocupacion.

La experiencia nos dice que es absolutamente necesario buscar la ley moral dentro de nosotros mismos, en la conciencia; que es preciso admitir que cualquiera que sea el juicio humano, cualquiera que sea la norma á que ajustemos nuestras acciones, cualquiera que sea la religion que se profese, hay un tribunal superior, inapelable, recto, justo, para quien nada hay oculto, á quien es imposible engañar, y cuya mirada y cuya justicia eficaz penetra en los móviles, los medios y los fines de los actos humanos. Es necesario buscar la aprobacion interna de las acciones en ese Dios que aterrizzaba á Epicuro, « que lo ve todo, que lo prevé todo y que lo mira todo. »

La idea de esta justicia está encarnada en el fondo de la sociedad moderna, y de ella no podemos prescindir, aunque la neguemos; porque entra como elemento nece-

sario en la vida social; en las costumbres, en nuestras leyes, en todo lo que nos rodea, desde la cuna al sepulcro. Los ateos prácticos, de conviccion, que ajusten sus pensamientos y sus actos al ateismo, que no tengan en su alma más que el ateismo, no existen en la sociedad moderna sino como raras individualidades y se ven arrollados por la sociedad en todas sus manifestaciones.

Sea el criterio la ley, sea la simpatía, sea la utilidad, sea la opinion; todo esto es cristiano, todo es resultado de diez y nueve siglos de progreso dentro del cristianismo, todo está vivificado por el espíritu del Mártir del Gólgota.

Así es que, cuando la mas pura moral de los griegos queria establecer la regla de las acciones sobre la misma humanidad, no tenia más razon que acudir á las costumbres de los animales. De este modo creían dignificar al hombre, comparándole con un sér irracional, y dando por razon de su actos libres é inteligentes los actos del instinto de una bestia.

Como consecuencia de lo que acabamos de decir, concluyamos este ligero resúmen de la filosofia griega explicando á nuestro modo un hecho que suele ser admirado.

Los filósofos griegos no tenían en su alma nada más que las ideas que predicaban,

y por eso las practicaban en todos los actos de su vida, sin reserva alguna por extrañas que fuesen. Los filósofos modernos no suelen practicar lo que sostienen de palabra ó por escrito: es cosa frecuente en nuestros tiempos ver que los que sientan en sus obras doctrinas extrañas ó absurdas, no sólo no las cumplen, sino que suelen ser personalmente débiles para realizarlas, y son los que más siguen en la práctica la costumbre general. Esto consiste en que los filósofos modernos tienen dentro de sí una cosa que es más fuerte, más inolvidable que la doctrina fundada en un sofisma ó en un esfuerzo intelectual. Pirron era fatalista, y no retrocedía ante un carro ó un abismo; Diógenes, que despreciaba el mundo, vivía en su tonel; Sócrates, que condenaba la ira, se dejaba pegar de su mujer. Los fatalistas modernos cuidan de su persona y de sus bienes, y elogian las grandes acciones; los materialistas piensan en la inmortalidad; los espiritistas obran como los demás humanos, sin consultar á sus espíritus. Los partidarios de todas las sectas, desde los corporistas hasta los neo-católicos, viven como vivimos todos. Y es que el cristianismo no es una palabra vana: es una influencia activa y eficaz, que ha modificado las costumbres; y sus máximas, su eficacia no se borran del corazón, ni de la sociedad, con un

silogismo ó con un delirio que no reconoce algunas veces más origen que el deseo de singularizarse; es que hay un progreso real, incontestable, invencible, y en el corazón del ciudadano moderno la convicción profunda de que es una insensatez luchar contra él sin caer, no sólo en el ridículo, sino en la imposibilidad de la vida social.

CAPÍTULO III.

CIENCIA INDEPENDIENTE DE LA FILOSOFÍA

Efectos de la doctrina aristotélica — Aristilo y Timocáris. — Arato. — Aristarco. — Eratóstenes. — Arquímedes. — Hiparco. — Tolomeo.

Nada, puede decirse, habían adelantado en ciencias los filósofos buscando el criterio de certidumbre y la razón de las cosas; y mientras se dividían de este modo en infinidad de sectas estériles, reflejando en sus doctrinas, especialmente en la parte moral, los grandes hechos históricos que venían sucediéndose y que variaron la faz del mundo político, la observación, base primera de la ciencia, empezaba á ser para algunos hombres ilustres el único germen del conocimiento. Podríamos aquí examinar qué influencia ejercieron en el progreso, en la doctrina y en la ciencia las vicisitudes de la libertad en Grecia, la legislación, las guerras y las conquistas. así como el imperio de Alejandro; pero esto nos alejaría de nuestro propósito, que es solamente seguir el desarrollo de las ideas científicas: más adelante harémos sobre este punto y á grandes rasgos algunas reflexiones.

Aristóteles, juzgado con excesiva pasión cuando, según la frase de sus adversarios, dejó de tiranizar el mundo, y cuando la ciencia moderna tuvo fuerza suficiente para provocar una gran reacción en contra suya, fué indudablemente el creador de las ciencias, no sólo estableciendo las bases del organismo de los conocimientos, sino enseñando hasta el estilo, que ántes había venido fluctuando entre la arenga, la conversación, el diálogo, y que Aristóteles fijó para siempre. Nadie ha expresado tan exactamente la obra de Aristóteles como Rafael en el cuadro de las Escuelas griegas, representando á Platon señalando el cielo y al filósofo de Estagira mirando profundamente y señalando la tierra como objeto de la investigación y fuente de todas las indagaciones y descubrimientos científicos.

El espíritu, pues, de Aristóteles, la experiencia erigida en sistema, la mirada profunda dirigida no ya á verdaderos entes de razón y á sutilezas, que no solían tener más fundamento que la extravagancia, sino al estudio de las leyes del mundo, empezando por el planeta que habitamos, hizo progresar rápidamente la ciencia, y produjo aquellos astrónomos y matemáticos de la época alejandrina, que son considerados hoy como genios, y cuyo nombre se oye en el estudio de todas las ciencias.

Aristilo y Timocáris (290), que pasan por los primeros astrónomos de la escuela de Alejandría, observaron las estrellas fijas y las emplearon para determinar el camino trazado por los planetas, bien así como el viajero marca su camino con los pueblos por donde pasa.

Arato (290), aprovechando estas observaciones, compuso un poema astronómico, que, como todos los ensayos hechos desde entonces hasta ahora para aplicar la poesía á las ciencias exactas, es simplemente una narración monótona y acompasada de verdades mal expresadas, y por tanto, un trabajo inútil á la ciencia. Si de este poema se separa la parte fabulosa, explicacion de creencias mitológicas, y la parte astrológica y supersticiosa, apenas quedan unas cuantas líneas, que reproducen las observaciones conocidas hacia mucho tiempo.

Aristarco de Sámos (280) aplicó el cálculo á la medición de las distancias del sol y la luna, dando idea de la paralaje y corrigiendo los errores de Pitágoras, si bien conviniendo con este filósofo en el movimiento de los planetas; por lo cual le acusaron sus contemporáneos de haber turbado el reposo de los dioses. Euclides, el sabio geómetra, aplicó sus conocimientos en esta ciencia al estudio de las posiciones de la esfera y de los fenómenos que de ella re-

sultaban. Eratóstenes puso nombre á algunas estrellas, determinó con exactitud las latitudes de varios puntos, aplicó la observacion de los solsticios para medir un arco de meridiano y deducir de aquí la extension de este círculo; primer ensayo matemático de la medicion de la tierra.

Arquimedes (287-212), genio teórico y práctico, sintético y analítico, observador profundo, calculador incansable, resumió todos los conocimientos de las propiedades naturales, aplicó las matemáticas á la fisica y puede decirse que creó esta ciencia.

Concibió las leyes de las progresiones y de las máquinas simples con tal generalidad, que se proponía calcular el número de granos de arena que cabían en la esfera; y pronunció aquella célebre frase, hija de la convicción físico-matemática: « Si me dan el punto de apoyo para mi palanca, conmovaré el mundo de su asiento. »

La mecánica en general, y la hidrostática, le deben grandes descubrimientos, en los cuales puede encontrarse el germen de las leyes que inmortalizaron á Newton. Apreció también la velocidad relativa de los planetas, y construyó una esfera de movimiento muy útil para las observaciones.

Todos estos trabajos y estos descubrimientos aislados, así como otros muchos en ciencias y artes auxiliares, descubrimientos

exclusivamente científicos y que, ajenos á las interminables cuestiones filosóficas, se admitían como evidentes, permitieron á Hiparco constituir un cuerpo de ciencia de observación; primer ensayo en la escuela de Alejandria de la ciencia astronómica. Sin embargo, Hiparco, que, comparando todos los fenómenos observados, halló algunas de las leyes de relación que los unían, no llegó á dar idea del sistema general del universo.

Mucho se ha discutido sobre el mérito de Hiparco, negándole unos que fuera más que un compilador, y haciéndole otros, como Delambre, un genio extraordinario é inspirado.

Hiparco fué ante todo un hombre de clarísimo criterio: estudió cuanto se había hecho antes de él en astronomía, rechazó todo lo fabuloso y arbitrario, y consiguió reunir lo más selecto de las observaciones de muchos siglos. Sometiendo estos hechos á su propio estudio, comprobó gran número de verdades y pudo descubrir otras, que harán eterna su fama. La oblicuidad de la eclíptica, la precesion de los equinoccios, la determinación y catálogo de las estrellas son progresos que la astronomía debe á Hiparco.

La gloria de concebir una idea general del universo estaba reservada al gran Claudio Tolomeo, que después de catorce años

de estudios incesantes, guiado por una profunda observación, construyó con los materiales que le dejaron sus antepasados el edificio del mundo, tal como entónces podía concebirse. Tolomeo colocó en el centro del mundo la tierra, rodeada de los cuatro elementos fundamentales por órden de su sutileza: tierra, agua, aire y fuego; abrazando á estos elementos, en círculos concéntricos, los cielos de los planetas, en este órden: Tierra, Luna, Mercurio, Vénus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno; después el cielo cristallino, y últimamente, envolviendo á todos, el primer móvil, llamado así porque era la causa del movimiento regular de todos, los demas. Aumentó el catálogo de estrellas desde 108 á 1020; calculó las longitudes y latitudes de gran número de ciudades, deduciéndolas astronómicamente, y explicó por medio de la física algunos efectos de óptica astronómica.

Tolomeo, comprendiendo en este sistema cuantas observaciones se habían hecho hasta entónces; colocando estos cielos á distancias tales que hiciesen posibles y explicables los fenómenos conocidos, y dando forma al mundo, hizo un inmenso bien á la astronomía, y dió el mayor paso que se ha dado en la historia de esta ciencia. El gran astrónomo se equivocó: ni la tierra está en el centro del universo, ni hay esos cielos,

ni ése el orden de los planetas, ni existen esos elementos, ni ese primer móvil, ni hay la multitud de círculos y de epiciclos que tuvo que suponer para conformar su sistema con la realidad, ni las estrellas tienen los cuatro movimientos que en ellas sospechó.

Sin embargo, Tolomeo creó la verdadera astronomía; porque el orden de la naturaleza nos es desconocido: las cosas en sí mismas pueden no ser lo que nosotros creemos; la astronomía moderna puede no estar conforme con la verdad natural; pero el verdadero progreso, la ciencia tal como nosotros los humanos debemos comprenderla, respecto de ella misma, es el orden intelectual de los fenómenos, la hipótesis que permite explicar y relacionar los hechos, la composición de lugar que hacemos de las verdades relativas para formar un plan general en que exista como verdad, si no lo absoluto, lo comparativo, si no lo real, lo que se nos presenta como tal y lo sustituye en nuestro limitado entendimiento. Esto fué precisamente lo que hizo Tolomeo; y por eso su sistema reinó en Europa más de mil años como único verdadero, hasta que vino á reemplazarle una nueva hipótesis, que permite calcular y explicar más amplia, más exactamente todos los fenómenos. Tolomeo fué el Aristóteles de la astronomía.

El *Almagesto*, resumen no sólo de los trabajos de Tolomeo, sino de toda la historia de la ciencia en la escuela alejandrina, satisfizo de tal modo á las exigencias continuas de los observadores y á las necesidades de la ciencia en aquella época, que apenas se levantó contra él una protesta, hasta que D. Alfonso el Sabio se lamentó de la confusión que introducía el complicado organismo del mundo, y previó que la obra de Dios había de ser más perfecta y más sencilla.

Todos estos astrónomos de que hemos hablado, fueron casi exclusivamente hombres de ciencia, no filósofos: buscaron en la astronomía la observación y la práctica, no una explicación intuitiva de fenómenos que conocieron muy poco; no la estructura orgánica y material del mundo, no su existencia filosófica ó moral, no las relaciones que le unían con su Creador, no las causas primeras del movimiento, de las propiedades de la materia, de lo que los griegos llamaban vida del mundo.

La filosofía, cuando no está conforme con la naturaleza, impide el desarrollo de las ciencias tanto como le acelera cuando es el espíritu de verdad que resulta de esta conformidad. Por eso, aquella ciencia separada de la filosofía progresó, si no rápida, eficazmente, y llegó á construir, como la permitía

su estado, un orden del universo material. De otra manera, sometida á aquella filosofía que sólo dió de sí el escepticismo, ¿cuándo habría llegado á concebir tan inmensa obra?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO V.

FILOSOFÍA ALEJANDRINA.

L.

Lucha del cristianismo con la filosofía alejandrina.
— Simon el Mago. — Apolonio. — Filon. — Plotino. — Porfirio. — Proclo.

Cuando iba declinando la filosofía griega y precipitándose rápidamente hácia el abismo sin fondo del escepticismo, adquiría importancia la escuela alejandrina ó greco-oriental, último esfuerzo de la ciencia antigua, que reunía las fuerzas de Asia, de Africa y de Europa para combatir al gigante invencible que extendía sus absorbentes conquistas desde un ignorado rincón de la Judea.

Alejandría recibió cómo legado griego el estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo; allí florecieron estas sectas y fundaron poderosas escuelas, penetrando en el corazón del pueblo, especialmente las dos últimas, con la incontrastable fuerza que tienen siempre para las inteligencias poco cultivadas el lenguaje que se refiere á los sentidos y la negación de todo lo que exige algún estudio para su comprensión.

Pero los mismos absurdos que en la vida práctica producian estas ideas dieron origen á una reaccion que, auxiliada poderosamente por el cristianismo, hizo variar por completo el carácter y las tendencias de la sociedad culta. Pretendióse, sin embargo, conservar lo antiguo; y nacieron sectas que, modificando los sistemas de los principales filósofos griegos, creyeron hacer compatible su nombre con una época perfectamente distinta. Así se presentaron los neo-platónicos y los neo-pitagóricos.

Pero esto no era suficiente, y vino un nuevo periodo en que la filosofía alejandrina, ilustrada con los albores del cristianismo, fundió la Grecia y el Oriente, sin cuidarse del método y de la lógica, que habían negado los escépticos, y que era en aquel momento un arma peligrosa, porque discutir cada principio y cada hipótesis habría sido volver á la filosofía griega y encontrarse de frente con la negacion victoriosa é intransigente. Remiéronse, para combatir en la agonía, el espíritu investigador griego y la intuicion oriental; y nació el sincretismo, fórmula de aquella filosofía que no reconocia mas principios que el entusiasmo en favor de una regeneracion imposible, y el misticismo que debía oponer á la doctrina cristiana. Una fe, algo semejante á la que habian traído los pueblos de Asia, reempla-

zó lo que la inteligencia no alcanzaba; y como esta fe no tenia razon de ser, y no podía hallar fundamento en la lógica ni en la observacion, se apoyó en la magia, en lo sobrenatural y en el iluminismo; fenómeno extraño, que puede demostrar que la filosofía fuera del cristianismo no ha podido conseguir más que ser atea ó mística, escéptica ó supersticiosa.

La fe robusta, tal vez inconsciente, de los primeros cristianos lucha desesperadamente en Alejandria contra aquella filosofía, muy superior en el terreno dialéctico á sus sencillas creencias, la rudeza de la conviccion pelea con la sutileza del silogismo; la verdad histórica se estrella ante aquella doctrina que, extendiendo su manto á medida que avanza el cristianismo y pretendiendo absorberle como un elemento suyo, llega, al último término, al gnosticismo, que quiere hacer de la doctrina del humilde Galileo una continuacion del paganismo, y explicar la metafísica cristiana por medio de la filosofía oriental y del culto á los dioses. El cristianismo, que habia empezado por ser una religion y una doctrina moral, se eleva bien pronto desde la religion á la filosofía; crece adiestrándose diariamente en una lucha tan tenaz como estratégica; llega á discutir frente á frente con los doctores del paganismo disfrazado, y le vence demostrando

su fuerza y dejando al mundo obras colosales, que son aún la admiración de nuestros tiempos. No hay en la historia nada que iguale el gran cuadro de aquella lucha en que para vencer se necesitaban y se tuvieron hombres de la talla de san Agustín.

Lucha gigantesca é insensata que no ha tenido igual en el mundo; agonía rebelde de una filosofía que muere sofocada por el número de los creyentes y con el terror que producía el ver la multiplicación de los cristianos en las mismas cátedras del paganismo, en los templos y en los talleres de ídolos y amuletos. Terror que pintan con gran exactitud las siguientes frases: « Esos cristianos se propagan como los escorpiones, saliendo veinte de cada nido; su número iguala al de las ranas ó de las cigarras; el aire los produce como moscas apestadas, y el viento los trae como langostas: nadie está seguro: es una epidemia. ¡ Dioses!; Yo mismo puedo volverme cristiano en un momento! »

Presenta el cristianismo la fe, y á ella se opone otra fe mística; enseña los milagros, y se les opone la magia; predica la revelación, y le oponen la venida de los dioses á la tierra; habla de la creación, y le oponen las emanaciones de la filosofía oriental; descubre la relación que une al mundo y al hom-

bre con Dios, y el gnosticismo crea también su ciencia cosmogónico-teológica; busca en la figura del mundo y del hombre la gran significación de Dios y de las virtudes eternas; representa el universo como una porción de círculos concéntricos, cada uno de los cuales tiene la profunda significación de una atributo ó de una virtud; hace del hombre una figura simbólica en que, representando las partes de su cuerpo por círculos ó cuadrados, viene á ser la encarnación de un espíritu divino; y por último, cuando cita el cristianismo la trinidad, los filósofos la descubren no sólo en el cielo, sino en el mundo y en el hombre.

Y de este modo, cediendo palmo á palmo el terreno en una lucha de gladiadores intelectuales, modificando á cada momento sus ideas, creando escuelas nuevas que pretendían explicar nuevos dogmas, pero conservando siempre el odio á la nueva doctrina, el paganismo muere extenuado, confesando su impotencia, haciéndonos ver de cuán distinto modo mueren las ideas y los hombres, las escuelas y las instituciones, las doctrinas y las cosas materiales. A la muerte de toda doctrina precede la descomposición, que se verifica siempre admitiendo en su seno al sucesor que ha de devorarla. Las ideas mueren por un lento suicidio; ninguna con grandeza. Las instituciones humanas

pueden desaparecer de un solo golpe; la fuerza las aniquila; pero la idea muere por sí misma en larga agonía, pidiendo el amparo y el favor de su enemigo. Roma pagana puso entre sus dioses al Galileo; el absolutismo se concilia con la libertad, creando el gobierno representativo; Tolomeo pugna por admitir como discípulo á Copernico, y nace Ticobrahe. Remiendos de paño nuevo en paño viejo, como dice el Evangelio.

Esta época fué precedida y acompañada de una porcion de predicadores que, combinando siempre ideas antiguas con un elemento místico, tendian á reformar el mundo y á poner en contacto el cielo y la tierra. Dosíteo aplicó la doctrina de Pitágoras al judaísmo con muy poco éxito; llevando su doctrina á la exageracion personal, su discípulo Simon el Mago; Filon, llamado el segundo Platon, intentó crear una nueva filosofía, valiéndose de las Escrituras; Quinto Sexto pretendió purificar las creencias tradicionales de los judíos; Séneca que, resumiendo toda la ciencia física de Roma en cuanto á hechos y observaciones, siguió en filosofía una doctrina griega con moral cristiana, sin saber crear un sistema; los neoplatónicos y los neo-pitagóricos; todas aquellas sectas que querian purificar lo pasado, armonizarlo con lo presente y sacar de una filosofía impotente la filosofía del porvenir,

mística y confusa, antes que admitir el cristianismo.

Algunos de estos filósofos merecen, sin embargo, especial mención.

Simon el Mago, que quiso adquirir de los apóstoles, por medio de recompensas, la virtud de hacer milagros, suponía que Dios había creado potencias secundarias de las cuales procedian las imperfecciones del mundo físico y moral, se presentaba él mismo como una manifestacion divina semejante á la de Cristo.

Apolonio de Tiana recorrió las ciudades principales de Egipto, Italia, Grecia y Asia, predicando una nueva era de virtud, haciendo falsos milagros, explicando la magia, y enseñando que los hechos políticos y morales podían predecirse del mismo modo que los hechos físicos, porque las leyes naturales rigen tambien en el mundo moral, y la profecía no es más que una prevision científica. Apolonio, vestido con una túnica blanca, practicando el ayuno, la virtud y el ascetismo, penetró hasta el mismo palacio del César Domiciano, y le profetizó sucesos, de los cuales unos se verificaron y otros no; le anunció la terminacion de la peste que afligía á muchas provincias del imperio, y salió en medio de las consideraciones que le tributaba el pueblo pagano, que admitía la más estúpida magia, y las virtudes que dis-

frazadamente se tomaban del cristianismo y perseguía de muerte la predicacion de esta doctrina.

Filon, filósofo judío, participó del carácter general de la época, y quiso hacer compatibles las doctrinas de su nacion con la nueva sociedad creada por el Evangelio; intento fracasado de toda la escuela judía alejandrina. Segun este filósofo, que alcanzó gran fama, la materia existía desde ántes de lo que se llama creacion; pero existía en estado inerte, hasta que Dios, que es el alma del mundo, le dió la forma y la vida, con cuya palabra quiso expresar tal vez las leyes naturales. El Verbo, del cual se valió Dios para este acto, tiene dos manifestaciones distintas, como inteligencia y como accion, y es siempre el intermedio entre la divinidad y el universo. El mundo está lleno de espíritus, que son ángeles ó demonios, sirven de mediadores entre Dios y los hombres y entre las almas, y ocupan diversas regiones, segun sus méritos. Dios, que es el primer espíritu, no puede ser conocido sino mediante el éxtasis ó una comunicacion divina.

Plotino, uno de los genios más poderosos de la escuela greco-oriental, admitía como Platon el alma del mundo, es decir, una sustancia espiritual, extendida por todo el universo, el cual comunicaba la vida y el

movimiento. Creía que fuera de este espíritu, con el cual mantenía estrecha relacion el alma humana, no habia nada noble ni digno, y por tanto que las facultades inferiores del alma y las pasiones provenian de los cuerpos. Su sistema era un panteísmo idealista y teúrgico: próximo á morir, decía: « Voy á hacer el último esfuerzo para unir lo que tengo de divino con lo que tiene de divino el universo. » Buscaba en todos los cuerpos algun principio vital que fuese parte del alma del mundo; y por esta razon despreciaba la física y la materia, considerando ésta como una envoltura indigna de estudio; en cuanto al cuerpo humano, creía que era un producto variable y efimero del alma. Habiéndole rogado un discípulo suyo que se dejase retratar, le contestó enojado: « ¿ Te parece que no es bastante pena llevar siempre conmigo esta pesada envoltura, para que quiera transmitirla á los siglos venideros? » Por lo demas, Plotino siguió en todo el platonicismo, pretendiendo conciliarle con Aristóteles.

Su discípulo Porfirio fué partidario decidido de la teurgia: admitía los dioses intermedios suponiéndolos corpóreos, ígneos, y continuamente en contacto con los hombres, á quienes hacían revelaciones que él mismo habia recibido. Porfirio se valió de la interpretacion del libro de la *Odisea*, en que

Homero pinta el antro de las ninfas, para exponer todo un sistema de creencias.

El antro, según dice, es el mundo cuya materia es tenebrosa, y cuya belleza es sólo resultado del orden que Dios estableció; las nereidas que le habitan son las almas que toman cuerpo en la tierra; estos cuerpos son las urnas y ánforas de piedra en que las abejas depositan la miel; y el trabajo de las abejas las operaciones del alma sobre el cuerpo; los bastidores de mármol en que las ninfas tejen trajes de púrpura son los huesos sobre los cuales se extienden los nervios y las venas; las fuentes son las aguas que riegan y adornan la superficie terrestre: los polos están representados por las dos puertas del antro; una al norte, por donde bajan al infierno los malos, y otra al mediodía, por donde salen los que merecen la inmortalidad.

Porfirio, como todos los gimnosofistas, daba poca importancia al estudio de los cuerpos: su sistema y su lenguaje son esencialmente teúrgicos; y el primer efecto de la teúrgia es destruir la física y la astronomía.

Proclo fué el último de estos filósofos, el cuarto y último evangelista del paganismo filosófico; religión abortada, herida de muerte antes de nacer; ídolo viejo pintado y retocado que quería luchar con la juventud y sencillez del cristianismo.

Proclo reúne en su mente todos los sistemas, todas las creencias, todas las supersticiones, todos los dioses; imposibilitado para negar el cristianismo y apegado al culto de las divinidades paganas, declara que el filósofo es el sacerdote universal y rinde culto en todos los altares de todas las religiones. Toma de Platon el culto de la idea eterna; de Sócrates las reflexiones morales; de los gnósticos la interpretación simbólica; del paganismo los dioses; del cristianismo las revelaciones y la purificación; de Plotino los demonios; de los magos los milagros. Admite la unidad de Dios, pero hace emanar de ella la multiplicidad de dioses que se dividen en supra-cósmicos y cósmicos inteligibles é intelectuales; pasando así desde el hombre á Dios por medio del mundo, por una serie de divinidades cósmicas, del mismo modo que pasaba del alma humana á Dios por medio de una serie intermedia de ángeles ó demonios.

Argumentando contra los cristianos, niega la creación y defiende la eternidad de la materia: comentando á Tolomeo, mezcla la astrología con la astronomía; explicando á Platon, establece la realidad y la importancia de la materia, pero sometiéndola al poder de la magia; describiendo el movimiento, llega como Aristóteles á su primera y única causa, y entona cánticos á los astros como dioses.

Con Proclo termina en realidad y dignamente la filosofía greco-oriental, esfuerzo común de Asia, Grecia y Egipto para resistir á la verdad cristiana. La escuela alejandrina renovó todos los principios conocidos ya, excepto los materialistas, porque el materialismo y el escepticismo no tenían razón de ser ante el espiritualismo cristiano. El conocimiento del universo no progresó nada con aquellas disputas que versaban casi exclusivamente sobre la teurgia: Tolomeo reinó sin oposición, porque las creencias en la magia, en el iluminismo, en los éxtasis demoniacos, en todas las monstruosidades morales que pretendían explicar los milagros, empezando por la luantropía, ó la conversión temporal de los hombres en lobos, y concluyendo por la beatificación en medio de impuros, repugnantes y alguna vez sangrientos misterios, estas creencias, decimos, no fueron tan eficaces que llegaran á alterar la idea general que entónces se tenía de las leyes naturales; ó por mejor decir, bajo aquella atmósfera poblada de espíritus, de vicios y virtudes, de ángeles y diablos, estuvo oculta á los filósofos la verdad de la naturaleza, olvidada en sus discusiones.

II.

Resúmen de la filosofía alejandrina. — La cabala. El gnosticismo.

En el extenso período que abrazan los filósofos de que nós hemos ocupado en el capítulo anterior, fueron tantos los esfuerzos que se hicieron para unir el mundo antiguo y el moderno, que sería una obra inmensa seguir individualmente las opiniones de los filósofos. Pero es conveniente para nuestro propósito resumir las tendencias de aquella época de fermentación y de lucha, y presentar ligeramente el estado intelectual y moral del mundo.

Algunos escritores han afirmado que en todas aquellas doctrinas no se encuentra nada nuevo, sino reminiscencias y combinaciones de la India, de Egipto de Grecia y de la Biblia, influidas por la predicación cristiana. No dirémos tanto nosotros, á pesar de que los principios absolutos y fundamentales de la filosofía antigua pueden reducirse á corto número, y de que el sistema es más bien una habil o lógica combinación, que una invención perfectamente nueva.

Es cierto, sin embargo, que allí lucharon, se discutieron y se mezclaron todos los sistemas conocidos, sin que formara escuela por sí sola, y conservando su pureza, ningu-

na de las doctrinas que, con más ó ménos éxito, se habían impuesto anteriormente y habían tenido vida propia.

El hecho culminante de la filosofía alejandrina fué la muerte del escepticismo, y la reaccion en sentido contrario á que se entregó aquella sociedad, ávida de creencias. Así fué que Sexto Empírico, á quien ya hemos citado, el escéptico incansable é intransigente, el negador universal, que se habia propuesto curar á los hombres del mal de las creencias y que impugnó todo conocimiento positivo, emprendió una lucha estéril y sin séquito alguno. Su negación, tal vez lógica en materias filosóficas y morales, pero absurda cuando en sus escritos contra los matemáticos pretendía rechazar los axiomas de la astronomía y de la física y las leyes adquiridas por la experiencia, no halló eco alguno, ni mereció apenas que nadie se ocupase en refutarla. ¡Cuánto habian cambiado los tiempos!

A la confusion de pueblos, naciones, lenguas y costumbres, á aquella irrupción y mezcla de extranjeros producida por los sucesos políticos y las conquistas de Alejandro, correspondió en el órden religioso y en el filosófico otra confusion, que hizo de Alejandria la gran Babilonia del saber humano; exceptuándose sólo de tan heterogénea mezcla las ciencias exactas, que, poseyendo ya

algunos principios incuestionables, vivieron aisladas, como hemos hecho ver, y sin que en ellas influyeran de modo alguno las teorías que acerca del mundo, de la materia y de las leyes físicas del universo se predicaban en las cátedras, en las discusiones y en libros.

El sincretismo religioso lo invadió todo, y dió á las doctrinas un carácter nuevo, infiltrando en ellas el misticismo, y modificándolas en la expresion con el uso constante de la lengua griega. La cábala, hija de la interpretacion y de la tradicion, adquiere la libertad de la primera y el respeto y misterio de la segunda, y llega á abarcarlo todo en un sistema, que halagará siempre á los ánimos meditabundos y solitarios, que pretenden conocer el mundo por medio del estudio, sin cuidarse de la observacion, de la experiencia y de los hechos. Fenómeno indudable, que se ha reproducido varias veces y que se reproducirá siempre que el filósofo, el teólogo, el moralista, el hombre teórico quieran conocer el universo y sus leyes sin partir de los conocimientos exclusivamente científicos.

La cábala explicó también la creacion y existencia del universo. Suponia una sustancia primitiva en la cual residía innatamente, entre otros atributos, el del movimiento de expansion, circulacion y contraccion: por

medio de irradiaciones dependiente de estos movimientos, creó los mundos, como puntos luminosos, en los cuales cierto desarrollo propio produjo las leyes, fuerzas y propiedades de los astros. Existe una oculta simpatía ó relación entre el mundo moral y el mundo físico, ó sea entre los atributos divinos y estas manifestaciones exteriores; de modo que á cada número, á cada palabra á cada acto, corresponde una virtud, un vicio, ó un ángel de los que forman la cadena intermedia entre Dios y el hombre. Así es que, interpretando y combinando las cosas de la tierra, se verifican modificaciones fuera de ella; de donde nace la superstición, la teurgia más absurda; la significación simbólica de las letras, y sobre todo, en lo que á nuestro trabajo se refiere, la muerte de la ciencia, que depende de las virtudes secretas, cuyo conocimiento se halla en el éxtasis, en la contemplación y en la sutileza.

Como resumen de tan diversas influencias, como síntesis de tan opuestas doctrinas y como fórmula que quiso reunir las aspiraciones filosóficas de Asia, Africa y Europa, nació el gnósticismo, cuyo número de sectas fué infinito, y abrazó como consecuencias suyas todas las doctrinas que la iglesia llamó herejías en los primeros siglos del cristianismo

Por esta razón es difícil resumir en breves frases las creencias de los gnósticos; pero por punto general todos admitían un dios invisible, infinito, abismo insondable de cuyas emanaciones proviene todo lo creado en el orden intelectual y en el orden físico. Estas emanaciones son tanto más puras cuanto más cerca están de su origen: á medida que se alejan van predominando en ellas la ignorancia y las tinieblas, de modo que en las últimas hay todo género de vicios y defectos. Dios, sin embargo, no quiere que domine el mal, propio de la materia, y envía nuevas emanaciones, ó manifestaciones, cuyo objeto es disipar las tinieblas y encaminar la creación á la luz, á la pureza intelectual y moral. Una de estas manifestaciones fué Cristo.

En cuanto á las leyes de la materia, el gnosticismo las desconoció por completo en el terreno científico; si bien rechazó los absurdos de la cábala, y puso fuera de la voluntad humana y de la combinación caprichosa toda influencia sobre el mundo material.

CAPITULO VI.

FILOSOFÍA CRISTIANA.

I.

Estado moral é intelectual del mundo.

Aquella época en que el mundo variaba en su modo de ser no puede estudiarse sólo bajo el punto de vista científico. La revolución era principalmente moral: se hacía dentro del individuo.

Así todas estas doctrinas se referían más bien, como se ve, á la imaginación que á la inteligencia; el pueblo no las comprendía bien y tomaba de ellas la parte más grosera; naciendo así aquellas creencias ridículas, aquellas locuras, aquellos extravíos que hoy nos parecen un sueño, y que fueron realmente delirios y pesadillas fundadas en todas las creencias místicas y supersticiosas que se habían predicado en el mundo antiguo.

A este desórden intelectual correspondió otro moral: por eso en esta época abundan, como hemos indicado ya, más que en ninguna otra esas enfermedades mentales y morales propias de los tiempos en que duda la conciencia, en que domina el terror, en que

la mano de la providencia transforma, no ya las naciones, sino el ser íntimo del hombre; enfermedades que retoñaron despues en Europa, donde fueron alguna vez explotadas con fruto por el fanatismo ó por el crimen.

• El cristianismo — hemos dicho en otra parte—en sus primeros dias tuvo mucho de secta mística, fantástica y misteriosa: vivió como todas las asociaciones secretas y perseguidas con los atractivos que para la imaginación tienen las iniciaciones, las ceremonias, los simbolos y los misterios, justificando el nombre de religion fantástica con que la distinguieron los alejandrinos.

• Estos en general, y especialmente los gnósticos, tomaron del cristianismo la parte misteriosa, y sobre ella fundaron su doctrina, ayudando así poderosamente á las alucinaciones, los éxtasis, las previsiones y prodigios que, como toda enfermedad moral, son mucho más contagiosos que las enfermedades corporales. Por esta razon las mujeres, sobre todo las que habían recibido la educación griega, tuvieron entre los alejandrinos una poderosa influencia y extremaron las opiniones y la lucha desde las dignidades sacerdotales y las cátedras de filosofía. La historia conserva los nombres de muchas de esas mujeres, algunas de las cuales descendieron de la cátedra del paganismo para subir al altar del martirio.

• Por otra parte, la semilla del Evangelio producía en las almas efectos muy distintos. Había creyentes inconscientes que, sin saber la doctrina, se dejaban arrastrar por una especie de delirio, por algo oculto que les seducía; sectarios ilusos • deslumbrados ó fascinados por la nueva verdad, cuyo alcance vislumbraban sin comprenderlo; • cristianos que eran • como mulos atados á la puerta de una iglesia • y que se sacrificaban al solo nombre del Maestro con una fe ciega é incomprendible; alucinaciones y arrobamientos producidos por la adoración á Aquel que era todo amor; relámpagos de fe; conversiones instantáneas; contagios imprevistos ante los mártires; terrores íntimos en el seno de las familias y en los cariños más profundos al contemplar la propagación de la nueva doctrina, que arrebató los parientes y los amigos, que rompió los más sagrados vínculos, y separaba en el tormento, en los calabozos y en el patíbulo á los padres de los hijos,

• Todo esto, unido al efecto necesario de aquel continuo espectáculo de víctimas, de tormentos y de sangre; á la distinta pero siempre prodigiosa impresión que causaban la incomprendible abnegación y las contestaciones de los mártires, había de engendrar por necesidad el asombro, el terror, la desesperación, el deseo de venganza en unos,

la duda en otros, la exacerbación de todas las pasiones, un estado febril, una sociedad calenturienta, un pueblo de poseídos, de endemoniados, de víctimas y de verdugos.

« ¿Quién será capaz de describir el efecto de la palabra cristiana que cayó en la sociedad como la pequeña simiente que se deposita en la tierra, y que adquiriendo fuerza y desarrollo rompe su cárcel, separa las piedras, abra y conmueve el terreno y cambia en breve espacio la faz del suelo, extendiendo en secreto sus ocultas raíces? ¿Quién podrá pintar aquella conmoción, aquella agonía, que justificó la frase lanzada en las orgías y bacanales de las fiestas paganas, de que el mundo estaba loco? »

• Cuantos esfuerzos se han hecho para conseguirlo, desde la suposición de la locura de la cruz hasta las perturbaciones nerviosas á que han acudido los materialistas modernos, no han podido dar todavía á conocer aquel estado de fermentación de una sociedad que acababa para siempre, declarándose impotente con toda su grandiosa fuerza ante la sencilla palabra de un hombre muerto hacía mucho tiempo en el suplicio más ignominioso, y en el lejano rincón de un pueblo despreciado. »

II.

Escollo fundamental de la filosofía oriental y de los griegos. — Progreso introducido por el cristianismo.

El cristianismo se vió precisado á luchar desde el primer momento con todos los obstáculos que le presentaba el refinamiento del mundo antiguo: con la ciencia y el arte, con la filosofía y las costumbres, con el poder de los Césares y con la persecucion del pueblo. No tuvo una escuela verdaderamente filosófica en los primeros tiempos. La creencia, la adoracion y el peligro constante ocupaban suficientemente al cristiano para que le dieran lugar á discutir filosóficamente. El cristianismo presentó y dió la batalla con la fe, y aseguró el triunfo con la razon y la filosofía; con aquella filosofía sublime que se desprende de todas sus maximas. Veamos cuales eran sus principios.

La filosofía antigua no había podido descubrir la relacion que une á Dios y al hombre, y de esta ignorancia provinieron casi todos sus errores. Lo infinito y lo finito, lo absoluto y lo contingente, lo eterno y lo humano eran en ella términos contradictorios que se repugnaban siempre.

El Oriente tiene, á pesar de la diversidad de doctrinas de sus grandes pueblos,

un carácter comun, una propension constante á la unidad, y como consecuencia al estacionamiento, que manifiesta en la ciencia por su union indisoluble con la religion, en filosofía por el panteísmo, en la vida social por las castas, y en política por el absolutismo.

Grecia protestó contra este cúmulo de tiranías, y estableció en religion y en política, en ciencias y en artes, la anarquía. Al quietismo substituyó el desbordamiento, el vértigo de la actividad; al silencio tenebroso del templo, la verbosidad; á la sombría concepcion del *todo*, la luz que penetra en todas partes y aísla los objetos y las ideas; la repulsion, el individualismo que destruye los vínculos y rompe los sistemas.

El Oriente, conteniendo tal vez los gémenes de toda la civilizacion posible, sofoca el progreso con el panteísmo, mientras Grecia le impulsa primero y le detiene despues con el extravío de todos sus elementos: allí la inmutable roca, y aquí la disgregada arena; allí la concentracion, aquí la radiacion; allí la unidad total, aquí el atomismo; allí Brahma, aquí la mitología. Ninguno de estos elementos puede ser base del progreso.

Uno y otro extremo desaparecen ante el cristianismo que establece el principio dinámico, el movimiento en la idea, en el sér, en la doctrina, que crea, no el exagerado in-

individualismo, sino la personalidad completa, inteligente, activa, responsable, que hace según una bella frase, bajar á Dios del cielo y subir al hombre desde la tierra, que concibe la relación espiritual y la ley física sin más vínculo que la subordinación necesaria de causa y efecto, principio único de la ciencia.

El panteísmo asiático, absorbiendo en la unidad tenebrosa de Dios al mundo y al hombre, negaba á éste la personalidad, y al mundo la existencia individual con sus caracteres físicos. Grecia predicó el individualismo que podía prescindir de Dios, y llegó á negar su existencia; y en cuanto á los panteístas griegos, se diferenciaron de los orientales en que ponían el universo y la materia sobre Dios; no confundían, como el Asia, el mundo en el seno de Dios, sino á Dios en el seno del universo, haciéndole muchas veces parte del mismo universo. La filosofía alejandrina ideó un misticismo ineficaz en que Dios y el mundo y Dios y el hombre estaban unidos por una serie de ángeles ó demonios ó por una porción de influencias mágicas y supersticiosas. No se había conseguido, pues, dar á Dios el atributo de infinito sino deprimiendo y achicando al hombre; no se había sabido elevar y libertar al hombre sino deprimiendo y achicando la idea de Dios.

El cristianismo vino á fijar esta relación simbolizada en el Hombre-Dios, que es el principio filosófico más grande, más fecundo que ha conocido la historia; la idea más sublime de toda la filosofía; el fundamento indestructible de todas las creencias modernas y la base de una nueva ciencia cuyo progreso puede llamarse infinito.

Bajo este punto de vista, la encarnación, examinada á la luz de la historia por los filósofos modernos, es el principio de la ciencia y de la personalidad humana.

La libertad moral é intelectual quedó establecida con el cristianismo, y entonces comenzó la lucha con los hombres, hasta que una nueva revolución nos dió la personalidad en la sociedad.

La ciencia asiática, la egipcia, la persa, pudieron vivir en el secreto del templo y como auxiliares del despotismo; pero propagadas al pueblo, convertidas en ciencia individual, en precepto a que seguía la convicción y la práctica, sólo dieron de sí una sociedad de extraviados. Hé aquí la piedra de toque de las doctrinas; hé aquí el secreto del instinto de conservación, que ha aconsejado á los magos y á los sacerdotes de tan diversas religiones la iniciación en los misterios, para evitar la difusión de sus creencias.

No hay que temer la opinión pública en

materia científica; no hay que temer el extravío, ni la influencia del error; lo que hay que temer es que una doctrina no pueda resistir el juicio individual. Bajo este punto de vista, nuestra ciencia, fundada en la verdad, esta asegurada: éste es el progreso; no haya limite al exámen de lo que el hombre debe creer. Asia, Egipto y Grecia no pudieron resistir este exámen, y murieron para siempre. Desgraciadamente, la leccion no se aprovechó lo bastante; y todavia por algunos siglos la ciencia se rodeó de vanos oropeles, de falsos esplendores y de ridiculos misterios, pretendiendo cegar con ellos al osado que quisiera examinarla.

Pero aquí comienza un nuevo estudio y termina el que nos habiamos propuesto hacer.

Tal vez en otro libro describamos este cuadro.

FIN

ÍNDICE

Prólogo. iii

CAPITULO I.

ASIA Y ÁFRICA.

- I. — El sentimiento de la naturaleza en los pueblos antiguos y modernos. — Panteísmo oriental. — La religion y la ciencia. — Su necesaria union. 7
- II. — INDIA. — Doctrina de Brahma. — Emanaciones. — Metempsicosis. — Su carácter moral. — Astronomía india. — Génesis segun las Vedas. — Budismo. 11
- III. — CHINA. — Filosofia china. — Carácter de la ciencia. — Su ineficacia en el progreso. 21
- IV. — PERSIA Y CALDEA. — Ciencias persas. — Zoroastro. — Astronomía caldea. — Astrología. 23
- V. — EGIPTO. — Carácter de este pueblo. — Sus creencias. 31

materia científica; no hay que temer el extravío, ni la influencia del error; lo que hay que temer es que una doctrina no pueda resistir el juicio individual. Bajo este punto de vista, nuestra ciencia, fundada en la verdad, esta asegurada: éste es el progreso; no haya limite al exámen de lo que el hombre debe creer. Asia, Egipto y Grecia no pudieron resistir este exámen, y murieron para siempre. Desgraciadamente, la leccion no se aprovechó lo bastante; y todavia por algunos siglos la ciencia se rodeó de vanos oropeles, de falsos esplendores y de ridiculos misterios, pretendiendo cegar con ellos al osado que quisiera examinarla.

Pero aquí comienza un nuevo estudio y termina el que nos habiamos propuesto hacer.

Tal vez en otro libro describamos este cuadro.

FIN

ÍNDICE

Prólogo. iii

CAPITULO I.

ASIA Y ÁFRICA.

- I. — El sentimiento de la naturaleza en los pueblos antiguos y modernos. — Panteísmo oriental. — La religion y la ciencia. — Su necesaria union. 7
- II. — INDIA. — Doctrina de Brahma. — Emanaciones. — Metempsicosis. — Su carácter moral. — Astronomía india. — Génesis segun las Vedas. — Budismo. 11
- III. — CHINA. — Filosofia china. — Carácter de la ciencia. — Su ineficacia en el progreso. 21
- IV. — PERSIA Y CALDEA. — Ciencias persas. — Zoroastro. — Astronomía caldea. — Astrología. 23
- V. — EGIPTO. — Carácter de este pueblo. — Sus creencias. 31

CAPITULO II.

UNIDAD DE LA CIENCIA ASIÁTICA.

- I. — Comunidad de la tradicion científica en Asia. — Indicios de un mismo origen. — Ciencia primitiva. 41
- II. — EL PUEBLO HEBREO. — La creacion segun Moises. — Su carácter posible. — Superioridad de la tradicion hebrea. — Ciencia de la Biblia. 50

CAPITULO III

GRECIA.

- I. — Carácter de la religion y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la divinidad. 61
- II. — ESCUELA JONICA. — Tiempos primitivos. — Escuela jónica. — Tales. — Anaximandro. — Anaximenes. — Anaxágoras. 72
- III. — ESCUELA ITALICA. — Pitágoras. — Su doctrina y su vida. — Creencias acerca del universo. — Dudas sobre este punto. — Empedócles. — Su doctrina y milagros. — Filolao y otros. 80
- IV. — ESCUELA ELEÁTICA. — Carácter y division de esta escuela. — Jenófanes. — Parménides. — Meliso. — Demócrito. — Atomismo. — Heráclito. . . 95
- V. — SOPISTA. — Protágoras. — Górgias.

- Pródico. — Reflexiones sobre los sofistas. 102
- VI. — SÓCRATES. 107
- VII. — SECTAS CIRENAICA Y CÍNICA. — Aristipo. — Teodoro. — Consecuencias de su doctrina — Antístenes. — Diógenes. — Sus extravagancias — Crátes. 111
- VIII. — OTRAS SECTAS. — Platon. 117
- IX. — DISCÍPULOS DE PLATON. — Espencipo. — Jenócrates. — Arcesilao. — Carneádes. — Pirron. 12
- X. — ARISTÓTELES. 130
- XI. — ESTOICISMO. — Creencias de los estoicos. — Su moral. — Zenon. 137
- XII. — EPICUREISMO. — Doctrina de Epicuro. — Sensualismo. — Movimiento de los átomos. — El dios de los epicúreos. 142
- XIII. — ROMA. 147
- XIV. — RESÚMEN DE LA FILOSOFÍA GRIEGA. 149

CAPITULO IV.

CIENCIA INDEPENDIENTE DE LA FILOSOFÍA.

- Efectos de la doctrina aristotélica. — Aristilo y Timocáris. — Arato. — Aristarco. — Eratóstenes. — Arquimedes. — Hiparco. — Tolomeo. 166

CAPITULO V.

FILOSOFÍA ALEJANDRINA.

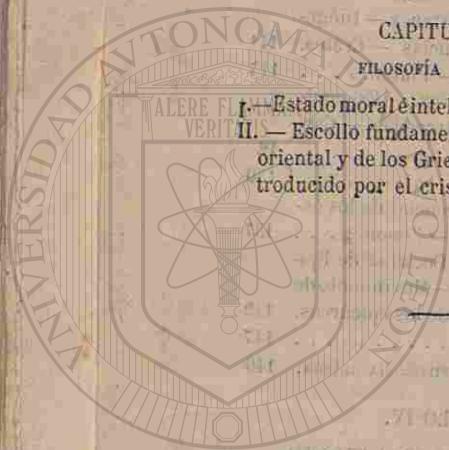
- I. — Lucha del cristianismo con la filosofia alejandrina. — Simon el Mago. —

Apolonio. — Filon. — Plotino. — Porfirio. — Proclo. 173
II.— Resúmen de la filosofía alejandrina.
— La cábala. — El gnosticismo. . . . 187

CAPITULO VI.

FILOSOFÍA CRISTIANA

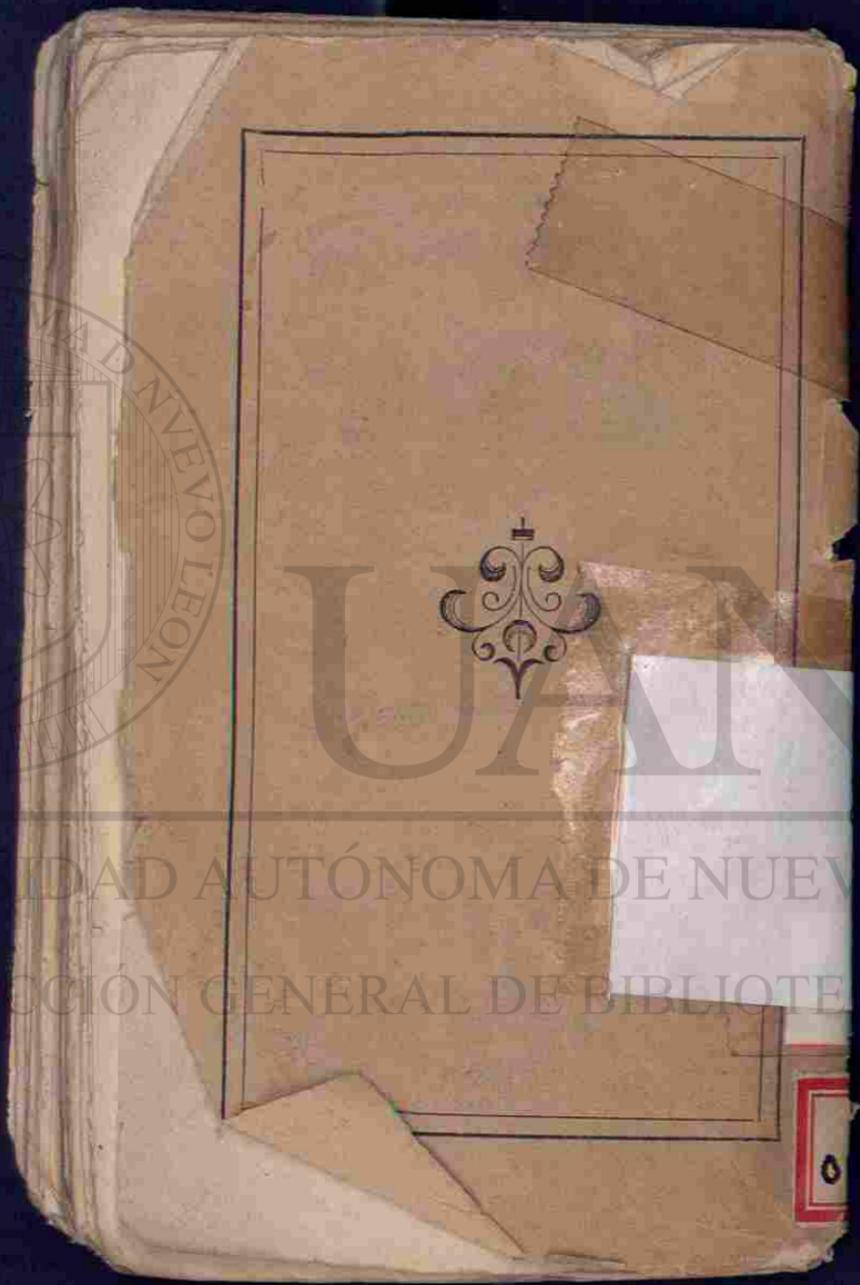
I.— Estado moral e intelectual del mundo. 192
II.— Escollo fundamental de la filosofía oriental y de los Griegos. Progreso introducido por el cristianismo. . . . 193



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

0